

Helene June

Hasta
pronto,
Julieta



Contenido

[Dedicatoria](#)

[Información](#)

[Lea](#)

[James](#)

[Lea](#)

[James](#)

[Lea](#)

[James](#)

[Lea](#)

[James](#)

[Lea](#)

[James](#)

[Lea](#)

[James](#)

[Lea](#)

[James](#)

[Lea](#)

[James](#)

[Lea](#)

[James](#)

[Lea](#)

[James](#)

[Lea](#)

[James](#)

[Lea](#)

[James](#)

[Lea](#)

[James](#)

[Lea](#)

[James](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

Libro I

HASTA PRONTO, JULIETA

Helene June

Título original: *Hasta pronto, Julieta*

Autora: Helene June

© *Hasta pronto, Julieta*, Helene June, 2020

© portada, Itsaso Lastra

© imagen de portada, Adobe stock por Aanbetta

Corrección: [Esther Magar](#)

Revisión y maquetación: [Celia Arias Fernández](#)

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser ni total ni parcialmente reproducida, almacenada, registrada o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, ni mediante fotocopias o sistemas de recuperación de la información, o cualquier otro modo presente o futuro, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del «copyright».

Para mi James

Las canciones incluidas en este libro me recordaban a la historia. El momento de escuchar cada una está marcado a lo largo de los capítulos.

Lea

Aquí estoy, aterrizando en el aeropuerto de Boston. Voy a cursar mi último año de instituto en Estados Unidos, en una de esas famosas *high schools* de las películas. Se me antojó porque quería mejorar mi inglés. Mis padres aceptaron encantados, sería bueno para mi futuro, pero ya me estoy arrepintiendo.

El aeropuerto es grande, al menos en comparación con el de Bilbao. Paso el control de seguridad. Me hacen un millón de preguntas sobre por qué quiero entrar en el país. ¿Acaso nadie viene a estudiar inglés con diecisiete años? ¿Soy la única loca del mundo mundial que hace esto?

La gente va rápido a por sus maletas. Cuando diviso la mía, tengo que esquivar a varias personas para alcanzarla. Aún saldré con el ojo morado. Me cuesta sacarla de la cinta. Pesa veintidós kilos, pero a mí me parece una tonelada.

Me dirijo a la salida. Se entreabre la puerta de la sala de espera de las llegadas y veo una cara familiar. Es Olivia, mi hermanita en la familia con la que me quedaré. Corre hacia mí como si me fuera a escapar. No es que no lo esté pensando: comprar un billete y volver ahora mismo; pero Olivia salta entre mis piernas, dando rienda suelta a sus tirabuzones rubios. Me tira del brazo y sus deditos se pierden en la palma de mi mano.

—Oli, ¡deja a Lea! ¿No ves que no puede descuidar su maleta? ¡Bienvenida! Teníamos ganas de verte en persona por fin —dice Karen, mi madre durante los próximos nueve meses, mientras me abraza con efusividad.

Es una mujer de unos cuarenta años, alta, con el pelo color avellana y una sonrisa llamativa. Olivia ha heredado su belleza. Su *look* es informal pero elegante: vaqueros negros, unas sandalias bajas y una camisa blanca con una lazada al cuello.

Ya nos habíamos visto por Skype, hicimos un par de videoconferencias para conocernos. La primera fue caótica: a un lado, estábamos mis padres, mi hermano pequeño, Jon, y yo; y al otro, Karen, su marido y Olivia, que toqueteaba las teclas del ordenador y bloqueaba constantemente la cámara. Si a eso le añadimos que el nivel de inglés de mis padres es bastante pobre, que mi madre colaba palabras en francés y que yo hacía de traductora con mi inglés intermedio, imagínate la situación... acabamos colgando porque no había forma de entendernos. La segunda fue mejor, tan solo Karen y yo. Hablamos de su familia, de la mía, de nuestras aficiones y de cómo sería mi vida en Willport. Ella me contó que había estudiado en Europa cuando tenía mi edad, y ahora quería ser una familia anfitriona para recordar aquellos tiempos y enseñarle castellano a Olivia. Toda mi vida he convivido con las dos lenguas del País Vasco, el español y el euskera. Hablo fluidamente los dos y cambio de uno a otro sin problemas; por eso siempre he creído que los idiomas se me darían bien que solo haría falta practicarlos. Pronto lo comprobaré.

—Karen, me alegro de conocerte —le digo con timidez. Aunque ella me ha saludado como si nos conociéramos de toda la vida, es la primera vez que nos vemos en persona—. Gracias por venir a buscarme.

—No digas tonterías. ¿Cómo íbamos a dejar que cogieras el autobús, que tarda dos horas hasta Willport? Lo hacemos encantadas. ¿Qué tal tus vuelos?

—Bien, gracias. —No digo más porque, aunque mi inglés no es tan pobre como el de mis padres, sé que mi pronunciación es horrenda. No me apetece que se rían de mí desde ya. Tengo nueve meses para aprender. Espero que, si se da el caso de que es el peor año de mi vida, al

menos mi pronunciación mejore.

En el camino hacia Willport, en Rhode Island, Karen me cuenta que su marido es abogado y trabaja en Providence; suele regresar de noche. Es un camino largo, pero, por Olivia, decidieron vivir en el pueblo donde Karen se había criado. También me dice que trabaja como administrativa en el ayuntamiento. Ya sé todo eso, pero prefiero escucharla, así no tengo que hablar yo. Disfruto admirando el paisaje desde la ventanilla, pero estoy reventada después de doce horas de viaje y me vence el sueño.

Cuando estamos llegando, Karen me despierta para que vea el pueblo. Circulamos Main Street, como dice que se llama. A un lado, alcanzo a ver una librería antigua, una cafetería con unas tartas deliciosas en el escaparate y una ferretería; al otro, un inmenso malecón que bordea parte de la playa. En el horizonte, la estampa es sensacional: un acantilado con un faro; debajo, un espigón de madera que se pierde en el mar, y en el agua, varios surfistas cogiendo las mejores olas. No es mal sitio para pasar un año.

—¿Te gusta, *darling*? —me pregunta Karen—. Para mí, es un pueblo extraordinario. En verano se llena de turistas, sobre todo de Boston, pero en invierno es tranquilo.

—Es maravilloso, Karen. Entiendo por qué quieres vivir aquí y no en una gran ciudad.

Estoy impresionada. La playa es infinita, con plantas que nacen en la arena y caminos vallados con estacas de madera. Al final del paseo, diviso casas en primera línea y, tras el espigón, una zona que parece más tranquila. Me alegro de haber escogido este lugar, las fotos no le hacen justicia. El sueño me traiciona y bostezo.

—Sé que estás cansada, pero todavía es pronto. Si te duermes ahora, te despertarás a las cuatro de la madrugada, y mañana empiezas en la escuela. ¿Qué tal si te enseño tu habitación y vamos en un rato al restaurante de mi cuñado? Cenamos muchos días allí y los fines de semana hasta desayunamos. —Se ríe—. ¿Te parece bien que cenemos pronto y así te metes en la cama en unas horas para que duermas del tirón?

—Perfecto, Karen.

Nos adentramos en un barrio precioso. Algunas casas son coloniales y otras de madera, como sacadas de una revista. Comparten el color blanco o gris, los grandes ventanales y los balcones orientados hacia la playa, pero cada una tiene su personalidad y todas son bonitas. Nos detenemos delante de una. En cuanto salgo del coche, Olivia me coge de la mano y me dice:

—¡Esta es nuestra casa!

Me paro a admirar la vivienda, que ya había visto en fotos. Una vez más, supera mis expectativas. El jardín de la entrada está lleno de flores de colores bien cuidadas, y unas escaleras dan a un porche con una mecedora.

Al entrar, veo un salón grande, moderno y luminoso, decorado con tonos cálidos que recuerdan al verano. Tras las escaleras, hay una cocina-comedor, con muebles de madera blancos, que da a un patio trasero, donde hay otro porche y un columpio.

—¡Vamos! Te enseñaré tu cuarto y, ya de paso, el mío, para que vengas a jugar conmigo —me dice Olivia con una gran sonrisa de felicidad. Parece contenta de tener una nueva hermana.

La sigo escaleras arriba. Pasa por delante de varias habitaciones y se para frente a una que está entreabierta. Empujo la puerta y encuentro una cama individual con un edredón blanco, una mesa de estudio y un armario empotrado empapelado con rayas azules y blancas. Sencillo pero bonito. Tras las cortinas, hay un balcón, desde el que se ve la entrada de la casa. Me asomo.

Pienso en lo lejos que estoy de mi familia, en lo mucho que voy a echar de menos a mis padres, a mi hermano pequeño y a mis amigas. Ha sido una locura venir aquí. Ni me doy cuenta de que estoy llorando hasta que las lágrimas me rozan los labios.

—¿No te gusta tu habitación? Si quieres, te la cambio por la mía —dice Olivia.

Dios, soy un desastre, esta familia es fantástica y aquí estoy yo, poniendo triste a la pequeña de la casa. Me seco las lágrimas y me agacho a su lado.

—Me encanta, Olivia, muchas gracias por enseñármela. ¿Sabes que eres una niñita preciosa?

—Sí, lo sé. ¡Gracias! Me gusta que me llamen princesa, como las de Disney, ¿sabes? — Asiento con la cabeza y ella sigue hablando—. ¿Quieres ver ahora mi habitación y jugamos?

—Vamos, princesa.

Voy a tener que soltarme, esto de hablar con frases cortas no me va a valer todo el año. Pero que no cunda el pánico, que acabo de llegar.

Al salir de mi cuarto, nos encontramos con Karen.

—Oli, déjala tranquila. Ya jugarás con ella otro día, ¿verdad, Lea?

—Sí, claro —contesto, mirando a Olivia. Aunque se entristece, asiente y se va a su cuarto—. Gracias, Karen, voy a deshacer la maleta.

—No hay problema, te aviso para ir a cenar. Si necesitas algo me dices.

Entro de nuevo en el cuarto que será mi hogar por los próximos meses, me tiro en la cama y cierro los ojos. Va a ser un curso muy largo.

James

Estoy hasta las narices de trabajar en este sitio y de este pueblo. Me gustaría estar en Nueva York, en mi *loft* al lado de Central Park, con mi hermana y mi madre. Pero no, me han enclaustrado aquí. Mi madre ha tenido la brillante idea de que sería bueno para mí pasar una temporada ayudando a mi tío con el restaurante.

—¡J.!

—¡Qué!

—¿Me estás escuchando? ¡Esto es para la mesa dos!; ¡las hamburguesas, para la siete, y la cuatro lleva un buen rato pidiendo la cuenta!

Mi tío Bob está cabreado, como siempre. A mí también me frustra vivir en este pueblo de mierda y nadie me pregunta.

—¡Relájate! Les sirvo a esas y me tomo un descanso. No he parado de trabajar en todo el día, me lo merezco —le grito yo, que también sé gritar.

Atiendo a las mesas dos, cuatro y siete, y salgo a fumar. Debería dejarlo, lo sé, pero qué puedo decir, me ayuda a relajarme. Aunque, según mi tío, me provoca todo lo contrario. Cualquiera día de estos, lo dejo; pero hoy no es el día, definitivamente no. Me apoyo con una pierna en la pared, al lado del ventanal, y enciendo un cigarrillo.

—Buenas tardes, James —oigo a mi tía Karen saludarme y levanto la mirada de la pantalla del móvil para verla. Se acerca con mi prima Olivia de la mano—. ¿Estás trabajando o es tu día libre?

—Sí, hoy también. —Hago hincapié en el «también», a ver si así le comenta algo a mi tío Bob y no me explota tanto—. Hola, princesa, chócame esos cinco como te he enseñado.

Extiendo la mano y mi primita me choca con una sonrisa de oreja a oreja. Me gustan los niños, pero ella es mi debilidad.

—James, esta es Lea, la estudiante europea que te dije que se quedaría con nosotros hasta junio. Tiene diecisiete años como tú, así que algún día la puedes llevar a los sitios molones para la gente de vuestra edad —dice mi tía, riéndose y haciendo un saludo surfero. Es muy enrollada y moderna, pero a veces se pasa queriendo ser guay—. Lea, este es James, mi sobrino de Nueva York. Estará aquí una temporada, ayudándonos con el restaurante de la familia, después de la escuela.

Miro a la chica tímida escondida detrás de mi tía. Ni la había visto. Es guapa, aunque no es de mi estilo; es morena y bajita. A mí me suelen ir las rubias de mi estatura. Cuando me clava los ojos verdes esmeralda y sonrío, me sorprende. Tiene una de las sonrisas más bonitas que he visto nunca. Su *look* es diferente al de las chicas de aquí, pero le sienta bien. Su pelo está recogido en un moño despeinado, viste una camiseta blanca holgada, que se ajusta con el cinturón de su falda vaquera corta. Lleva unas sandalias planas de esparto atadas con un lazo al tobillo.

Extiendo el brazo para darle la mano, pero se abalanza sobre mí. Me da un beso en la mejilla derecha, que casi me roza los labios por el movimiento imprevisto. ¿Qué acaba de pasar? Me entra un ataque de risa. Quizás no sea tan tímida; aunque sus mejillas enrojadas demuestran lo contrario.

—Wow, chica, no tan rápido. Te enseñaré los sitios molones, pero deja que caiga la noche para lanzarte. —Le guiño un ojo.

Se pone aún más roja, si es que es posible, y se tapa la cara con sus manos.

—James, ¡cállate! En su país se saluda con dos besos en las mejillas. —Mi tía me da una colleja.

—Perdona, James, qué vergüenza.

Creo que ha dicho eso. Lea tiene un acento extraño, bastante *sexy*. Ha retrocedido unos pasos y se balancea, nerviosa.

—Tranquila, estaba bromeando. Encantado de conocerte, Lea. He de volver al trabajo, estaré con vosotras en un minuto. —Y me voy riendo. Al menos, no me aburriré en las cenas familiares.

Entro en el restaurante para servir más mesas. En la radio suena una de mis canciones favoritas. Es de una de las bandas que mi padre dirigía. He oído esta canción cientos de veces y siempre me recuerda a él.

El día que me dijeron que había fallecido fue el peor de mi vida. Un accidente de coche lo mató al instante. Fue un verdadero *shock* para mí, solo tenía quince años. Él me enseñó a tocar el piano y la guitarra, pasábamos horas escuchando sus nuevas bandas y me llevaba a los conciertos de la ciudad. Trabajaba muchas horas, pero sacaba tiempo para mí. Nuestra relación era fantástica, era el mejor padre que uno pueda imaginar. En esa época, él era mi héroe. Ya no lo es. No tenía que haber muerto. Empecé a salir por la noche, dejé de ir al colegio y encontré mi vía de escape en las chicas. Mi madre no lo ha reconocido, pero estoy seguro de que la verdadera razón por la que me ha mandado a este maldito pueblo con su hermano soltero es para alejarme de ese mundo. Tenía suficiente con asumir la muerte de su marido, no le quedaba tiempo para hacerse cargo de mí.

La puerta del restaurante se abre y aparece Blake, uno de mis rollos.

—Hola, *sexy*. Mis padres no van a estar en casa. Podemos ir allí si te apetece —me sugiere mientras juguetea con su pelo rubio—. ¿Tienes planes para esta noche?

—Los tengo ahora contigo —le contesto, secando vasos.

—Perfecto, ven a mi casa cuando acabes. Lo pasaremos bien.

Blake se va, dejándome solo con mi imaginación. Justo lo que necesito hoy. No me gusta demasiado Blake, es bastante pesada pero está buena y sabe lo que hace. No es que yo sea un capullo, ella también hace lo que quiere conmigo y con el que le apetezca. Es un acuerdo no escrito y nos funciona bien a los dos.

Lea

—¡Buenos días, Lea!

Abro un ojo. La pequeña princesa me mira con cara de pilla. Es una monada, su cara blanquita y sus ojos azules me recuerdan a una tarde en el mar.

—Ya me levanto. ¡Ni pienses en saltar encima de mí!

Me pongo de pie y la cojo en mis brazos. Le doy una vuelta alrededor de la habitación. Dios mío, solo llevo un día aquí y ya adoro a esta niña. Le beso las mejillas y le saco una de sus sonrisas angelicales.

Karen nos espera con un desayuno de infarto: magdalenas, tortitas, cereales, tostadas y fruta.

—Se me olvidó preguntarte ayer qué te gusta y quería que cogieras fuerzas para tu primer día en St. Andrews.

—Muchísimas gracias, Karen, pero no hacía falta, de verdad; con unos cereales hubiese sido suficiente. Aunque, visto lo visto, voy a probar las famosas tortitas americanas. —Busco los cubiertos en varios cajones. Karen me ve y sonrío abriendo uno que hay junto a la mesa; me asegura que me iré haciendo a la casa. Con el tenedor y el cuchillo en la mano, me siento en una silla y me sirvo un par de tortitas con sirope de chocolate.

—Tus padres hicieron bien en escoger ese centro para ti este año. Es buenísimo. Es una escuela privada preparatoria para la universidad, el nivel académico suele ser superior a las *high schools* públicas. Aquí las llamamos *prep schools*.

Simulo una sonrisa. Empezamos bien. No solo lucharé por entender el idioma, sino que también las asignaturas serán más difíciles. Debo ser fuerte y valiente, no puedo rajarme ahora, esto es lo que yo elegí. Ayer, hablando con mis padres, tuve que disimular, aunque nada de lo que dije era mentira: la zona es preciosa; la casa, bonita y acogedora, y la familia, encantadora. Aun así, se me cayeron las lágrimas mientras se lo contaba.

Anoche también conocí a Mr. Martin. Fue un encuentro breve porque justo vino de la oficina cuando yo me iba a meter en la cama. ¡Y era domingo! Creo que lo veré poco, pero parece majo, y con eso me vale.

—¿Estás bien, *darling*? ¿Te da miedo ir a la nueva escuela?

—No, no es nada. Tengo ganas de llegar a St. Andrews para ver cómo es y hacer amigos.

—Es un edificio histórico extraordinario, con muchas instalaciones bien cuidadas, te gustará. Recuerda que está a unas millas de Willport, en un pueblo cercano. El autobús es el del colegio, por lo que no hay pérdida. Lo bueno es que darás tus clases particulares de inglés cerca de allí.

—¿La gente de St. Andrews no vive aquí?

A ver si la escuela va a ser muy buena, pero todos los de mi clase van a ser de otro pueblo.

—Tengo entendido que la mayoría de los alumnos son de Willport o de las comunidades de alrededor. En Providence y Newport hay escuelas privadas, por eso, los que viven lejos no suelen ir a St. Andrews —me explica Karen y me ofrece un vaso de leche.

Desde luego, las tortitas están deliciosas. Le doy las gracias y subo a mi cuarto. Saco el nuevo uniforme de una bolsa: una falda de cuadros, una camisa, un jersey azul y ¡una corbata! ¡¿Cómo narices me hago el nudo de la corbata?! ¡No he hecho uno en mi vida! Me entran sudores fríos. Me voy a la ducha. Ya lidiaré con eso más tarde, o le pediré ayuda a Karen.

Bajo el agua, me viene a la cabeza la imagen de James. ¿Por qué estoy pensando en ese tío? El

típico malote que fuma y vacila, no es para nada mi tipo. Ahí apoyado en una pared, como si el mundo fuese suyo, con una camiseta negra remangada hasta el hombro y aires de chulo. Pero no puedo negar que es guapo: facciones perfectas, pelo castaño ligeramente largo, ojos del color del caramelo, alto y con un cuerpo de escándalo. En cuanto lo vi, me quedé: «¿Hola? ¿Acabas de caer del cielo?». Sin embargo, la que bajé rápido a la tierra fui yo, con el ridículo del beso.

Menos mal que luego estaba tan ocupado que apenas se acercó a nuestra mesa. Pero hay algo triste en él. Supongo que es por la muerte de su padre. Según me contó Karen, era dueño de una discográfica importante de Nueva York. La bondad que hay dentro de mí me dice que, quizás, lo único que necesita James es una persona desconocida con la que hablar del tema; quizás puedo ser su amiga. Mi cabeza, sin embargo, me advierte que no me junte con él, que solo me traerá problemas, y quiero pasar inadvertida este año. Disfrutar de nuevas amistades, vivir un año diferente, aprender inglés y volver a Bilbao; esas son mis metas para estos nueve meses.

Uniformada y con la corbata en la mano, bajo las escaleras.

—No sabes anudártelo, ¿verdad? Trae, yo te lo hago, y esta noche te enseño, es fácil.

Esta señora es un encanto. Gracias, Señor, por darme esta familia para este año.

La profesora me ha presentado a primera hora, pero son las once de la mañana y nadie me ha hablado. Empieza el descanso de veinte minutos. Estoy sentada en mi sitio, mirando los libros, y no entiendo nada. Me acuerdo de la simpática señora que vino al colegio a explicarnos las buenas experiencias que viviríamos si estudiábamos un año en el extranjero. En los vídeos se veía a jóvenes divirtiéndose, no contaban que durante un año solo hablaría con mi madre de acogida y una niña de cinco años. Me entran ganas de llorar y me voy al aseo. Paso de hacerlo delante de toda esta gente y dar más pena de la que estoy dando.

Cuando entro, las lágrimas ya han comenzado a caer. Unas chicas que parecen animadoras me miran y corro a encerrarme en un váter. Al cerrar la puerta, oigo:

—Ay, mamá, no puedo vivir sin ti... Soy una niñaata y necesito que vengas a buscarme para llevarme de vuelta a casa.

Las lágrimas me caen sin cesar. Me siento sola. Mi cuerpo se estremece, tiemblo de nervios. No sé qué chica lo ha dicho, aunque tengo una idea de quién es y quiero comprobarlo; pero, si salgo así, solo le daré más motivos para reírse de mí, así que no me muevo, casi ni respiro.

Me escondo en el aseo el resto de la mañana y a la hora de la comida voy a la librería. Me acuerdo de James. ¿Viene él a esta escuela? Karen no me dijo dónde estudiaba. Aunque no me convenga, al menos hablaría con alguien...

Busco entre los libros y encuentro una novela romántica. La leeré para pasar el rato de la comida. No es que yo tenga mucha experiencia en el amor, más bien, ninguna; pero siempre me han gustado las historias románticas. Me meto tanto en el libro que no paro la leer hasta que suena el timbre para ir a la clase de la tarde.

Que acabe este año ya.

James

Tras acabar las clases, voy al restaurante. Cómo odio ese colegio, son todos tan tópicos: las animadoras, los empollones, los bohemios, los deportistas... Menos mal que a muchos los conozco desde hace años, por los veranos que he pasado aquí, y tengo un par de buenos amigos. Dylan y Carlos juegan al *football*, pero son buena gente y les gusta pasarlo bien, como a mí.

Al pasearme por las mesas, veo a la chica europea. Me río por dentro al recordar el beso que me dio ayer y decido vacilarle un poco.

—Hey, ¡chica de los besos! ¿Cada vez que nos veamos nos tenemos que besar o solo en la presentación? Porque yo estoy dispuesto si tú quieres...

—Ja, ja. Muy gracioso. Mi nombre es Lea y no sé lo que quiero. Me ha dicho Karen que la esperase aquí, pero no tengo ni idea de si he de pedir yo la cena, esperar a que llegue ella o nos iremos a casa.

No he entendido nada de lo que ha dicho, solo que se llama Lea y algo sobre la cena.

—Chica, menos mal que has venido a aprender inglés porque no te he pillado ni una.

Se le humedecen los ojos y, pidiéndome disculpas, se va hacia el aseo. Joder, soy gilipollas. Voy tras ella. Está fuera, apoyada en la puerta y llorando. La miro con cara de sorpresa y me dice:

—Está ocupado.

Eso sí lo he entendido.

—Perdona, Lea. Yo no hablo más que inglés, y tú estás aquí para aprenderlo, no tenía que haber dicho eso.

No sé ni por qué le estoy pidiendo perdón, no suelo hacerlo, pero no me gusta ser el causante de sus lágrimas.

—Yo soy bilingüe en mi tierra, y además hablo francés e inglés. Bueno, inglés no, según tú...

—Lea, ya me he disculpado, no sé qué más quieres que haga.

—Nada, perdona, no es culpa tuya. He tenido un mal día. Nadie me ha hablado en el colegio, unas chicas se han reído de mí, me pierdo en este pueblo, y he explotado contigo.

Creo que he entendido lo que ha dicho, al menos, la idea general. Me acerco y le pregunto:

—¿A qué colegio vas? ¿Qué te ha pasado?

—A St. Andrews. No te he visto, supongo que tú no irás allí.

¿Me ha buscado?

—No, yo voy a la escuela pública de Willport, pero ¿qué te han hecho? —Le cojo de la mano. Siento que debo ayudarla, por mi tía o porque alguien tiene que hacerlo.

—Nada, lo que te he dicho: no me ha hablado nadie en todo el día y unas chicas se han reído de mí cuando me han visto llorando. Parecían animadoras, así que, teniendo en cuenta que serán las líderes del colegio, no va a ser un año fácil.

Nuevas lágrimas se deslizan por sus mejillas. Se las seco con la mano. Joder, pobre Lea, nadie se merece empezar así en un país extranjero, esas chicas podían haber sido más amables.

—¿Cómo eran? ¿Has oído sus nombres? ¿Sabes qué? Olvídalo. Coge tus cosas, vamos a dar una vuelta.

—¿Y el restaurante? ¿Y Karen? He quedado aquí con ella.

—No te preocupes, le explico a mi tío que necesitas airearte y que le diga a Karen que luego te llevo a casa.

Se queda pensativa, pero enseguida asiente.

—Vale, muchas gracias, James, me vendrá bien —dice mirándose a los ojos.

Y me abraza. Hacía mucho que no daba un abrazo. Por alguna razón, no me resulta forzado ni incómodo. Es pequeña, mi barbilla toca la parte superior de su pelo. Mis brazos la abarcan como si estuviese hecha a mi medida. Su olor me cautiva. Por un instante, el tiempo se para con una sensación extrañamente agradable.

Al separarnos, nos miramos. Sus preciosos ojos siguen humedecidos, pero sonríe. Lea va a recoger sus cosas de la mesa mientras le explico por encima a mi tío Bob lo que ha pasado. Me mira con incredulidad, pero me dice que adelante, él se encargará de las mesas y de Karen. Cuando voy a salir tras ella, me para:

—J., ayúdala. Es probable que seas la primera persona con la que habla hoy, compórtate.

¿Qué se cree que voy a hacer? ¿Liarme con ella? ¡Si está llorando! Le respondo con un simple «vale». No se merece más explicaciones después de ese comentario. Todo el mundo piensa lo peor de mí cuando hablo con una chica. Quizás no suelen equivocarse, pero esta vez es diferente. Lea no tiene ni amigos ni familia aquí. Se me parte el alma al verla sufrir sin que nadie la ayude.

Salimos del restaurante y la guío hasta el coche, el todoterreno que heredé de mi padre.

—¿Dónde vamos? —pregunta Lea, con mejor cara en cuanto se coloca el cinturón.

—A uno de mis lugares favoritos: la playa con mejores olas de esta zona. Supongo que todavía no habrás estado. Vamos a ver cómo surfean, a mí eso siempre me tranquiliza.

—¿Tú surfeas? —Se sorprende y gira la cabeza para mirarme—. Donde yo vivo, el surf es una forma de vida más, pero yo no puedo, soy malísima. —Se ríe y me hace sonreír a mí también. Me doy cuenta de que solo hay que prestar atención a lo que dice y cómo lo dice; si quieres entenderla lo haces.

—A veces. Siempre he pasado los veranos aquí, surfear era la única manera de amenizar los largos días de vacaciones.

—¿Tu padre era de aquí? —Me percató de que ha utilizado el verbo en pasado. ¿Se ha equivocado al conjugarlo o es que sabe de lo que habla? El misterio se resuelve en cuanto añade —: Karen me contó que murió en un accidente de tráfico cuando tenías quince años.

No me mira con pena, ni lo acompaña con un «lo siento», como de costumbre; simplemente lo dice como un hecho. Y eso me tranquiliza.

—No, mi padre no era de aquí, pero mi madre sí. Ella es la hermana de mi tío Bob y de mi tío Martin, el marido de Karen. Mi padre se crío en una granja, cerca de Nashville.

Nos aproximamos a la playa que hay tras el faro. Para acceder a ella, hay que aparcar arriba y bajar por unas empinadas escaleras de madera. Naturaleza en estado puro y alejada de la civilización. Solo surfistas o solitarios vienen a esta zona. No se parece en nada a la playa familiar del centro del pueblo. De hecho, apenas hay arena. Está compuesta por rocas de todos los tamaños y plantas. Las gaviotas y las olas grandes son las culpables de la ausencia de turistas.

Me gusta venir aquí no solo a surfear, sino a desconectar y, sobre todo, a recordar cómo era yo antes del accidente de mi padre. Entonces me imaginaba un futuro distinto. Viviría en Nueva York, me graduaría en Administración de Empresas o algo similar, heredaría el negocio de mi padre y vendría aquí de vacaciones. Pero mi vida dio un giro inesperado. Ahora estoy aquí todo el tiempo, sin tener ni idea de qué voy a hacer el año que viene, cuando acabe el colegio. No quiero estudiar para dirigir la discográfica, me traería demasiados recuerdos. Además, ya no tengo ninguna relación con la música. Se acabó aquel día.

Salimos del coche y cojo una toalla que llevo siempre en el maletero, junto a mi guitarra, por si un día me da por volver a tocar, tenerla cerca. Si mi padre me viera desde arriba, seguro que me

mandaría señales para que lo hiciera; pero, hasta el momento, nada de nada.

—¿Tocas la guitarra? Me gustaría oírte —dice Lea cuando la ve.

¿Esto ha sido una señal? Qué tontería... Casualidad pura y dura.

—No, ya no toco.

—¿Y por qué la guardas ahí? Cógela, por favor. Me encanta la música, es lo que me tranquiliza. No sé tocar ningún instrumento, me hubiese gustado aprender. Me hace resetear, ver las cosas diferentes, como los libros. Son mis dos zonas de confort, ahí me olvido del mundo entero. —La miro a los ojos mientras habla—. No hago deporte ni tengo aficiones, pero no podría vivir sin música y sin libros. Son parte de mí. —Sonríe tímida—. Llevo un rato hablando y no sé si me estás entendiendo.

Asiento. Sí, a la perfección. A mí me pasaba lo mismo con la música. Mi padre me enseñaba grupos nuevos y yo tocaba sus canciones. Cada una de ellas me transportaba a un mundo en el que todo valía, donde los sueños eran posibles. Quizás ahora estoy bloqueado porque me centro en pasar los días; tengo que ver más allá, parar en mi zona de confort para verlo, tal y como dice Lea. Hasta hoy, nadie me había incitado a tocar. Es un tema tabú entre mis familiares y amigos, saben que es mejor no preguntarme por la música.

Lea sigue sonriendo. Joder, está chica tiene una sonrisa por la que mataría. No quiero que las lágrimas la escondan de nuevo. Haría lo que estuviese en mis manos para conseguirlo, pero no quiero tocar ahora, no lo hago desde hace demasiado tiempo. El día que vuelva a coger un instrumento, pienso estar solo. Sin embargo, el destino me da otro empujoncito.

—Mira, la cojo yo —dice Lea—. No toques si no quieres, pero yo voy a intentarlo. Me encantan las guitarras. Tal vez me ayude a desconectar. ¿Me la dejas?

—Vale. —Agradezco que haya tomado la iniciativa y zanjemos el tema porque yo me encaminaba hacia pensamientos de una época a la que no quiero volver ahora mismo.

Lea admira el paisaje mientras bajamos las escaleras. Extiendo la toalla en unas rocas grandes del espigón, ya que suele hacer menos viento en esa zona. Está atardeciendo y nos quedamos mirando cómo un par de surfistas desafían al mar. La brisa nos acompaña en una tarde de final de verano perfecta. No hablamos, pero no es un silencio incómodo. Yo me fumo un cigarrillo mientras ella mira al horizonte. Imagino que cada uno está luchando con la batalla interna de problemas que tenemos. Pasa un rato, no sé cuánto, y alzo la vista. Lea trata de colocar los dedos en la guitarra. Sin pronunciar palabra, se los pongo en las cuerdas en las que deberían estar y hace sonar una nota. Se los cambio de posición y la invito a que repita las dos notas a la vez. Me entra la risa porque entre una y otra pasa al menos un minuto.

—¡No te rías! Enséñame.

Por inercia, agarro la guitarra y toco los acordes que le estaba enseñando. Mis dedos acarician las cuerdas. El olor de la madera y el mar me hipnotiza. Es como respirar profundamente, como volver a casa. Y comienzo a componer una melodía que ronda por mi cabeza desde hace un tiempo. Llego hasta el estribillo, que se me ocurre rápido, y toco de nuevo el principio. Tarareo al ritmo de la música lo que en un futuro podría ser la letra. Es la primera vez que compongo, siempre había tocado versiones, pero esto me sienta mucho mejor. Es algo mío, sale de mis pensamientos. De lo que estoy viviendo.

—James, es preciosa... —me dice Lea casi susurrando.

Me giro. Se me había olvidado que estaba ahí. Ella aprieta los labios y se le escapa una sonrisa.

—Sigue, me gusta oírte.

Yo lo hago. Por primera vez desde que murió mi padre me siento en paz acariciando las cuerdas. La vuelvo a tocar haciendo algunos arreglos, y otra vez más para seguir retocándola. Así, unas

treinta veces. Lea no dice nada, está concentrada en cómo compongo. Por su sonrisa, sé que también está disfrutando. Decido parar cuando casi la he terminado y los dedos raspan:

—Solo le falta la letra.

—James... —susurra Lea—, estoy impresionadísima, de verdad, eres un artista. En una hora has compuesto una de las melodías más bonitas que he escuchado nunca. ¿Es esto a lo que te quieres dedicar?

—No había compuesto nada antes, solía ensayar todos los días, siempre canciones de otros autores. No creo que sea lo suficiente bueno como para dedicarme a ello.

—¿Es una broma? —Me mira extrañada—. ¿Conoces a alguien que con diecisiete años cree algo tan bueno en tan poco tiempo? Deberías seguir componiendo y sacar discos. Yo pagaría por ellos.

Siempre pensé que dirigiría la discográfica desde mi despacho, contratando nuevos talentos o cerrando las operaciones importantes. Nunca soñé con ser músico. Hasta hoy.

—No sé, quizás. Llevo la música en la sangre, mi abuelo cantaba *country* en bares y mi padre montó la discográfica. Estudié música desde pequeño y toco varios instrumentos. —conforme lo digo en voz alta, me lo voy planteando: dedicarme solo a la música; simplemente, componer, cantar y hacer arreglos.

—Puedes ir a una universidad de música. Con tu experiencia, sería una buena opción —dice con naturalidad.

Lo pienso un segundo. No es una mala opción, más que nada, porque no tengo ni idea de qué hacer con mi vida el año que viene. Si no me decido rápido, me veo trabajando a jornada completa en el restaurante de mi tío...

—Mi padre estudió en la Berklee College of Music de Boston. Quizás me plantee matricularme, a ver si hay posibilidades de ir allí. Pero sería mucho trabajo, debería componer varias canciones para la presentación.

—¡Yo te ayudaré! Me encanta escucharte y así pasaría el rato con alguien —me dice, sonriendo otra vez; no puedo resistirme a eso.

—No sé, es una opción, pero he de pensármelo.

Creo que nos estamos acelerando. Una cosa es que haya vuelto a tocar y otra estudiar música. Necesito tiempo para asimilarlo.

—Mira, hagamos esto: tú vas componiendo canciones, yo las voy escuchando y te digo si me gustan o cambiaría algo. No sabré tocar instrumentos, pero sé diferenciar una canción buena de una mala. Si llegas a tiempo para matricularte, genial; si no, pues habrás logrado que no esté más sola que la una en este país.

Me da pena cuando dice eso. Es una buena chica, no se merece lo que le han hecho hoy en el colegio. Decido aceptar porque, al menos, su compañía está siendo agradable.

—De acuerdo, lo intentaremos, pero no quiero que te pongas triste si no me sale nada o no me cogen, ¿vale?

—Trato hecho. Estoy segura de que vas a componer canciones maravillosas y te van a aceptar, ya verás.

Pasamos la tarde en la playa. No recuerdo haber tenido esta calma desde hace mucho tiempo. Lea me cuenta con detalles lo que le ha pasado en la escuela y, entre finas lágrimas, confiesa que echa mucho de menos su casa, que se siente sola. Y yo la comprendo, porque siento ese mismo vacío. Nos escuchamos y nos apoyamos. Es curioso cómo me he abierto ante una desconocida y le he hecho promesas que no sé si cumpliré. A veces solo necesitas a alguien que no te conoce para empezar a conocerte a ti mismo.

Lea

De camino a mi segundo día de colegio, me acuerdo de James. Qué diferente es a la imagen que da. No sé si fue por el momento o por el espectacular paraje, pero la conexión que tuvimos fue real. Por primera vez desde que llegué, me sentí a gusto. Tenía alguien con quien hablar y en quien comenzar a confiar. Cuando me embarqué en este viaje, no pensé que en las situaciones cotidianas me fuera a hundir, pero lo hago. Ver algo que me recuerda a mi casa me causa una tristeza que dura horas. Es cuando soy consciente de que estoy sola y lejos de mi entorno. La tarde de ayer, sin embargo, me dio fuerzas para continuar en esta aventura.

Hoy es un día nuevo y estoy dispuesta a darle otra oportunidad al colegio. James me dijo que, si la gente no me habla, les hable yo. También que me cambie de sitio en clase, que a nadie le gusta la chica que se sienta en primera fila. Así que hoy seré extrovertida. Aunque nunca he tenido problemas en hacer amigos, ayer me encontraba perdida. Pero hoy no, hoy voy a dar lo mejor de mí.

Entro en la clase de Geografía. Algunos de los alumnos son los de ayer. Escaneo el aula y veo un sitio libre por el medio, al lado de tres chicas que se están riendo. Parecen simpáticas, no son del estilo de las animadoras que se mofaron de mí. Justo cuando estoy a punto de llegar al pupitre, tropiezo con una mochila y los libros que llevo en la mano salen volando. ¡Dios mío! ¿Puedo hacer más el ridículo? ¡Qué vergüenza! Los recogeré y volveré al sitio de la primera fila. Mañana será otro día.

Una de las tres se agacha.

—Hola, soy Anna, ¿estás bien? Espera, que te ayudo. —Me sonrío y apila los libros en la mesa vacía que hay junto a ellas. Es castaña y la coleta le llega hasta los hombros.

—Sí, muchas gracias. Yo me llamo Lea. —Los mofletes me arden. Debo de estar como un tomate. ¿Qué más me puede pasar?

—Chicas, ¿lo tenéis controlado? ¿Os echo una mano? —pregunta un alumno guapísimo que estaba sentado al final de la clase. Se acerca a nosotras—. Soy Brad, tú eres la chica nueva de Europa, ¿verdad? —De pie, contempla cómo termino de recoger todo.

—Sí, esa soy yo.

Una de las amigas de Anna me mira fijamente, con cara de matarme. Está claro que le gusta Brad. No quiero líos y no estoy interesada en él, así que no le digo nada más.

—¿Esta mesa está libre? ¿Me puedo sentar? —le pregunto a Anna.

Brad vuelve a su sitio. Bien, ha pillado la indirecta.

—Sí, claro, Lea, siéntate. Estas son mis amigas: ella es Mia y la rubia es Denise. —Señala a la chica de la mirada asesina—. Así que eres de Europa. ¿Qué haces en Rhode Island?

—He venido a estudiar un año para mejorar mi inglés. Vivo en Willport, con una familia.

Aunque trato de ser simpática, no sé qué más decirles. Es extraño, siempre tengo temas de conversación. Pero el idioma provoca que no me salgan las palabras.

Suena el timbre y entra la profesora. Es una señora mayor, con unas gafas de los ochenta. Nos explica que este curso daremos los países y capitales del mundo; eso se me da bien. Por lo menos, seré buena en esta asignatura. Si me hubiesen puesto solo geografía de Estados Unidos, sería otra historia.

Al acabar la clase, Anna me dice que vaya con ellas a la siguiente. Esto pinta bien, por fin. Paso

todo el día con ellas, incluso comemos juntas en el comedor del colegio. Todo parece normal, ya no siento que me miren con pena, como ayer. Además, son simpáticas. Anna es una chica encantadora, es paciente conmigo y me ayuda con el idioma, se le ve buena amiga. Es bajita como yo, pero tiene un cuerpo musculoso para lo delgada que es. Según me ha contado, suele participar en competiciones estatales de natación. Me cuesta entender el acento sureño de Mia, ella misma se ha dado cuenta de que a veces me pierdo en sus conversaciones. Sus padres son de Carolina del Sur y se mudó aquí hace un par de años. Es una negra deslumbrante con un físico de escándalo. Me río mucho con ella porque, aunque no le entienda la mitad, no para de hablar y de reírse. Denise es la rubia con cara de pocos amigos; todos le parecen competencia, pero es maja una vez le aclaras las cosas. Ha sacado el tema de Brad y le he dicho que, aunque es guapo, no es mi tipo. A partir de ahí, ha cambiado su actitud conmigo y me ha preguntado por los chicos franceses. ¿Qué voy a saber yo sobre ellos, si ni siquiera vivo en ese país? Mi idea es que está obsesionada con los hombres; lo iré descubriendo poco a poco.

Cuando acaban las clases, salimos hacia los autobuses. A lo lejos, veo una cara conocida. Es James, tan atractivo como siempre. Está apoyado en un coche y lleva una camiseta que le marca con sutileza su cuerpo perfecto, unos vaqueros desgastados y unas zapatillas. Levanta la cabeza y me mira con sus ojos de color caramelo. Sonríe al reconocermelo. Denise me agarra del brazo.

—Oh mira que alegría para el cuerpo al salir de clase ¡Ese sí que es un hombre! Míralo bien porque no vas a tener muchas más oportunidades. Es el dios de Willport.

Anna y Mia se ríen.

—Que exagerada. No le hagas caso, Lea. Ese es Rivers, famoso entre otras cosas porque es un ligón —me dice Anna.

—¿Estáis hablando de James? —pregunto, sorprendida. Una vez más, no sé si estoy entendiendo bien.

—Sí, James Rivers. Di lo que quieras, pero yo conozco a alguna que ha estado con él y solo quiere repetir. Vivía en la gran ciudad y pasaba los veranos aquí, pero se comenta que disfrutaremos de su belleza todo el año. Espera, ¿has dicho James? ¿Lo conoces? —Gira la cabeza hacia él—. Oh, Dios mío, está caminando hacia aquí; viene a hablar contigo, ¿no? —pregunta bajito.

—Sí, lo conozco, vivo con su tía.

Mientras James se acerca, no solo siento las miradas de mis tres nuevas amigas, sino la de las chicas de alrededor, o, más bien, la de la mayoría del colegio.

—Hola, Lea, he venido por si necesitabas un coche para ir a casa —me dice, ajeno a las miradas, y apoya una mano en mi espalda—. Hola, soy James. ¿Sois amigas de Lea?

—¡Sí! Yo soy Denise, ellas son Mia y Anna —contesta con demasiada efusividad.

—Encantado de conocerlos, chicas. Cuidadme bien a Lea, es amiga mía.

James me acaricia la cara. ¿De qué va esto? ¡Estoy perdidísima en este país! ¿Está ligando conmigo? Imposible, y menos después de oír lo que comentan de él ¿O está jugando conmigo también? Dejo a un lado mis pensamientos y decido actuar, no vaya a ser que Denise se derrita.

—Muchas gracias, James, de verdad, pero no voy a casa. Hoy tengo clases particulares de inglés. Andando, llego en quince minutos, o eso me han dicho.

Es una pena, porque me encantaría disfrutar de su compañía un poco más. Ayer me lo pasé muy bien con él y, por qué no decirlo, no me canso de mirarlo.

James me coge de la mano y me saca del círculo que han formado Anna, Mia y Denise.

—Te llevo de todas formas. Así me cuentas qué tal te ha ido hoy.

Me despido de las chicas. James me espera a un lado. Denise me indica con la mirada que

mañana le cuente, Anna se queda boquiabierta y Mia mueve la mano despidiéndose mientras sonrío. Nadie dice nada, tan solo son gestos, pero capto cada uno de ellos.

De camino al coche, James me pasa un brazo por los hombros y me da un beso en el pelo. Estoy atónita. Se acerca al oído.

—Tranquila, sé que están mirando. A partir de mañana, ya no pasarás desapercibida —me susurra. Me paro y me muerdo el labio para no reírme.

—¿No serás tan creído que piensas que por venir a buscarme me va a hablar la gente?

Su respuesta es solo un levantamiento de cejas mientras me coge de la mano para guiarme hasta el todoterreno.

Nos metemos y me pregunta cómo he conocido a mis nuevas amigas y qué tal me han ido las clases. Mientras se lo cuento, él asiente como si nos conociéramos desde hace una eternidad.

Al llegar a mi clase de inglés, le doy las gracias y me bajo del coche. Qué día más extraño.

James

Son las diez y estoy cerrando el restaurante. Ya no hay nadie. Llevo desde ayer con la melodía en la cabeza, así que cojo la guitarra, un papel y un boli y me siento. Esta primera canción se la dedicaré a mi padre. Las frases me salen solas. Paro y las escribo para que no se me olviden. Cada recuerdo me inspira otras líneas y las disfrazo de un grito al amor. Cuento nuestra historia y todo se va enlazando. Ha pasado un rato y ya tengo la primera estrofa y parte del estribillo.

Suena mi teléfono. Es mi madre. Por lo general, no me apetece hablar con ella porque me ha exiliado aquí. Sin embargo, hoy me siento bien.

—¿Sí?

—¡James! ¡Hola! ¡Qué bien que contestas! ¡Qué placer hablar contigo! ¿Qué tal estás? —Parece contenta. Pobre, se lo he hecho pasar mal ignorando sus llamadas.

—Hola, *mum*, estoy bien. Me has pillado componiendo una canción —lo digo sin pensar que se va a dar cuenta de lo que eso significa.

—¿Estás tocando la guitarra otra vez? ¿O es el piano? James, no sabes qué feliz me haces. ¿Puedo oír la canción? —dice casi susurrando. Sé que no quiere pedir demasiado, por si vuelvo a cerrarme en banda.

—No, *mum*, otro día, cuando esté terminada, ¿vale? Si quieres, te toco la melodía.

—¡Sí, sí, por favor!

Está más emocionada que yo. Cómo he podido ser tan gilipollas con ella... Ah, sí, porque me ha mandado a estudiar mi último año de colegio en un pueblo enano. Aunque empiezo a pensar que es lo que necesitaba. Pongo el teléfono sobre la mesa y activo el altavoz. Cuando acabo de tocar, oigo a mi madre llorar.

—James, es fantástica, mucho mejor que algunas maquetas que traía tu padre a casa. Estaría orgulloso, de verdad. No lo dejes nunca.

—No, *mum*, me estoy planteando matricularme en Berklee. —No sé por qué le estoy contando esto. La música me está convirtiendo en otra persona.

—¡Eso sería estupendo!

Suena un pitido. Tengo una llamada en espera de mi amigo Dylan. Me despido de mi madre para atender la otra línea. Tocarle la melodía y decirle lo de Berklee ha sido suficiente por hoy.

—Tío, ¿qué te cuentas? —digo cambiando el tono de voz.

—¿Cómo que qué te cuento? Blake ha intentado liarse conmigo; según me ha dicho, tú te has echado novia.

—Pero ¿qué dices, tío? Sabes de sobra que yo no tengo novia. De todas formas, si te quieres liar con Blake, adelante, es toda tuya; yo paso de ella.

¿De qué cojones me está hablando? Si esta llamada es porque le apetece tirarse a Blake, por mí no hay problema. Es la chica con la que más veces me he liado porque sabe lo que hace y no pide explicaciones, pero ya me aburre. Cuando habla mucho, me resulta insoportable. Esta tarde, vino cuando estaba subiendo al coche para ir a St. Andrews. Le dije que tenía planes y que no iba a quedar más con ella. Supongo que por eso se cree que tengo novia, pero con esta chica nunca se sabe.

—No, no quiero liarme con ella, solo te llamo para enterarme de quién es tu nueva amiga. Ayer Blake fue a buscarte y tu tío le dijo que habías salido con una chica. Hoy ha vuelto y le has dicho

que ya no volverías a estar con ella. Te ha seguido con el coche y te ha visto con una chica de St. Andrews. ¿Quién es?

—¿Me ha seguido? Esta tía está más loca de lo que pensaba.

—No es nadie, Dy, es una estudiante de Europa que está viviendo en casa de mi tía Karen. Ayer le enseñé los alrededores y hoy la he recogido del colegio, nada más.

—¿Está buena?

Ah, no, ya sé adónde va esta conversación. Dy nunca pierde oportunidad. Lo que le faltaba a Lea es que un capullo se aproveche de ella.

—Aléjate de ella, tío.

—¡Sí que está buena! Si no, no me dirías eso, porque sabes que ni me lo plantearía. ¿Y te gusta o algo así? ¿Por eso no me dejas acercarme?

—¿Que si me gusta? Me siento cómodo con ella y es guapa, pero no me lo había planteado. Simplemente la he visto como una amiga que me necesita y que me ayuda con la música. De todas formas, no voy a darles de qué hablar a mis amigos.

—¿Algo más, Dy? Estaba ocupado.

—¿Haciendo qué? Bueno, da igual. Sí, hay algo más. Mis padres se van este fin de semana y voy a dar una fiesta el viernes. Trae unas cuantas tías, porque, solo con los del *football* ya hay demasiada testosterona, ¿vale?

Tiraré de agenda para que esté contento y me deje tranquilo.

—Vale. ¿Algo más?

—No.

Cuelgo el teléfono. Me quedo hasta la madrugada poniéndole letra a mi canción. Está perfecta. Esta valdrá para mi matrícula en Berklee.

► CANCIÓN: *Ho hey* – The Lumineers

Al día siguiente, el colegio es lo de siempre, cómo lo odio. Por lo menos, Dy no me ha vuelto a preguntar nada sobre Lea. Está demasiado ocupado invitando a todas las chicas a la fiesta.

Lea. Tengo ganas de verla y de cantarle la canción, a ver qué dice. En este momento, no confío en mucha gente para compartir mi música porque no sé ni lo que estoy haciendo, si solo se va a quedar en ilusiones. Pero supongo que, aunque no nos conozcamos, con ella puedo soñar que esto podría ser posible, un nuevo mundo abierto para mí.

Acaban las clases y de camino al restaurante, la veo sentada en un banco. Está leyendo un libro y juega con el pelo. Siento algo en la tripa ¿Me he puesto nervioso?

—¿Qué pasa, Kisses?

Me acomodo a su lado y miro la portada del libro. Sale un chico y una chica cogidos de la mano. Tiene pinta de novela romántica; le pega leer libros de este estilo.

—¿Kisses? —pregunta como si no lo hubiera entendido.

—Sí, Kisses, por eso de que no paras de dar besos a desconocidos. —Sonrío y pongo morritos—. Ten cuidado, no vaya a ser que alguien se piense que tienes otras intenciones.

—Muy gracioso, ya aprendí la lección. —Se ruboriza.

Pobre, tendré que dejar de vacilarle, pero me encanta cómo reacciona.

—¿Vas a hacer algo ahora? Ayer terminé la letra de la canción y me gustaría que la escuchases —digo, cohibido. Pero ¿qué me pasa? No he sido tímido en mi puta vida.

—No, nada. Vamos. ¿Y la guitarra? —Se levanta y guarda el libro.

—En casa de mi tío Bob. Está aquí al lado.

Paseamos despacio sin hablar durante un par de minutos hasta que llegamos a la pequeña casa individual del centro del pueblo. Entramos al salón y Lea se sienta en el sofá.

—Así que, aquí vives.

—Sí, tengo un cuarto arriba. Bob tiene mala ostia pero es no es mal tío. —Me acerco a la guitarra apoyada en la pared—. ¿La toco entonces?

—Adelante, escuchemos esa letra.

Termino de tocar la canción. Estoy nervioso. Lea no dice nada, tan solo me mira. Esto no puede ser bueno. Tomo la iniciativa:

—¿Y?

—James, no tengo palabras en inglés para explicártelo. Es preciosa y tienes una de las voces más bonitas que he escuchado en mi vida. Creo que he entendido casi todo. Habla sobre tu padre, ¿verdad? De tu soledad, de cómo deseas que él siguiera a tu lado. Pero lo has ocultado en una canción de amor para una chica. Es impresionante.

Ahora soy yo el anonadado. No esperaba que nadie descifrara el verdadero significado de la letra. Mucho menos ella, que ni siquiera domina el idioma.

—Exacto, lo has entendido a la perfección —le digo, ligeramente emocionado.

—James, de verdad, eres un artista. Te vas a hacer de oro el día que saques discos. —Todavía queda mucho para eso, pero me ilusiona que le haya gustado. Lea se levanta y me dice—: Perdona, me tengo que ir, he quedado a cenar con Karen y Olivia. Estaba leyendo para hacer tiempo, pero voy a llegar tarde.

No quiero que se vaya, estoy cómodo con ella y cada día me sorprende más. Me gusta. ¿Qué acabo de pensar? ¿Que me gusta esta chica? Joder, la música me está transformando. La verdad es que me encantaría volver a quedar con ella. Quizás vaya a buscarla al colegio mañana.

—¿Qué tal las clases? Ya tienes amigas, ¿verdad?

—Sí, estoy mucho mejor. Anna, Mia y Denise son geniales. Y la gente ha empezado a hablarme. A ver si ese truco de venir a recogerme ha funcionado...

—Puede que sí o puede que no, nunca lo sabrás.

Estoy seguro de que sí. Conozco a los de St. Andrews, muchos son unos interesados que me quieren conocer por la discográfica de mi padre o por mi relación con el equipo de *football* local. Pero eso no tiene por qué saberlo ella. Con que no le hagan la vida imposible este año, me conformo.

—Aunque hoy estaban hablando del fin de semana y no me han preguntado nada a mí. Supongo que cuando tengan el plan organizado me dirán si quiero ir. Pero, bueno...

—¿Por qué no os venís este viernes a la fiesta que da mi amigo Dylan en su casa? Díselo a las tres, si quieres.

Su cara se ilumina, se acerca a mí y me dice:

—¿De verdad? ¿Podemos? —Tan solo asiento con la cabeza y ella sigue—: Eso les encantará. Además, si soy yo la que propone el plan, voy con ellas seguro. ¡Eres un genio, James! ¡Gracias, gracias, gracias!

Me abraza y quedo preso de su olor y de su tacto. Debo de estar volviéndome loco, porque cada vez me gusta más envolverla en mis brazos. ¿Es la música la que me está cambiando o es esta chica?

Lea

En cuanto les pregunté si querían ir a la fiesta del amigo de James, todo fueron sonrisas. Estaban tan contentas que, por la tarde, nos fuimos de compras al centro comercial para encontrar algo que ponernos. Al parecer, estas fiestas son populares, pero a ellas nunca las han invitado. Me dejé llevar por lo que ellas aseguraban que me favorecía y acabé comprándome un vestido de tirantes, negro y corto, y unos botines con tacón. Estaba aún con las chicas cuando James me llamó. Le había pedido mi número a Karen. Me dio la dirección de la fiesta y quedamos en que nos veríamos allí, que lo buscara al llegar.

Las tres vienen a mi casa porque Karen las quiere conocer y la casa de Dylan está solo a quince minutos andando.

De camino, charlamos sobre cómo será la fiesta y qué gente habrá.

—¿Y tú qué vas a hacer con Rivers? —me pregunta Mia.

—¿Cómo que qué voy a hacer? ¿A qué te refieres?

Mia me mira como si fuera obvio y no contesta. Denise decide seguir:

—Que si te vas a liar con él.

¿Cómo? ¿A qué viene eso? No es que no me sienta atraída por James. Es el tío más guapo que he visto en mi vida y lo pasamos bien juntos, pero no creo que sea el tipo de chica que él busca a juzgar por los rumores que comentó Denise. He estado con tres chicos, y no sé si se puede considerar «estar», porque solo nos hemos besado.

—James y yo somos amigos, no creo que pase por su cabeza liarse conmigo.

Me ahorro comentar que no tengo experiencia en esto, porque, conociendo a Denise, me emparejaría con cualquiera esta noche para que vaya practicando.

Denise se para en seco y nosotras tres también, para ver qué le impide hablar y andar a la vez.

—¿Perdona? Pequeña europea, serás buena en geografía, pero los chicos no son lo tuyo. Rivers se quiere liar contigo. Si no, no hubiese venido a recogerte al colegio el otro día para preguntarte qué tal las clases. Rivers no es amigo de las chicas, solo se las trabaja con un fin. Tampoco te hubiese invitado a ti y a tus tres amigas a la fiesta para que, simplemente, lo pases bien. Por descontado, no hubiera conseguido tu número a través de un familiar para asegurarse de que vas y lo buscas al llegar. Si te queda alguna duda, te lo confirmo: el dios de Willport quiere contigo.

¿Es posible que le guste a James? Que casi siempre nos vemos porque él viene a mi encuentro es verdad. Pero no acabo de creérmelo, no valgo nada en comparación con la chica con la que lo vi el primer día. Yo soy normalita, muy normalita de hecho, no como la rubia seudomodelo con poca ropa. Esa no estaba allí como amiga, ni un poquito de amistad buscaba.

—Denise tiene razón —dice Anna—. Es muy raro que un chico como él haga esas cosas por una chica solo por ser tu amigo.

Mia asiente y las cuatro seguimos andando.

—En ese caso, no voy a perder mi oportunidad con el dios de Willport. —Me río del apodo—. Aunque os aseguro que no habrá más que besos.

—¡Yujuu! —Denise aplaude—. No asegures nada antes de tiempo, pequeña europea. Déjate llevar por las manos del señor Rivers. Estoy segura de que no te arrepentirás. Y si necesitas condones me pides, que llevo. —Me guiña el ojo.

No, de eso estoy segura: no voy a hacerlo con nadie hasta que esté enamorada. No digo que vaya

a esperar a casarme ni mucho menos, pero mi primera vez será con alguien especial, una persona en la que confíe y que me quiera. Es un paso importante para mí y no pienso darlo a la ligera.

Ya se oye música. No hay duda de en qué casa se está celebrando la fiesta. Mia abre la puerta y entramos en un salón lleno de gente bebiendo. Aquí hay un millón de chicas, y todas guapísimas. Un chico rubio y atlético nos saluda:

—Bienvenidas a mi casa, soy Dylan. ¿Cómo os llamáis y de parte de quién venís?

Me da vergüenza hablar con desconocidos por mi inglés, pero debo contestar yo, que soy la invitada.

—Soy Lea, estas son Anna, Mia y Denise. James me dijo que viniéramos. —Sonrío y le doy la mano. Ya he aprendido la lección de los besos.

—Hum, Lea... Por tu acento, diría que eres la chica europea con la que Rivers está pasando mucho tiempo últimamente, ¿es correcto?

Me fijo en mis amigas. Me miran con cara de: «¿Ves? Te lo hemos dicho».

—Sí, esa debo de ser yo. Encantada de conocerte, Dylan.

—Igualmente, Lea. Chicas, pasadlo bien. La bebida está en la cocina; el baño, debajo de las escaleras y arriba no se puede subir. No rompáis nada, por favor. Tomaos algo, lo que queráis. Luego os veo, voy a saludar a unos amigos.

Nos adentramos en el salón, James está sentado en un sofá, rodeado de varias chicas, a cual más guapa. Una de ellas está en su regazo. Sin comentarios. Se percata de que hemos llegado y sonrío.

—Kisses, ¡has venido!

Me acerco al sofá, con mis tres amigas detrás de mí. ¿No se piensa levantar? Me paro delante de él. Parece que estoy testificando ante un jurado, escoltada por mis abogados. Las chicas me miran de arriba abajo. Siento escalofríos por mi elección de ropa. James ni se mueve ni me dice nada, solo me observa.

—¿Te acuerdas de mis amigas? —Las señalo mientras ellas saludan con la mano.

—Sí, claro. —Traga saliva. ¿Está borracho? Las mira—. ¿Qué tal, chicas?

Esto es más ridículo por momentos. Aparece la rubia de la primera noche meneando las caderas. A James le cambia la cara y la llama Blake; ella sonrío, se acerca. James le hace un gesto para que vaya con él arriba. Cuando se levanta, se para frente a mí:

—Luego nos vemos. Tengo que hablar con Blake de un tema. —Se va hacia las escaleras.

Blake lo coge de la mano y se gira para guiñarme el ojo. ¿Perdona? Me quedo con la palabra en la boca. ¿Hablar? ¡Y una mierda! Este se cree que yo soy idiota. Aunque es cierto que nunca me ha prometido ni insinuado nada. Las chicas me han dado su opinión y yo me la he creído. Es hora de cambiar esta situación, estoy aquí para pasármelo bien con mis nuevas amigas. Me giro y las veo mirándome con cara de pena.

—¿Os apetece tomar algo? Porque yo quiero un chupito. No sé si aquí los tomáis, son tragos de bebidas fuertes.

—Sí, se llaman *shots*. Vamos a la cocina, a ver qué hay —dice Denise.

Encontramos una botella de ginebra entre toda la cerveza. Nos tomamos cada una un chupito y yo sigo con la cerveza. La música se oye de fondo y hablamos con la gente que va pasando por la cocina. Al rato, estamos integradas en la fiesta. Denise juega con tres chicos y unos vasos en una mesa de *ping-pong*. Anna y Mia bailan en el salón, y yo estoy hablando en español con Carlos, un mexicano que dice que es amigo de James. Me balanceo al ritmo de la música familiar. Me doy cuenta de que estoy borracha, pero me da igual.

—¿Te gusta la música latina? ¿Quieres ir al salón a bailar? —dice Carlos.

—¡Sí! ¡Vamos!

Pongo los brazos sobre los hombros de Carlos, y él, las manos donde acaba mi espalda. Esta es la música que me gusta bailar a mí. Sus caderas se mueven junto con las mías. Me río bailando al ritmo de lo que creo que es Ricky Martin. Debe de ser el alcohol, pero me siento bien.

James

No encuentro a Lea. Llevo buscándola un buen rato y no la veo. He mirado en la cocina, en los sofás, por fuera de la casa y hasta en la cola del baño. Desde que ha entrado por la puerta con ese minivestido, no pienso en otra cosa. Le hace unas piernas kilométricas; con lo bajita que es, está impresionante. Me he quedado atónito admirando su belleza y ni he podido levantarme. Me moría de ganas de estar con ella, pero primero tenía que arreglar lo de Blake. Lo último que necesito es que me monte una escenita de celos y parezca mi novia. Le he dejado claro que no lo es y nunca lo ha sido. No se ha quedado muy contenta con nuestra conversación.

Me cruzo con Dy en las escaleras y me dice:

—Me pides a mí que me aleje de tu amiguita, pero a Carlos le das vía libre. Tío, eso no se hace, yo la he visto primero.

—¿De qué hablas, Dy? —Busco con la mirada a Lea. A ver si desde aquí arriba la diviso.

—De tu amiga europea. Está bailando con Carlos como si fueran a echar un polvo en medio de la pista.

Miro a la zona donde la gente baila. Lea, aparentemente ebria, está pegada a Carlos, bailando una canción latina. Una puñalada por la espalda duele menos. Sin pensarlo, voy hacia ellos. Cojo a Lea de la mano y le digo a mi amigo cabreado:

—Carlos, ni la toques. Está conmigo.

Lea me mira. Sus ojos rojos me confirman que ha bebido más de la cuenta. Carlos retrocede asustado, es la primera vez que le hablo en ese tono.

—Yo no estoy contigo, estoy con mis amigas, y con Carlos ahora. Vete con alguna del sofá, tienes para elegir.

Lea apenas vocaliza, es un milagro que la haya entendido.

—Estás borracha, Lea. Nos vamos a casa.

No espero a que me conteste. La agarro por la cintura y la saco de la fiesta. Esta chica no pesa nada.

—Déjame en paz, James. Me lo estoy pasando bien. No eres mi padre —dice mientras me pega con sus puñitos en el brazo.

—No, no soy tu padre, pero sí el que te ha invitado a esta fiesta. Permíteme que me preocupe por mi integridad física. Como Karen, Martin y Bob se enteren de que te he traído a un sitio con alcohol y que estás borracha...

La siento en el bordillo. Se apoya bien con las manos agarradas al muro y me mira. Parece enfadada, pero igualmente está guapa. Porque es una guapa de las de verdad. De las que si no te acercas pierdes los detalles del cambio de colores de sus ojos ahora brillantes o sus labios carnosos. El pelo moreno ondulado le cae por la cara sin pizca de maquillaje; se lo pongo tras la oreja. Ella se da cuenta porque me mira. Pensaba que lo nuestro era una amistad, pero me he dado cuenta de que quiero algo más.

Lea está tiritando. Aunque todavía es septiembre, la temperatura baja considerablemente por las noches. Me quito mi sudadera y se la pongo. Se sube la capucha y mete las manos en los bolsillos. Recuerdo que ha llegado con una chaqueta, así que le digo que espere, que entro a buscarla.

Me cruzo con sus amigas. Aprovecho para decirles que voy a acompañar a Lea a casa. Se cruzan de brazos y me bloquean la puerta. Algo no les ha gustado, eso está claro.

—No creo que sea buena idea —me dice la bajita con pinta de hacer deporte. Me parece que se llama Anna.

—¿Cómo que no? Está borracha. Karen la va a matar como la vea así. Necesita tomar el aire y que se le pase.

—No es buena idea porque se ha emborrachado por tu culpa. Si tú no hubieses pasado de ella, no habría bebido. Ha tenido que ver en primera fila cómo ibas arriba a liarte con una tía. No me fio de ti.

¿Lea piensa que me he liado con Blake? ¿Está celosa?

—Mirad, chicas, os agradezco que os preocupéis por Lea. De verdad, solo voy a acompañarla a casa. Karen es mi tía y vive con ella, la matará si llega borracha. —Me miran, pensativas—. Lea está esperándome, muerta de frío. Veré si quiere comer algo y, en cuanto se despeje, la llevo a casa. No tengo más que buenas intenciones con ella.

Anna cede a regañadientes. Asiente con la cabeza y susurra:

—Si le pasa cualquier cosa, tú has sido la última persona que ha estado con ella. Más te vale que la cuides y llegue a casa en perfectas condiciones.

De camino, paro a comprarle un sándwich, unas patatas y un botellín de agua. Pienso en cogerle una Coca-Cola, pero recuerdo que el otro día dijo en el restaurante que no le gustan las bebidas con gas. ¿A quién no le gustan las bebidas con gas?

Nos sentamos en un banco. Lea apoya la cabeza en mi hombro e, inconscientemente, la rodeo con el brazo izquierdo. No hay nadie más, solo ella y yo. Como cuando fuimos a la playa, nos quedamos un rato en silencio, cada uno en su mundo. Nunca habría imaginado lo agradable que es estar acompañado mientras te abstraes en tus pensamientos. Me saco un cigarrillo, pienso en si le importará que fume; nunca dice nada, y a mí me suele dar igual lo que piensen, pero por alguna razón sí me importa lo que piense ella.

—Te has enfadado mucho cuando me has visto con Carlos —me dice más serena. Casi vocaliza a la perfección.

—Sí, no me parece que sea un lugar para echar un polvo. —Utilizo las mismas palabras de Dy.

Lea ríe.

—La música latina se baila así. Te aseguro que no iba a pasar nada más, yo no soy de ese tipo de chicas.

—¿De qué tipo de chicas? —pregunto, aunque entiendo a qué se refiere.

—De las que se acuestan con alguien casi sin conocerlo. Tengo poca experiencia, la verdad. —Se me pasa por la cabeza preguntarle si ha tenido novios, pero ella contesta antes—: Bueno, quien dice poca, dice ninguna. Me he besado con tres chicos, nada más. Desde luego, por muy arrimados que estuviéramos, no iba a ir a más. No podría. Carlos no me gusta en ese sentido.

«¿Y yo te gusto?», me pregunto. Es evidente que nos divertimos juntos, pero no sé si pasa algo más por su cabeza. Nunca me ha dado ninguna señal. Sus amigas me acaban de insinuar que se ha emborrachado porque me ha visto con Blake, pero quién sabe si Lea les ha comentado algo. La conocen desde hace poco, pueden estar equivocadas.

Decido cortar la conversación, noto que está incómoda.

—Anda, vamos a casa, que, si no, Karen me va a matar a mí por llevarte tan tarde.

Nos levantamos. Mientras paseamos, me cuenta historias de su vida en Europa, de su familia y amigos. Dice que su nombre viene de un río que desemboca en Lekeitio, un pueblo pesquero cercano a donde vive ella. Sonríe al hablar de su tierra. Por primera vez, la veo contenta. Hasta ahora, cuando recordaba su hogar, se entristecía. Ha hecho amigas que parecen simpáticas, ha estado en una fiesta y en el colegio le va mejor. Se empieza a sentir a gusto aquí, y es curioso

como verla feliz me produce mucha satisfacción.

Llegamos a su casa. No sé cómo actuar. Me gustaría besarla, pero tengo miedo a que me rechace y nuestra relación no vuelva a ser como hasta ahora. No quiero fastidiarla. Acaricio su mejilla y le doy un beso en la frente. Nuestras miradas se enredan en un segundo eterno. Lea suspira y aparta los ojos demasiado pronto.

—Gracias por invitarme a la fiesta. Hasta otro día, James.

Me quedo parado, con las manos en los bolsillos, viendo cómo abre la puerta. Me mira de nuevo, sonriendo. Me doy la vuelta y yo también me voy sonriendo a casa. ¿Qué está pasando entre nosotros?

Me despierta el móvil sonando a todo volumen. Miro la pantalla. Es mi madre. Son las nueve de la mañana de un sábado, no me llamaría si no fuese importante. Contesto:

—*Mum?*

—¡James! Escucha, el otro día fui a la discográfica a hacer un papeleo y estuve hablando con Rick sobre lo de Berklee porque él también estudió allí. Me acaba de llamar. Te ha conseguido una entrevista con el señor Brown, el decano de admisiones, hoy, a la una. Solo es para que te informe de cómo se hace la matrícula y que te dé alguna recomendación, por si finalmente decides ir allí. Dice Rick que el decano también fue amigo de tu padre.

Me levanto de la cama. Me froto los ojos. Menos mal que no bebí ayer; si no, me sería imposible acudir a esa entrevista.

—OK, gracias, *mum*. Voy a darme una ducha y salgo para Boston. ¿Me mandas las indicaciones de la entrevista en un mensaje?

Giro el grifo del agua caliente.

—Sí, ahora mismo. Llámame cuando llegues. ¡Suerte!

Me ducho, me afeito y me visto. Me ahorro el cigarro del desayuno. Lo más probable es que me toque cantar. Hoy es un buen día para dejar de fumar y si quiero un futuro en la música debería al menos intentarlo.

Veinte minutos más tarde, estoy en el restaurante. Le digo a mi tío adónde voy. Ya lo sabe, mi madre lo ha llamado a él después de hablar conmigo. Cuando abro la puerta para marcharme, me choco con Lea, Karen, Martin y la princesita.

—¿Adónde vas tan rápido? —me pregunta Karen, intrigada.

—A Boston, mi madre me ha conseguido una entrevista con el decano de admisiones de Berklee. La cara de Lea se ilumina. No habla mucho por el tema del idioma, pero es increíble cómo entiendo sus gestos y miradas.

—¡Qué bien! —Karen sonrío—. Vete, corre, no llegues tarde.

Me dirijo hacia el todoterreno. Cuando voy a arrancar, me lo pienso y vuelvo a entrar en el restaurante. Me acerco a la mesa de mis tíos y le digo a Lea:

—¿Me acompañas? Me vendrás bien para tranquilizarme y ensayar la entrevista en el coche.

Lea mira a Karen, que le hace un gesto de aprobación.

—Claro. Déjame que pida un café para llevar y nos vamos. —Me sonrío mientras se levanta.

Durante el camino a Boston, ensayamos las posibles preguntas. ¿Por qué quieres estudiar aquí? ¿Qué tiene esta escuela que no tengan otras? ¿Dónde te ves en diez años? El trayecto, que dura hora y media, se me hace corto; siempre se me pasa el tiempo volando con esta chica.

Llegamos a las once y cuarto. Localizamos el despacho del señor Brown y paseamos por los

pasillos, hasta acabar en la cafetería.

—¿Estás nervioso? —me pregunta Lea. Se está comiendo un *muffin* de arándanos.

—No mucho, necesito saber si tengo posibilidades o no.

—Claro que las tienes, si no, no te hubieran llamado.

Miro la hora. Son las doce y media. Vamos hacia el despacho. Justo al lado, Lea se queda mirando unas fotografías.

—James, ¿este es tu padre?

Me acerco. En una, aparece mi padre en la graduación y en otra, en su discográfica, con una de sus bandas. Se le ve feliz, como yo lo recuerdo.

—Sí.

—Era guapísimo, te pareces a él.

—¿Te parezco guapo? —le digo sonriendo.

La cojo de la mano. No sé por qué lo hago, quizás porque me ha acompañado hasta aquí para ayudarme, sin pedir nada a cambio, o porque siento que le estoy presentando a mi padre. Lea sonríe, y cuando hace el ademán de pegarme, se oye:

—James Rivers, ¿eres tú? Claro que eres tú, eres el vivo retrato de tu padre.

Un señor canoso de unos cincuenta años ha salido del despacho.

—Sí, señor, soy yo.

—Pasa, hijo, tu amiga puede sentarse aquí mientras. —Señala una zona de espera junto al despacho—. No tardaremos demasiado.

Lea me suelta la mano.

—No te preocupes por mí. Llevo el *e-book* para leer, puedo estar horas metida en la historia. Lo vas a hacer genial. ¡Suerte!

Y la necesito, porque ahora sí estoy nervioso; joder si lo estoy. Asiento y me dirijo al despacho.

La entrevista ha sido fantástica, el señor Brown es un tipo excelente. Hemos hablado de mi padre, sobre lo que me enseñó y lo que hacíamos juntos. También me ha hecho preguntas como las que he ensayado en el coche con Lea y me ha explicado el proceso para la matrícula y los diferentes títulos que hay. Me han interesado varios, pero él me ha recomendado el de *Professional Music*, por mis conocimientos y aspiraciones. Los analizaré uno a uno, pero es probable que siga sus consejos; este hombre tiene experiencia.

Salgo del despacho. Lea guarda el *e-book* en el bolso y se levanta, sonriendo. Me acerco a la vez que ella me pregunta qué tal me ha ido. No termina la frase porque, cuando estoy frente a ella, le acaricio la cara con las manos y capturo su boca con la mía, sorprendiéndola. Mueve los labios lentamente y el mundo se para, deja de girar. Su esencia me envuelve. El cuerpo se le relaja, acoplándose al mío. Abre la boca, dándome acceso, y juego con su lengua. Creamos nuestro propio baile. Sabe a arándanos y miel. Me derrito. Una de mis manos le recorre la espalda mientras la otra se pierde en su pelo sedoso. Sé que Lea también está disfrutando por los ruiditos que hace. Me encantan esos ruiditos. Nos besamos como si nuestra vida dependiera de ello. Me abrumo por lo que siento con un simple beso de esta chica. Seguiría haciendo esto horas, pero paro antes de que sea demasiado tarde y haga el ridículo en la que espero que sea mi futura universidad.

Lea

Estoy soñando, delirando. ¿Qué ha sido eso? No había sentido algo así nunca. Por un momento, he olvidado todo. Solo he seguido su ritmo, mis labios han recorrido los suyos en una dulce armonía. Mientras sus manos me acariciaban, mi cuerpo ardía de placer. Al separarnos, he notado un vacío que no podrá llenarse sin él.

Abro los ojos. Mi respiración está agitada. James me mira sonriendo.

—¿A qué ha venido eso? —le pregunto, intentado componerme.

—Para darte las gracias.

—¿Para darme las gracias por qué? ¿Es así como sueles darlas?

James se aparta un poco, riéndose, y me quita un mechón de la cara. Le encanta hacer estas cosas, como cuando apoya los brazos en mis hombros o me da la mano, y a mí me entra un cosquilleo cada vez que lo hace. Cien mil sensaciones bullen dentro de mí con esos gestos, pero ninguna es comparable con la de este beso. Deseo que vuelva a hacerlo, descubrir cada rincón de su boca y de la mía, cada caricia. Quiero sentir más.

—Las gracias por animarme a retomar la música y por acompañarme hasta aquí. Has sido un gran apoyo, no lo habría hecho sin ti. Y no, no voy dando besos por ahí para dar las gracias; es que me apetecía mucho. Si te ha sentado mal, lo siento, no era mi intención.

—No, tranquilo, ha estado bien.

Me callo que ha sido el mejor beso de mi vida. Me alegro de que me quede un poco de dignidad para no suplicarle que lo haga otra vez ahora mismo, que me muero si no vuelvo a experimentar esa sensación.

—¿Ha estado bien? Entonces, ¿repetimos otro día si tengo que darte las gracias?

Creo que es su forma de disimular que a él también le ha gustado, lo veo en su cara. James no es de los que se compromete, es de los que juega. Pero no voy a salir perdiendo en este juegucito, quiero participar. Así que, *game on*.

—Ya veremos.

Camino hacia la salida. Gracias, dignidad, por seguirme. Mientras nos dirigimos al todoterreno, James me cuenta su entrevista con el señor Brown. Nos ponemos en marcha, pero nos equivocamos de dirección y acabamos cruzando el puente que lleva hasta Cambridge. Veo un cartel que pone Harvard University.

—¿Harvard está en Boston? ¿La famosa universidad de Harvard?

—Sí, aquí mismo, a cinco minutos en coche. ¿Quieres verla? —me pregunta mientras conduce.

—Me encantaría. ¿Nos da tiempo?

—Sí, claro, son solo las dos de la tarde. Podemos dar una vuelta por allí e incluso comer en algún sitio, si quieres. Yo estuve hace unos años con mis padres, la verdad es que merece la pena verla, es muy bonita.

Pasamos la tarde paseando por Harvard Yard, un parque enorme con edificios clásicos de ladrillo rojo. Es la zona más antigua de la universidad y es preciosa. Allí está la estatua de John Harvard, la persona que donó cientos de libros a la universidad allá por mil seiscientos y algo. James me dice que le toque el pie izquierdo a la estatua para que me dé suerte. Al principio, lo miro extrañada, como si no le hubiese entendido, pero me doy cuenta de que es algo habitual, ya que lo tiene descolorido por todas las veces que la gente lo habrá hecho.

El barrio de Cambridge me atrapa, se respira un ambiente estudiantil multicultural. Me imagino lo que sentirán los estudiantes de esta grandiosa universidad. Saco algunas fotos con mi móvil para enseñárselas a mis padres cuando vaya en Navidad.

No volvemos a besarnos, pero James aprovecha cada oportunidad para cogerme de la mano o acariciarme de alguna manera, y yo, encantada. Comemos en una cafetería con librerías como paredes, donde me pierdo buscando clásicos antiguos mientras James ojea la zona de música.

Hacia las cinco, regresamos a Willport. El trayecto lo amenizamos escuchando nuestras canciones favoritas y nos contamos qué las convierte en especiales. Las que nos sabemos los dos, las cantamos a pleno pulmón, entre risas. Me gusta mucho esta faceta de James. Además de cariñoso y amable, es divertido, congeniamos.

Una hora y media más tarde, James aparca en mi casa. Sale del coche conmigo. Nos quedamos uno frente al otro, mirándonos en la puerta de la entrada. No decimos nada. Finalmente, me coge de la mano y sus dedos cosquillean mi palma, dibujando una ruta. Me da un beso en la comisura de los labios. Un beso de amistad, pero con un toque de picardía, justo cómo es él. Hace lo mismo al otro lado de la boca.

—Hasta otro día, Lea —dice, sonriendo.

No contesto. Vuelve al coche y aprovecho para admirar su cuerpo por detrás. Antes de llegar, se gira y me guiña un ojo. ¡Pillada! Entro en casa riéndome.

Paso el resto del fin de semana con Karen, Mr. Martin y Olivia. Entre la fiesta y la escapada a Boston, apenas los he visto. No paro de pensar en ese beso con James. ¿Lo repetiremos? Espero que sí.

El lunes por la mañana, la escuela está llena de carteles en los que pone «homecoming». No tengo ni idea de qué es eso. Encuentro a Brad, el guaperas de clase, apoyado en mi taquilla. Ahora que lo conozco un poco, he descubierto que solo es eso: el guaperas de clase. Se hace el gracioso, pero no tiene ninguna gracia. No entiendo qué ve Denise en él. Anna me ha contado que es el capitán del equipo de *lacrosse*. Me ha dicho en qué consiste. Entre que no la entendí bien y los deportes no son lo mío, me imaginé que es cómo el *quidditch* de Harry Potter, pero sin escobas voladoras. Algún día iré a ver si se trata de eso o no. El pobre Mr. Martin estuvo ayer alrededor de una hora explicándome lo que hace un *quarterback* del *football* y solo me quedó claro que es el que piensa las jugadas y hace los primeros pases, que luego acaban en gol, *touchdown* o como se diga. Demasiados deportes extraños en este país, dejadme con el fútbol europeo, que bastante me costó aprender lo que es el fuera de juego.

—¿Qué quieres, Brad? —Lo aparto de mi taquilla para meter la clave.

—¿Es cierto que sales con Rivers?

Es imposible que nadie nos viera en Berklee. Supongo que lo dice por la escenita de cuando me vino a buscar.

—No sé quién te ha dicho eso, pero no, somos amigos. Es el sobrino de la familia con la que vivo. —Se lo explico para que no haga más preguntas.

—¿Es como tu primo o algo así?

No lo había pensado. Quizás, pero, vamos, somos familia por un año, no de sangre.

—Si lo quieres ver de esa forma...

Cojo todos los libros que voy a necesitar antes del descanso largo. La gente solo lleva el de la próxima hora, pero a mí me gusta disponer de tiempo entre clase y clase.

—Entonces, puedes venir conmigo al *homecoming*, ¿no? —Me coge de la mano.

Homecoming, eso es lo que pone en los carteles que he visto.

—No sé qué es el *homecoming*, Brad. —Me suelto de su mano, cierro la taquilla y me voy. No quiero líos con Denise. Estoy muy bien con ellas como para jugármela por un idiota.

Se acerca por detrás:

—Que te lo expliquen y mañana me confirmas si quieres venir conmigo. Nos lo pasaríamos bien juntos.

Me giro. Ya se ha ido, pero Denise viene corriendo hacia mí, con Mia y Anna detrás.

—¿Qué te ha dicho Brad? —me pregunta con esa cara de pocos amigos que pone de vez en cuando.

—Que si voy al *homecoming* con él. ¿Me explicáis qué es eso, por favor? Porque no suena bien y no pienso ir con él.

—¿Por qué no? ¿Ya tienes pareja? ¿Vas a ir con Rivers? —pregunta Anna, sorprendida.

—¿Pero qué pasa aquí? ¡¿Qué es el *homecoming*?!

Mia me agarra del brazo y me lleva hasta un cartel.

—Es un baile que hay este viernes. Tienes que llevar pareja, todos llevamos.

¿Un baile? ¿De verdad? ¿Como en las pelis? Vaya cliché.

—¿Vosotras vais con pareja?

—Sí, Mia va con Ryan, el chico de la clase de al lado; Denise, con uno de los que conoció el sábado, jugando al *beer pong*, y yo con Marc. Ya sé que es gay, pero prefiero ir con él que con un sobón —explica Anna.

—¿Y yo? ¿Se supone que tengo que ir con Brad? No me cae bien ese chaval, además, no me sentiría a gusto por Denise. —La miro cuando digo eso.

—Tranquila, Lea, sé que no te cae bien, por lo que no eres competencia. A mí me encantaría ir con él, pero como no me lo ha pedido, me he buscado una alternativa mejor. Luke es guapísimo y universitario. Pero debes ir con alguien. Con Brad, con Rivers... o pídeselo a alguien del colegio.

—Denise mira a su alrededor, como si fuera a pasar el chico ideal para mí en este instante.

Me paso el día pensando en el bailecito de las narices. Podría quedarme en casa, pero no creo que sea conveniente. Hace poco que salgo con estas chicas, si rechazo sus planes, igual se enfadan y dejan de llamarme. Paso de ir con Brad y no quiero pedírselo a chicos con los que no he hablado en mi vida. Tantearé a James, quizás no le importe acompañarme, al fin y al cabo, yo fui con él a Boston.

James

Estoy afinando la guitarra cuando tocan el timbre. Abro la puerta. Es Lea. Va vestida de uniforme, con esa faldita tan corta. Me entran ganas de besarla y de muchas más cosas, pero espero a que me diga por qué ha venido. Quizás me pida que no vuelva a pasar, aunque lo dudo, sé que le gustó.

—¿Qué pasa, Kisses? —Me río porque ella también podría llamarme así ahora.

—Me estoy cansando de ese apodo. Cámbialo, por favor —me dice al entrar en la casa. Deja su mochila en la mesa con naturalidad, como si viviese aquí.

—Claro, ¿cuál prefieres?

Veamos qué propone.

—No sé, ya lo pensamos otro día, he venido a pedirte un favor.

Hum, estoy intrigado.

—*Shoot it.*

—¿Qué es *suti*?

Me río de nuevo. Es divertido cuando no conoce una palabra.

—Que me digas cuál es el favor, que dispares. —Hago el gesto de una pistola con los dedos.

—¡Ah! *OK.* Lo pilló. El tema es que este viernes hay un baile en el colegio...

—Yo no voy a bailes de colegio, Kisses. No tengo mucha experiencia en ellos, no sé cómo pretendes que te ayude —le corto.

—Me imaginaba que dirías eso, pero necesito que vayas conmigo. Pensaba recurrir al chantaje emocional y decirte que te acompañé a Boston. —Me pone ojitos.

—Si no recuerdo mal, ya te di las gracias por eso.

Sonríó mientras pongo mi mano en su cintura. Se queda parada un instante. Tan solo ha sido un roce, pero ha habido un chispazo de electricidad entre nosotros.

Se aparta rápido y me dice:

—James, por favor, tengo que ir y todos van a llevar a alguien. No voy a invitar a un chico que no conozco, sería ridículo. Y, desde luego, no me apetece ir con quien me lo ha pedido.

—¿Quién te lo ha pedido?

—Brad Carter, ¿lo conoces? No me cae bien y a Denise le gusta.

Brad Carter. Odio a ese tipo. Es un chulo y corto mental. Mataría antes que ver a ese tío tocando a Lea.

—¿Por qué es tan importante para ti ese baile? Habrá más durante el año.

Se me ocurren mejores planes que hacer con ella.

—Porque va todo el colegio y mis amigas. Estoy empezando a encajar, no quiero perderme nada. Además, prefiero elegir yo a que me inviten. No puedo presentarme sola. Si te soy sincera, Brad me parece un idiota, pero si no me queda otra, iré con él. ¿De verdad que no me harías este favor?

Me mira con esos ojos verdes enormes y me derrito. Me muero por besarla otra vez. Si para eso he de asistir a un bailecito, pues lo hago. Si no, se enfadará conmigo, y con razón, no me está pidiendo demasiado.

Pongo la mano en su cintura y vuelve esa corriente de electricidad, esa conexión que tenemos. Le levanto la barbilla con el dedo y le susurro al oído:

—Iré contigo, pero si me das las gracias como yo te las di el otro día.

La beso detrás de la oreja. Lea no dice nada. Ha cerrado los ojos. Está esperando a que actúe yo, así que le rozo los labios. Su respuesta es un beso húmedo. Una de mis manos, en su espalda y la otra, en el lateral bajo su pecho. Sus dedos viajan por mis brazos hasta llegar a mi pelo. Jugamos con nuestras lenguas, es el beso más sexual de mi vida. Nos besamos como si se acabara el mundo. Con ternura. Con pasión. Lea hace esos ruiditos que me vuelven loco y se empieza a notar en mi entrepierna. Quiero descubrir su cuerpo. Mi boca desciende hasta su cuello. Sus ruidos son cada vez más intensos. Me agarra del pelo y su respiración se acelera. Mi mano ya acaricia su trasero. La sangre de nuestros cuerpos hierve.

—James. —Suspira.

—Dime, preciosa. —Le doy besos por el otro lado del cuello.

—Tócame. —Me mira con ojos llenos de deseo.

No sé con exactitud a dónde se refiere. Mi mano asciende por debajo de su camisa que la lleva suelta y acaricio la curva de su pecho.

—¿Por aquí?

Quiero que sea ella la que me guíe. No haré nada que no le apetezca.

—Sí.

Echa la cabeza hacia atrás para ofrecerme su cuello. Mis labios vuelven a su destino. Aparto la tela del sujetador. Tiemblo. La respiración acelerada de Lea se ha convertido en gemidos. Se agarra a mis brazos. Nuestras pulsaciones se desorbitan. Nuestra química estalla. Joder, que vive en casa de mi tía, que es virgen, que no es uno de mis rollos. La cabeza me da mil vueltas con decenas de pensamientos, de cómo esto se me está yendo de las manos, ninguno al que me quiero agarrar.

—Lea, tenemos que parar, porque no sé si seré capaz. —Le sujeto la cara con la mano derecha y le doy un beso en los labios.

—No quiero parar, me está gustando —me dice entre suspiros, con esos ojos verdes llenos de deseo—. Nunca había sentido esto, nunca había hecho esto.

—Lo sé, *babe*. —Vuelvo a besarla.

No puedo negarle nada cuando me lo pide así. La agarro del culo, la subo a mi cintura y ella la rodea con las piernas. La llevo hasta el sofá y me siento. La coloco encima de mí, a horcajadas, para que tome la iniciativa. Le acaricio la cintura por debajo de la camisa.

—¿Sigo? Cuando quieras que pare, me lo dices, ¿vale? Soy todo tuyo, tú decides.

Ella me mira con una pequeña sonrisa que brilla. Asiente y, poniendo las manos en mi cara, me da un beso intenso.

Mis dedos tienen vida propia y no pueden parar de tocarla como si de música se tratase. Nos devoramos la boca. Lea empieza a moverse sobre mi entrepierna. Su faldita tapa lo que está pasando, pero lo sentimos. Su beso se desacelera y se aparta. Disfruta. Está experimentando por primera vez cómo funciona este tipo de placer. Me quedo maravillado mirándola, nunca he vivido algo así. La atraigo hacia mí para que descubra más y vea que no tengo problema en que lo haga. Al mismo tiempo, mi mano se introduce por debajo de su camisa y la beso por el cuello. Lea echa la cabeza para atrás y cada vez se balancea con más rapidez.

Más vale que llegue pronto a su éxtasis porque si no, voy a hacerlo yo. Con las manos en su cintura, la ayudo con el ritmo que ha marcado. Malísima idea, no voy a durar mucho... Se mueve cada vez más rápido, hasta que explota, y yo con ella.

Sofocada, apoya la cabeza en mi hombro. Nos quedamos un rato así, descansando. Solo se oye el sonido de nuestra respiración. Acaricio su espalda. No hablo, tengo miedo de que salga corriendo por lo que acaba de pasar. Beso su sien y le pregunto:

—*Babe*, ¿estás bien? —No sé por qué la estoy llamando así, no soy de los que llaman así a sus chicas, simplemente me ha salido.

Levanta la cabeza y me mira a los ojos, sonriendo.

—Sí, estoy bien. Esto ha sido un orgasmo, ¿verdad?

Me río. Esa risa que se escapa cuando no sabes ni qué decir.

—Sí, preciosa. ¿Te ha gustado? —Le retiro el pelo de la cara.

—Me ha encantado. ¿Crees que nos podríamos dar las gracias siempre así?

Me río más y le contesto:

—Sí, creo que sí. Pero ahora me tengo que ir a la ducha y cambiarme de ropa.

Miro hacia abajo. Ella sigue mi mirada y se levanta de un salto.

—Oh. Pero...

Le cojo de la mano y le beso la frente.

—Tranquila. Me ha encantado ver cómo disfrutabas por primera vez.

La de cosas que le enseñaría yo a esta chica, pero no quiero pasarme con ella. Lea se merece descubrir el sexo con alguien que le ofrezca algo más. Aunque preferiría no ver a ningún chico con ella haciendo lo que hemos hecho hoy.

—¿Me llevarás al baile, entonces? —me pregunta sonriendo, con los ojos todavía brillantes.

—Sí, nos vemos el viernes. ¿A qué hora voy a buscarte?

—A las siete —dice con picardía.

Está contenta de su hazaña. No sé quién se la ha jugado a quién, pero, desde luego, hemos disfrutado los dos.

Lea

Han pasado dos días desde mi encuentro con James y faltan dos para el baile. No lo he vuelto a ver desde entonces. Estoy en una nube. Me encantó estar con él, pero no me olvido de lo que dijeron mis amigas. No quiero experimentar estas cosas con alguien que al día siguiente lo hace con otra. No sé lo que pasa por su cabeza, quizás lo descubra ahora, porque he quedado con Karen para cenar en el restaurante.

Cuando entro, no lo veo. Me siento en una mesa. En ese momento, sale de la cocina. Se acerca a mí. Una sonrisa se dibuja en sus ojos y me susurra al oído:

—Hola, preciosa, me he acordado mucho de ti estos días. Tengo ganas de ver qué llevas puesto el viernes.

Se me eriza la piel y le sonrío. ¿Qué me voy a poner? ¡No lo había pensado! ¿Cómo hay que ir vestida a estos bailes? Mañana le pregunto a las chicas, a ver si me pueden dejar algo.

La puerta se abre y aparece Karen que nos saluda con la princesita en brazos.

—¿Qué tal, chicos? —Se sienta frente a mí.

—Bien —contesta James—. Le estaba diciendo a Lea que tengo ganas de que llegue el viernes. —Me guiña el ojo de forma que solo yo lo veo.

Dios, cómo me gustaría estar en el sofá de su tío ahora mismo. ¿Qué me da este chico que me provoca pensamientos que nunca había tenido?

—¿Qué pasa el viernes? —pregunta Karen mientras repasa el menú. ¿No se sabe ya la carta entera?

—Vamos al baile de *homecoming*. Yo quería ir porque van mis amigas y, como hay que llevar pareja, James me va a acompañar.

Karen levanta la vista. Nos mira a uno y a otro, pero no dice nada. En ese instante, Bob llama a James, que se va hacia la cocina.

—Así que vas a un baile el viernes, pues te prepararemos. Mañana te haré pruebas de peinado y Olivia nos ayudará a escoger el maquillaje. ¿Vestido tienes? —me pregunta, pensativa. Supongo que repasa su armario, por si hay algo que me valga.

—Iba a pedirle uno a las chicas.

—Perfecto, ya me dirás. Vamos a comer ya, que me muero de hambre.

Y así, sin más, se acaba la conversación. ¿Le molesta que vaya con James? Quizás no es conveniente que me relacione tanto con su sobrino, pero ya es demasiado tarde, no lo puedo evitar.

Bob nos trae la cena y se queda charlando con nosotras mientras James está en la cocina. No vuelve a salir. En cuanto nos vamos, recibo un mensaje:

«Te has ido sin despedirte, la próxima vez no te lo perdono. Te veo el viernes, seré el del esmoquin». Siento mariposas en el estómago al contestarle: «Gracias por acompañarme, espero que no sea un rollo para ti». No sé qué más decirle. Me está haciendo un favor, pero no sé si iremos como amigos o como algo más. Un minuto después, suena otro mensaje: «Tranquila, seguro que encontramos alguna forma de divertirnos. Que duermas bien, preciosa». Una vez más, mis recuerdos vuelan al sofá de su tío. Le contesto con un simple «Buenas noches, James». Y me voy a casa, a dormir con los angelitos.

Al día siguiente, en el comedor, las chicas me explican que al baile se suele ir con vestidos largos. Mi cara les debe de dar la indicación de que no me traído ninguno de Bilbao porque Anna enseguida me dice:

—Yo tengo uno. Luego vienes a mi casa y te lo pruebas.

—Estupendo —contesto abriendo mi sándwich de pollo. Menos mal porque dejarme un dineral en un vestido para una noche no lo veía.

—¿Con quién vas al final? —pregunta Mia.

—Con James.

—Mira qué rápido ha aprendido la europea —contesta Denise con una sonrisa cómplice mientras me choca la mano.

—Nos besamos el sábado que fuimos juntos a Boston, y hace un par de días otra vez. —No puedo seguir ocultándolo, tengo que hablarlo con alguien. Por primera vez, empiezo a confiar en estas chicas, esperando que no se vayan de la lengua.

—Pero ¿qué dices? —Denise se carcajea junto con Mia mientras Anna no puede esconder su asombro.

—¿Te gusta? —pregunta Anna.

—Sí, bastante. —Es la verdad. Me encanta estar con él.

—Bien, pero ándate con cuidado.

El vestido que Anna me dejó para hoy es color verde botella con escote palabra de honor. Me queda como un guante. Es vaporoso y me llega hasta los pies. El cinturón es una cuerda trenzada. Karen me ha rizado el pelo y me lo ha sujetado con horquillas para que me caiga solo por un hombro. Me he pintado la raya de los ojos y la he difuminado cómo me enseñó mi madre. Luego me he aplicado una máscara de pestañas que me las hace kilométricas.

Son las siete y cuarto. James estará a punto de llegar para recogerme e ir al baile. Cuando estoy pensando que se ha rajado, suena el timbre. Salgo al balcón de mi habitación y veo su coche.

James

No sé por qué estoy nervioso, pero lo estoy. Tengo ganas de saber lo que nos depara esta noche. Me abrocho la americana y toco el timbre de casa de mi tía.

Se abre la puerta y aparece una deslumbrante Lea con un vestido largo a juego con sus ojos, que veo maquillados por primera vez. Lleva los hombros descubiertos y el pelo a un lado. Joder, qué guapa.

—Estás espectacular, Lea —digo casi susurrando.

—Gracias, llegas tarde, pero te perdono porque tienes cara de tonto mirándome así. Anna me ha dejado el vestido. Lo utilizó una vez en una función para hacer de Julieta, es precioso. ¿No pensarías que iba a ir en pantalones y zapatillas?

—No, Lea, claro que no. No sé cómo sería Julieta, pero tú estás impresionante. ¿No hay nadie en casa? —Me acerco.

—No. ¿Por qué? —responde, extrañada.

—¿Puedo darte un beso? —La agarro por la cintura.

—No me lo preguntes. Cuando quieras besarme, hazlo.

¿Qué significa eso? ¿Qué somos algo más que amigos? La verdad es que no me importaría, es una chica maravillosa, de las que cuesta encontrar. No he parado de pensar en ella esta semana, esperando verla hoy. Mis labios buscan su hogar, un hogar que no quieren abandonar. Nuestro beso es tímido, puro. Pero antes de que se convierta en otra cosa. Si se nos vuelve a ir de las manos, nos retrasaremos aún más. Le ofrezco el brazo para que se agarre a él.

—Vamos al baile, Julieta.

Nos subimos al coche y llegamos a la escuela. Muchas bodas están menos decoradas que este gimnasio. Está todo blanco, lleno de flores amarillas. Ha tenido que costar mucho trabajo. Al fondo, vemos a las amigas de Lea con unos chicos. Hay varios a los que no conozco y nos presentan. Charlamos un rato. Anna no para de mirarme cada vez que toco a Lea, parece que trata de adivinar mis intenciones. Son simpáticas, pero me siento observado. Y yo no he venido aquí para hablar con ellas, prefiero estar solo con Lea.

—¿Bailamos? —Le tomo la mano.

—¿En serio? ¿Quieres bailar?

—Sí, Lea, sí, quiero bailar contigo. ¿Vamos?

—¡Sí!

Bailamos canciones de Beyoncé y Katy Perry. Me río con Lea porque se inventa las letras y parece que cante en otro idioma, similar al inglés, pero sin ningún sentido.

Brad nos mira de reojo. Como se nos acerque, no voy a ser simpático como con sus amigas. Este tío no me gusta, es gilipollas.

Suena una canción latina y Lea se emociona:

—¡Shakira! No me lo esperaba. ¿Sabes bailar esto?

—No, pero tú me puedes enseñar. —Le guiño un ojo.

—¡Claro! Mira, agárrame de la cintura. —Le hago caso—. ¡Pégate más, James, que no me voy a romper! Ahora mueve las caderas, a un lado y al otro.

Lea empieza a bailar sensualmente. Recuerdo cuando la vi con Carlos en la fiesta de Dy. No debería ser legal bailar así. Se gira, sin parar de moverse, y pone mi mano en su cintura mientras

pega su culo a mí. Me está poniendo negro. Ahora mismo me la llevaría a cualquier sitio donde estuviéramos solos.

—Lea, para, o juro que te meto en un baño a que acabes este baile en privado. —Me separo, cogiéndola de la mano—. Vamos a tomar algo, necesito refrescarme.

Lea se ríe y andamos hacia el ponche. Madre mía, esta chica.

De pronto, tira para que me pare. Me doy la vuelta:

—¿Qué pasa?

—Te espero aquí —contesta mirando de reojo detrás de mí.

—¿Por qué?

—No quiero decírtelo, es una tontería, pero no quiero acercarme a la barra. —Me indica con la mano para que vaya solo, pero me pongo frente a ella.

—Dime por qué.

Ella niega, nerviosa. Le levanto la cabeza para que nuestros ojos se encuentren. Le pido de nuevo que me lo explique y esta vez, cede.

—Hay una chica que me mira mal siempre. La animadora que te dije el primer día que se rio de mí por llorar en el baño. Sé que va diciendo cosas mías. Normalmente paso, pero es que no me apetece ir allí. ¿Me traes tú la bebida?

Me hierve la sangre. No me acordaba de eso, me he acostumbrado a que Lea tenga amigas. Miro hacia la barra. Es Rachel Faraday, la capitana de las animadoras y la reina del juego sucio, tenía que ser ella. Le cojo de la mano otra vez.

—Vamos a solucionar esto ahora mismo.

Lea no parece convencida, pero anda junto a mí.

—Hola, Rachel, ¿cómo estás? ¿Conoces a Lea?

Rachel nos mira extrañada. Sabe que yo no soy de los que saludan a las chicas, ellas vienen a mí.

—Hola, Rivers. Bien, gracias. ¿Cómo tú por aquí? No, no conozco a tu amiga. ¿Por qué? ¿Quiere ser animadora? —contesta sonriendo.

Me encantaría meterle esa sonrisa por el culo y eso es lo que voy a hacer.

—No, no quiere ser animadora. Pero sí necesito algo de ti. —Le digo al oído—: Como me entere de que vuelves a hablar de ella, le cuento a tu encantador novio y a toda la escuela lo que hiciste con Carlos el cuatro de julio.

Rachel se queda blanca, mira a un lado y a otro como comprobando si alguien me ha oído. Con una sonrisa falsa, le ofrece la mano a Lea:

—Hola, Lea, encantada de conocerte. Soy Rachel, disculpa si he sido grosera contigo antes, no era mi intención. ¿Eres familia de Rivers?

—No, estamos saliendo —me adelanto a Lea. No quiero que cruce una palabra con ella y darle la oportunidad de que se ría de su acento—. Ya sabes lo que tienes que hacer por tu bien, que yo me entero rápido.

—Venga, Rivers, no me lo creo, tú no sales con chicas, lo sé por experiencia. Pero tranquilo, he captado el mensaje.

No soporto a esta tía.

—No te equivoques, Rachel, no salgo con chicas como tú. Llámame exigente, pero, para tener algo más que una noche de sexo, busco inteligencia.

Rachel se queda boquiabierta. Agarro a Lea de la mano:

—¿Nos vamos de aquí?

—Cuando quieras. —Mi chica sonrío y ponemos rumbo a la salida.

Llegamos hasta el coche y Lea me pregunta qué le he dicho para que cambie de actitud. Le cuento que Carlos y ella comparten un secreto que no quieren que salga a la luz. Al menos, Rachel no quiere; lo más probable es que a Carlos le dé igual.

Le abro la puerta, pero se queda apoyada. Algo está pasando por su cabeza.

—¿Qué piensas? —pregunto.

—Mmm... —Está nerviosa. Sea lo que sea, no sabe cómo decírmelo—. Pensaba en lo que le has dicho a Rachel.

—¿En que más vale que te trate bien? ¿Es que preferirías que no le hubiese dicho nada?

No me había planteado que ella pretendiera ganar esta batalla sola y le haya sentado mal que la defienda. Aunque no me lo ha parecido, parecía contenta al ver la cara de Rachel.

—No, no es eso. Me refiero a lo de que estamos saliendo. ¿Lo has dicho para fastidiarla o porque en realidad es así?

Me encanta cómo se ruboriza al decirlo. Le subo la barbilla con el dedo para que me mire a los ojos.

—Lea, eres preciosa, lista y divertida, sería un estúpido si no quisiera salir contigo. La única pregunta que hay aquí es si tú quieres salir conmigo. —Sonríe y asiente con la cabeza. Le doy un pequeño beso y le digo—: Entonces, hecho, estamos saliendo.

Lea me besa, pero se queda pensativa de nuevo. Me río. Una vez más, no nos hace falta hablar el mismo idioma, hay gestos y miradas que se entienden por sí solos.

—Lea, ¿en qué piensas ahora?

—Es que tengo una duda. Entonces, ¿soy tu novia? Es decir, estarás solo conmigo, ¿no?

¿Novia? Oh, joder, esa palabra implica demasiado compromiso, seguro que la cagaría. No sé hacer regalos ni ser romántico o detallista, pero me gusta esta chica, me gusta mucho. Le acerco a mí por el culo. Ella se sorprende, pero sonríe y se pega a mí. Nos miramos.

—Novia es una palabra muy formal y nos estamos conociendo todavía. Yo no he hecho esto nunca, pero me gustas, lo paso bien contigo y te aseguro que no estaré con otras. ¿Qué te parece si tú eres mi chica y yo soy tu chico?

—Eso me encantaría —dice, sonriendo.

—Ahora que lo hemos aclarado, ¿a dónde quieres ir? Quedan dos horas para que te lleve a casa.

—Vamos a un sitio donde podamos estar solos. —Se pone roja.

¿Está pensando en lo que pasó la otra tarde en casa de mi tío Bob? Seguro que sí. Joder, yo también. Se me ocurre el lugar perfecto. Miro en mi bolsillo, a ver si tengo esa llave en el llavero. ¡Bingo!

—Métete en el coche, sé a dónde ir.

Lea

Llegamos a una zona residencial cercana a la playa donde estuvimos el primer día. Me encuentro ante una valla blanca. Tras ella no se ve nada más que árboles. A lo lejos, se aprecia el último piso de una casa de verano.

—¿Dónde estamos?

—Es la casa de mi vecina de Nueva York, la viuda de un magnate de Wall Street. Es un encanto de señora, me ha visto crecer. Me dejó las llaves de la valla cuando vine aquí para que usase su piscina cuando quisiera. No está limpia ahora, pero hay un porche con calentadores, creo que te gustará.

Entramos y me quedo deslumbrada: es la casa más bonita que he visto en mi vida. Tiene tres plantas, con balcones redondos en las esquinas del segundo piso; un camino hasta la puerta; un garaje doble y un porche que rodea la planta baja. El jardín es inmenso, con muchísimas flores y árboles de todos los tipos. Damos la vuelta a la casa. La piscina es espectacular, con vistas a la playa de los surfistas. En esa parte del porche hay una mesa enorme y sofás XXL.

—Vamos a enchufar los calentadores. —Me coge de la mano.

—James, es preciosa. Creo que es la casa de mis sueños, aun sin haberla soñado. —Le suelto la mano y admiro las vistas al faro.

James viene por detrás y me abraza, dándome un beso a un lado del cuello.

—¿Te gusta? Nunca he venido aquí con nadie, pero es uno de mis lugares favoritos de este pueblo.

—Me encanta.

Me giro, pongo los brazos sobre sus hombros y lo beso. Me derrito. James me coge de la mano y, sin parar de besarme, anda de espaldas hacia el porche. Se choca con una sombrilla y nos reímos en los labios mientras se apoya en ella. Sus manos me acarician el culo con intensidad. Le bajo más la cabeza y me pongo de puntillas para sentirlo lo más cerca posible. Nuestro beso es cada vez más intenso, tengo ganas de que me enseñe cosas nuevas. Como si me leyera la mente, avanza conmigo hacia los sofás XXL. Se sienta y me tiende la mano. Me coloco encima, como el otro día, porque no sé otra forma en la que ponerme. Me besa. Mucho. Y siento. Mis manos van directas a su pecho, paseándome por sus músculos. Meto las manos por debajo de la camisa y palpo mejor sus pectorales, son perfectos.

—¿Me la quito? —me susurra al oído.

—Sí, quiero verte.

Lo ayudo a desabrochársela. Guau, esto es mejor de lo que imaginaba, es como estar ante un modelo de ropa interior. Y todavía mantiene el moreno del verano.

James sube las manos desde mi cintura; se para en mis pechos y el placer es increíble. Me dejo llevar, pero este vestido tiene demasiadas capas. Deseo notar el tacto de sus manos. Sentir sin telas de por medio. Mi piel sobre la suya. Llevo las manos a la cremallera trasera y James aparta la mirada.

—¿Me ayudas, por favor? —Sonrío.

Él clava sus ojos en mí. Mueve las manos a mi espalda. Cuando llega a la mitad, me pregunta:

—¿Estás segura? No hagas nada que no te apetezca.

—Sí, estoy segura. —«Confío en ti», pero eso no se lo digo—. Quítamelo. —Me levanto.

James termina de bajar la cremallera, me lo quita y lo deja a su lado. Mira mi cuerpo en ropa interior. Me coge de la mano y me sienta en su regazo. Mis piernas cuelgan de un lado. Al abrazarme, toca su frente con mi mejilla:

—Joder, Lea, eres preciosa, la mujer más bonita que he visto en mi vida. —Me acaricia el muslo cuando lo dice.

—No creo que sea verdad, no tengo el cuerpo de una modelo —sonríó con ironía—, pero gracias.

James me gira la cara para que lo mire y me da un pequeño beso en la boca. Ninguno de los cierra los parpados mientras sus labios acarician los míos.

—Lea, para mí eres perfecta. Tienes unos ojos impresionantes, una sonrisa por la que mataría y... —aparta la tela de una copa del sujetador y me acaricia— unos pechos preciosos.

Baja la cabeza para besármelo y entre mis piernas hay una explosión.

—¿Te gusta eso? —Me mira a los ojos y lo hace en el otro.

Trago saliva para contestarle:

—Sí, mucho. Sigue. —Me agarro a sus piernas. Juega con su boca—. James, me encanta. Necesito... Necesito... moverme, o no sé lo que necesito —lo digo tan bajo que creo que no me ha oído.

—Ya sé lo que necesitas, Julieta, pero no sé si debo...

Parece que sí me ha oído.

—Por favor, James, por favor. —En este punto me da igual hasta suplicar.

Suspira. Me tumba en el sofá y se pone a mi lado. Me acaricia los pechos con los dedos y sus manos siguen su trayecto hasta mis braguitas blancas. No es un tanga, como él quizá esperase. Roza las costuras y se desliza sobre la tela. Todavía no está tocando mi piel, pero noto a la perfección cada caricia. Se dirige un poco más al sur y un escalofrío de placer recorre mi cuerpo. James me da un beso en la mejilla y me susurra:

—Noto lo que estás sintiendo. Me estás volviendo loco. ¿Quieres que siga? —Me da otro beso en la sien.

—Sí, ¿tú quieres?

Sube la mano y, acariciándome la cara, dice:

—Claro que quiero, Lea. Me encanta ser el primero que te hace experimentar esto. —Sus ojos me devoran.

—Entonces, adelante.

No hay más palabras. James baja la mano y la mete por debajo de la tela, hasta llegar al calor. Me estremezco.

—Me encantas y me encanta verte así, estás preciosa.

Pero yo no puedo oírlo ni pensar. Solo disfruto del placer que me está dando. Nunca he respirado tan fuerte. James besa mi frente y me susurra al oído:

—¿Te gusta?

—¡Sí!

—Voy a seguir, pero si te molesta o quieres que pare, me dices, ¿vale?

No contesto, solo asiento. Es demasiado. Mi cuerpo arde, es una sensación desconocida. Hay fuegos artificiales en mi sangre. Me muevo, no puedo parar, voy a explotar.

Guauuu. Esto no se parece en nada a lo que hicimos el otro día, es mucho más intenso. ¡Es mucho mejor!

James

No puedo explicar lo que siento. Ha sido una pasada. Nunca he estado tan alterado, y eso que ni me ha tocado. Cuando llegue a casa, me tendré que dar un baño de hielos.

Me coloco de lado, sobre mi brazo, y tapo a Lea con mi chaqueta. Aprovecho para meter la mano debajo y beso su boca enrojecida. No paro de acariciarla. Habitualmente, cuando acabamos, no me gusta quedarme con ellas. Pero con Lea todo es diferente.

Abre los ojos y apoya su cabeza en mi brazo. Me siento como el rey del mundo, corrijo: como el rey del universo.

—Me ha encantado, muchas gracias. —Aún no ha recuperado el aliento.

—A mí también.

Nota mi bulto sobre el lateral de su muslo.

—Pero tú, tú no te has...

—No —contesto. O no sabe la palabra en inglés o le da vergüenza decirla—. Pero, tranquila, enseguida nos vamos a casa y me doy una ducha fría.

Se coloca sobre su brazo derecho y baja la mano izquierda hasta mi cintura.

—¿Puedo tocarlo? —Se pone roja de nuevo.

Estamos frente a frente, mirándonos. Joder, es preciosa.

—Si quieres, sí; pero solo tocarlo, nada más —le digo. Hoy se trata de ella, no de mí.

En vez de pasarme la mano por fuera, desabrocha el botón, baja la cremallera y mete la mano dentro de mis calzoncillos. Oh, joder, no, no, no.

—Lea, ¿qué haces? —Estoy hiperventilando.

—Quiero tocarte, James.

Oh, no, no, no. Echo la cabeza hacia atrás, pero Lea busca mi boca mientras me acaricia. ¡Joder! Me rindo. Tocado y hundido.

—¿Te gusta? ¿Cómo tengo que hacerlo?

Pongo mi mano sobre la suya para guiarla.

—Sí, *babe*, claro que me gusta. Arriba y abajo, como tú te sientas cómoda.

Debería pararla, lo sé, pero no puedo, no puedo ni pensar.

Quito la mano y Lea coge velocidad. Ya no pregunta. Tampoco sería capaz de contestarle, me cuesta hasta tragar. Lea se mueve, pero no la miro, tengo los ojos cerrados. Hace que me tumbe. Abro los ojos. Se ha sentado sobre mí, concentrada en darme placer. Sus pechos sobresalen del sujetador. Es lo más *sexy* que he visto en mi vida. No aguanto más. Exploto como hace mucho tiempo que no explotaba.

Me llevo las manos a la frente y respiro con profundidad. Lea se acuesta a mi lado. Extiendo mi brazo para que se apoye en él. Nos quedamos un rato mirando el cielo.

Después de limpiarme, giro la cabeza y le sonrío:

—¿Seguro que no lo habías hecho nunca?

Lea ríe.

—Segurísimo, ¿lo he hecho bien?

Le tomo la cara con mis manos y la beso.

—Mucho mejor que bien, Julieta. Me ha encantado y me encantas tú.

La vuelvo a besar. Esta vez con más calma, disfrutando de su dulzura y de lo que acabamos de

compartir. No solo ella está experimentando cosas nuevas, yo también estoy viviendo un millón de primeras sensaciones que no sabía ni que existían.

Aparco delante de su casa diez minutos después del toque de queda. Cuando va a abrir la puerta del coche, le tiro de la mano hacia mí. Lea me mira, sorprendida.

—Dame un beso antes de salir, que igual Karen está mirando por la ventana —le digo.

Lea sonríe y atrapa mi boca con la suya. Está más relajada, más segura de sí misma, como si ya no tuviera miedo a dejarse llevar. Su ternura me envuelve. No volveré a ser el mismo después de hoy.

La acompaño a la entrada.

—Hasta pronto, Julieta —le digo, acariciándole el pelo.

Sonreímos y apoyamos nuestras frentes. No me resisto a besarla de nuevo, aunque alguien nos vea. A la mierda las consecuencias. Lea me aparta antes de lo que me gustaría y se mete en casa tras darme las buenas noches.

—Hey, ya he llegado, voy a darme una ducha —le digo a mi tío, que está viendo un programa de cocina, y me dirijo a las escaleras. No me quito de la cabeza la imagen de Lea encima de mí, semidesnuda.

—J., espera. —Se levanta del sofá—. ¿Qué hay entre Lea y tú? Es una buena chica, no juegues con ella, eh.

¿Otra vez? ¿Acaso nos ha visto?

—No sé a qué viene esto, pero no estoy jugando con ella. Me gusta y me divierto con ella.

—Vale. Pero ¿cómo te diviertes con ella? Por dios, J., no hagas nada de lo que vaya a arrepentirse. Su familia no está aquí, no la confundas.

Estoy atónito.

—¿Qué te crees que le voy a hacer?

—Ya sabes lo que creo. —Levanta las cejas.

—No, no tengo ni puta idea de lo que estás hablando, porque espero que no pienses que soy tan capullo de no respetar a una tía y forzarle a hacer algo que ella no quiera. —Mi tono es más alto de lo habitual, pero es que me está tocando los cojones.

—Sé que, detrás de esa imagen de tío duro, hay un buen chico. Te creo cuando me dices que la respetas. Solo quería asegurarme de que sabes dónde te metes.

No contesto y me subo a la habitación. ¿Estoy haciendo lo correcto? No lo sé. Quizás Lea se merezca alguien mejor que yo. Pero no quiero dejar de verla.

► **CANCIÓN:** *Hey, Soul Sister* – Train

Lea

Unto la última patata en el ketchup. Karen me está hablando, pero no le presto atención porque James coloca platos en una estantería y me parece más interesante. Es viernes noche y solo tengo recuerdos de cómo pasé el último viernes. Cómo me vestí con el traje de una obra de teatro y mi película empezó a rodar. Con escaqueos al baño del restaurante, besos robados en las esquinas y paseos a casa conociendo un poquito más el pueblo. Oigo que Karen dice algo sobre una cena y que necesita una canguro para Olivia.

—Yo lo hago, me quedo con ella cuando quieras —le digo porque no tiene sentido que contrate una canguro teniéndome a mí.

—¿De verdad? Si te soy sincera, lo había pensado, pero no te lo quería pedir.

—Sí, sí, claro, cuando quieras. —James se acerca, así que cambio la postura y escucho con atención a Karen.

—Estupendo. James, ¿qué tal? ¿Cómo ha ido la semana?

—Sorprendentemente entretenida te diré.

Que deje de mirarme así porque nos van a pillar. No conozco lo suficiente a Karen y no sé cómo se tomará que estemos juntos.

—¿Y qué vas a hacer con lo de Berklee? ¿Vas a echar la matrícula? —pregunta Karen, ajena a lo que pasa entre nosotros.

—Sí. Es difícil, pero no pierdo nada. —Me mira a mí—. Venía a decirte que he acabado mi turno y voy a la playa. Me ha llamado Carlos. Se suelen juntar allí los viernes después del partido de *football*. Por si querías venir.

—Sí, vale. Luego me llevarías a casa, ¿no? —No sé si lo pregunto por mí o para disimular delante de Karen.

—Claro —contesta James frunciendo el ceño como si no entendiera mi pregunta—. Ve saliendo, que tengo el coche fuera aparcado. Ahora voy.

En nuestro idioma es: espérame en la esquina. Me despido de Karen y de Olivia, y recojo mis cosas.

James no tarda más de dos minutos en aparecer con una sonrisa pícara. Me agarra por la cintura y me da un beso con magia. De los que no había tenido hasta ahora.

—¿Y si pasamos de la playa y vamos a algún lado solos? —me pregunta al oído, riéndose.

—Carlos me va a odiar como te vuelva a sacar de otra fiesta. —Sonrío—. No, en serio, vayamos. Es viernes noche, me apetece.

Llegamos a la playa y nos acercamos a Carlos, que está sentado con varios jugadores de *football* a juzgar por los uniformes. Hay varios grupos, pero la mayoría estamos alrededor de una fogata. Hablan y hablan, y no entiendo ni una palabra. No sabría decirte de lo que hablan, lo prometo. Alguna palabra la pillo e intento enlazarla con la anterior, pero nada.

De vez en cuando, James se acerca a mi oído y me explica quién es quién para que no me pierda en la anécdota que cuentan, pero lo que no sabe es que no tengo idea de lo que pasa en esa anécdota. Carlos y sus colegas se van a por unas cervezas, y nos quedamos solos en nuestra zona.

—Estás muy callada.

—Tengo una confesión que hacer: no me entero de nada. No tengo idea alguna de lo que habéis hablado los últimos veinte minutos. Había unos coches involucrados y un familiar de Carlos, pero

ni idea de nada más. —Me río, tapándome los ojos. James se contagia.

—¿De verdad? ¿Nada más? Parecías atenta. Si hasta asentías a lo que te preguntaba Rob.

—¡Ya! ¡No sabía qué hacer! ¿Qué es lo que me decía? —James se parte de risa delante mío.

—Que si querías ir a la pista de carreras la semana que viene a probar unos coches —me dice hablando despacito mientras gesticula con la mano. Qué pobre, lo que tiene que hacer para que lo entienda.

—A mis amigas les tengo el acento pillado, pero a los tuyos no. ¡Qué desastre!

—Tranquila, no son mis amigos.

—¿Cómo que no?

—Dylan y Carlos, sí; al resto apenas los conozco.

—¿Y quiénes son tus amigos entonces?

—Tú.

Sonrío, no lo puedo evitar. Es una chorrada total, pero me encanta. Me agarra y me pega más a él para darme un pequeño beso en los labios. Veo a las chicas de enfrente mirándonos, así que sigo hablando; no pienso ser la atracción de la noche.

—¿Y en Nueva York no tienes amigos?

—Suelo hablar con un par de ellos, pero a muchos los abandoné. No sé cuánto sabes sobre mí, pero tuve una mala época. No estuve en la cárcel ni nada parecido, pero pasé días sin aparecer por casa o por el colegio.

—¿Por eso te mandaron aquí?

—Supongo. Empezaba a flaquear en las notas, que siempre había tenido decentes, me junté con malas compañías y conocí las drogas. Aquí tenía a mi tío todo el día detrás. De primeras no me dejaba ni salir. —Se ríe un poco—. Solo iba al colegio y trabajaba. Supongo que me vino bien para alejarme todo aquello y que fue la decisión acertada. Pero tuve unos meses malos.

—Tenías derecho a luto.

—Puede que sí. No lo había visto nunca así. ¿Y tú? ¿Quiénes son tus amigos? —pregunta. Se nota que quiere cambiar de tema. Me alegra que pasará página, creo que no todo el mundo sería tan valiente de intentar empezar de nuevo.

—Miren.

—¿Tu amiga de Bilbao?

—Sí, nos conocemos desde los tres años.

—¿Vendrá a verte?

—No lo creo. Es demasiado caro y yo voy dos semanas en Navidad.

James se abre una cerveza. Quiero confiar en que esa mala época ya ha pasado. Pero si quiere que vaya con él en el coche, no va a conducir borracho.

James

Lea saluda a unas chicas de su clase que están al otro lado de la fogata, así que me acerco a Dy.

—Habéis ganado, ¿no?

—Sí, tío. Por los pelos, pero sí. Menos mal, porque hoy ha venido un ojeador de Darmouth a verme jugar. Lo tengo difícil, pero hay que intentarlo.

—Sí, sé de lo que hablas. Voy a echar la matrícula en Berklee School of Music, a ver si tengo suerte.

—¿Qué dices? ¿Pero estás tocando?

—Llevo un par de semanas.

—Joder, tío, me alegro. ¿Tiene algo que ver la europea que has traído otra vez?

—Bueno, la primera vez que toqué estaba con ella sí.

—¿Entonces qué? ¿Estáis saliendo o algo así?

—Algo así, sí. —Me froto la frente porque ni yo sé dónde me estoy metiendo. Pero me gusta estar con ella. Es una realidad que no puedo negar.

—Joder, Rivers, quién te ha visto y quién te ve. No te veía con ganas de echarte una novia.

—Ya, bueno, es que no había encontrado la chica adecuada para intentarlo. —Dy levanta las cejas, se ríe y me coge del cuello con el brazo.

—Anda, vamos a por una birra, que paso de que te pongas moñas.

Vamos a la zona de bebidas y Lea se acerca a nosotros.

—Hola otra vez —le digo al oído. Le doy un beso en el cuello porque no lo puedo evitar y para que no haya ninguna duda de que está conmigo. Diría que no se da cuenta, que no tiene ni idea, pero todos la miran a ella. La chica nueva, la exótica, la que llama la atención frente a las demás. Me mira risueña y me da la mano. Y la agarro, convencido de que esto no puede ser malo.

Le pregunto si quiere beber algo y niega con la cabeza mientras me mira.

—No hoy no voy a beber. ¿Y tú? ¿Vas a beber más? Porque te recuerdo que vamos en tu coche. —Me río porque, cuando se quiere poner seria, tiene un punto que me encanta.

—Es la primera y no voy a beber más. No conduciría contigo borracho.

De pronto, unos brazos me agarran la cintura desde atrás. Lea lo ve y los ojos se le abren. Sé que es Blake, no tengo que darme la vuelta para confirmarlo. Solo pienso en salir huyendo de esta situación. Me separo, me doy la vuelta y, sin darme cuenta, creo un pequeño círculo entre nosotros tres. Mierda, ahora sí que estoy acorralado.

—Eh, vale, Blake. —La miro y le señalo a Lea—. Estoy acompañado.

—¿Nos vemos luego?

Joder, Blake, sabes lo que estás haciendo, cabrona, lo sabes. Y quizás eso es lo que me da la energía para responderle.

—No, Blake. Ni luego ni mañana ni pasado. Ya lo hemos hablado.

—Yo... os dejo solos —contesta Lea, pero le agarro la mano.

—Voy contigo. Adiós, Blake.

Nos alejamos y Lea parece que va hacia mi coche. Ando a su lado. El silencio es lo único que se escucha, pero no tengo ni idea de qué decir.

—Tranquilo, es evidente que me tendré que acostumbrar a que algunas te saluden así. No pasa nada.

Una vez más, me quedo sin palabras. ¿Qué le digo? ¿Qué sí? ¿Qué no?

Nos separamos al llegar al coche. Ando hacía mi puerta. Cuando voy a abrir, la miro. Ella va hacia la suya, sin decir nada más. Parece conforme con que de mí no haya salido una sola palabra. Y sé que se merece una aclaración, una pequeña. Porque lo más probable es que vivamos alguna que otra situación como esta. Al menos, tengo que prometerle algo.

—Lea. —Ella me mira desde el capó del coche—. No sé si volverá a pasar o no, pero no te preocupes porque no lo voy a hacer, ¿vale? —Ella sonríe con los labios bien cerrados. Me acerco—. Ven. —La pego a mí—. Me gustas mucho.

—A mí también. Más de lo que imaginaba.

—Ya somos dos.

Llegamos a casa de mi tía y la acompaño a la puerta. La voy a besar. No quiero que después de lo que ha pasado hoy tenga ninguna duda de que ella es la que me gusta. Le acerco a mí por la cintura y nuestros labios se encuentran. Sus manos se enlazan detrás de mi cabeza y nuestros cuerpos se pegan más. Oímos un carraspeo. Lea se separa de golpe. Desde la puerta, Karen nos mira a los dos con los brazos cruzados.

—¿Algo que contarme?

—Eh, bueno... —Lea me mira como pidiéndome ayuda. Mi tía lo ve.

—Mirad, no me voy a meter, pero espero que estéis teniendo cabeza —dice Karen.

—Ya he tenido la charla de Bob también —contesto. Con tener una madre y un tío me vale; si Karen empieza a controlarme, es lo que me faltaba.

—¿Bob lo sabe? ¿Y no me lo ha dicho? —Lea me mira también.

—No es que lo sepa. Es que me dio la charla después del baile porque se lo imaginaba. Así que, sí, tranquilos, no estamos haciendo nada malo. Solo estamos quedando. —Me sorprende a mí mismo dando explicaciones, pero no quiero hacer esto a escondidas, teniendo en cuenta que casi siempre que veo a Lea es en el restaurante con ellos.

—Vale, pero tened cabeza, por favor. Os lo pido como favor personal. Os dejo que... —gesticula con las manos— os despedáis. —Se va y nos quedamos a solas.

—Qué incómodo —dice Lea.

—Mejor así, ¿no crees?

—Sí, supongo. Me voy a meter ya, que me está dando vergüenza que piense que estamos haciendo aquí algo.

—Vale, ven. —La beso en esos labios que no salen de mi cabeza—. Buenas noches, Julieta
Su sonrisa es lo último que veo cuando se despide de mí por esta noche.

Lea

Ya es oficial que James y yo somos pareja. Desde hace dos meses, vamos juntos a todas partes, me recoge cada tarde bajo la atenta mirada de las chicas del colegio y a menudo volvemos al restaurante porque tiene que trabajar. Otras veces me lleva a sitios que no conozco del pueblo, vamos al porche de Mrs. Hannigan, o quedamos con sus amigos o con las mías. Nos va bien, nos compenetramos. Todavía no hemos hecho el amor, no estoy lista. James me gusta muchísimo, pero no sé si estamos enamorados, no nos hemos dicho que nos queremos. Seguramente, él tenga ganas de ir más allá, pero no me presiona ni saca el tema, y se lo agradezco.

Salgo de clase con Denise y busco el todoterreno de James. No veo su coche, pero enseguida él que se acerca a nosotras sonriendo. Lleva puesta la capucha de la sudadera porque el día es frío, y no puede estar más guapo.

—¿Qué le das a este tío? —me pregunta Denise—. Algo tienes que hacer que las demás no le hayan hecho. Si es verdad que no te lo estás tirando, debes ser buenísima con la boca.

El calor me sube por la cara. ¡Denise, por favor! ¡Cállate!

—¿Qué le has dicho para que se ponga colorada, Denise? —pregunta James y me da un beso en los labios—. Hola, preciosa. —Posa el brazo en mis hombros.

—Le decía que debe hacer maravillas con la boca para que vengas a buscarla todos los días como un perrito faldero.

¡Tierra, trágame! James se queda anonadado y se empieza a reír. Yo solo pienso en esconderme en algún lado.

Mi amiga se cruza de brazos, esperando una respuesta.

—Denise, eres demasiado... —dice James riéndose.

—Pero, en serio, es eso, ¿verdad?

—¿Me acompañas a comprar unas herramientas para el restaurante? —James me mira, gracias a dios, ignorando la pregunta de Denise.

—Sí, por favor, vámonos.

Nos metemos en la *pick up* de Bob. Es vieja pero siempre he tenido curiosidad de montarme en ella porque el asiento es único y corrido.

—Como mola esta camioneta ¿no? —digo mirando alrededor cuando me siento. No creo que haya visto una de estas en la vida.

—¿Te gusta? Se la pido algún día si quieres. —Me tira de la pierna para que me pegue a él. Lo hago y nos adentramos en la carretera mientras me acaricia el muslo.

Enciendo la radio y miro a mi espalda, hacia el cristal que da a la zona de carga descubierta. Es más amplio de lo que parece. Me imagino cenando ahí bajo las estrellas, en el alto de una montaña con vistas. Sería bonito, ¿verdad? James me mira y sonrío.

—La limpiaré el día que se la pida para que podamos cenar ahí detrás.

Asiento porque no sé si ha sido casualidad, si es que a él le apetece también o sabría que a mí me encantaría.

Llegamos al centro comercial y James aparca lejos de la multitud, ya que la ferretería se encuentra apartada. Salgo de la camioneta dando un último vistazo al interior para encontrarme a James agarrándome la puerta.

—Sí que te gusta. Mañana mismo la limpio. —Cierra la puerta según salgo, me atrapa las manos

y las coloca en mi espalda sujetas por las tuyas. Me apoya en la ventana para darme un beso tierno, conmigo presa—. Te vas a casa en tres semanas, te echaré de menos en Navidad. Pídemelo y me cojo un vuelo a Bilbao para ir contigo.

—Sí, claro. Dile tú a mi padre que su hija de diecisiete años vuelve de Estados Unidos con su novio americano. —Me río en sus labios—. No, gracias. Mis padres son muy tradicionales, James, ya te lo he dicho.

—Lo sé, Julieta, lo sé. Solo que no sé qué voy a hacer cada tarde sin ti. Me voy a aburrir como una ostra en este pueblo ¿Qué opinas del sexo telefónico? —Me guiña el ojo.

—¡James! ¡No lo dirás en serio!

Imposible, yo no podría hacer algo así. ¿Es una broma? Tiene que ser una broma, ¿no?

—Tranquila, no te vuelvas loca pensando mil cosas, bromeaba. Sé que no te atreverías, aunque aprendes rápido.

Me sonrío con picardía. Me tranquilizo, pero enseguida me vienen a la cabeza las palabras de Denise.

—¿Por qué te gusto, James?

Me mira extrañado.

—¿Qué? No te he entendido bien.

¡Sí que me ha entendido!

—Que por qué estás conmigo. Mira lo que ha dicho Denise, yo no te doy nada de eso. Me gusta mucho lo que hacemos, pero, de momento, no pienso ir más allá. Por si no lo sabías, te lo digo ahora. —A medida que hablo, James frunce el ceño—. Así que la pregunta es: si te doy mucho menos de lo que te darían otras chicas, ¿por qué estás conmigo?

—¿Crees que estoy contigo por el sexo? No, Lea, no. Sé que quieres esperar, y me parece bien. No me gustarías más si fuera de otra manera. Me encanta estar contigo; eres divertida, simpática, buena, y me entiendes.

—Sí, pero el sexo...

—Lea, un momento, por favor, que no he acabado. Claro que quiero hacerlo contigo, si te dijera que no, estaría mintiendo. Pero lo haremos cuando estés preparada—dice mientras me acaricia la cara y nos pega más a la puerta de la camioneta—. Además, me gusta mucho que no tengas experiencia —añade más bajito.

—¿Qué te gusta que no tenga experiencia? ¡Venga ya!, eso sí que no me lo creo.

La mano de James desciende a mi cintura. Ya empezamos con esas sensaciones... Lea, contrólate, por Dios, que estás en un aparcamiento.

—Créetelo, Lea. Me encanta ser el único que sabe que pones esa cara cuando te hago esto. —Me besa debajo de la oreja. Emito un sonido hueco sin querer—. Me encanta ser el único que ha visto lo precioso que es tu cuerpo. —Me mete la mano por debajo de la camisa para acariciarme la espalda sin telas de por medio—. Me encanta ser el único que conoce tus reacciones. —La respiración se me acelera—. Y, sobre todo, me encanta que estés descubriendo todo esto conmigo. —Me agarra la cara por las mejillas mientras me acaricia con el pulgar—. Así que, por favor, no vuelvas a preguntarme por qué me gustas ni te rayes con el sexo. Me encanta lo que tenemos, ¿queda claro?

—Clarísimo.

—¿De verdad? No me digas que lo has entendido si no lo has hecho.

—De verdad —contesto con sinceridad, acercando los labios a los suyos.

—Me tienes loco, Lea —dice antes de besarme. Y ahí, en un aparcamiento, me dan el mejor beso de mi vida. Años después, puedo asegurar que fue aquel.

Me levanto sobre las nueve de la mañana porque oigo movimiento por la casa. Hoy es Acción de Gracias, y me apetece mucho. Nunca he celebrado esta fiesta. Vamos a reunirnos todos aquí, incluidas la madre y la hermana de James. También viene Nana Smith desde Florida. Es la madre de Mr. Martin, Bob y Amy. Cuentan las malas lenguas, o, mejor dicho, cuenta James, que su abuela es una mujer peculiar y gruñona. Desde luego, es un espíritu libre, porque tras la muerte de su marido se marchó a Florida para «empezar a disfrutar de la vida».

Bajo a la cocina. Karen está picando un montón de verduras.

—Lea, *¡happy Thanksgiving Day!* —dice, sonriendo, y me da un abrazo.

Mr. Martin (no sé por qué, no me sale llamarlo solo Martin) también me saluda mientras abre cajas. Olivia ni se inmuta porque está viendo en la tele cómo unos animales gigantes pasean por las calles de una ciudad que parece Nueva York.

—*¡Happy Thanksgiving Day* a vosotros también! ¡Cuánta actividad! Tendrías que haberme despertado para ayudar. ¿Qué quieres que haga?

—Tranquila, no es tanto. Yo solo me encargo de las verduras y el puré de patata. Bob va a traer el pavo relleno y las salsas, y Amy ha comprado las tartas de manzana y de calabaza en una famosa panadería de Nueva York. Martin está con la decoración. Si quieres, desayuna y le echas una mano. Olivia no te va a hacer ni caso, le encanta el desfile de Macy's. Ayer me hizo prometerle que la despertaría pronto para estar delante de la tele antes de que empezase, es lo que más le gusta del día de hoy. —Abre la nevera—. ¿Qué te apetece desayunar? ¿Te preparo algo?

—No hace falta, bastante tienes con organizar todo. Me tomo unos cereales y me pongo con la decoración.

Mr. Martin y yo vaciamos las cajas, y decoramos la mesa y la chimenea. Incluso colgamos algunas hojas en la lámpara. Es como una decoración navideña, pero con colores marrones, naranjas y amarillos. Igual que cuando el otoño llega a un bosque y lo vuelve multicolor justo antes de que caigan las hojas. Me recuerda a casa. El otoño es mi época preferida: el tiempo es bueno todavía, no hay tanta gente en los sitios como en verano y los paisajes están de foto. Mi casa, donde hoy será un jueves cualquiera y aquí estoy yo, celebrando Acción de Gracias. Trabajamos en la decoración durante más de una hora hasta tener todo precioso y me voy a la ducha.

Voy a ponerme un vestido azul marino de manga corta que traje de Bilbao para ocasiones especiales, con unas botas marrones, altas y planas. Formal pero sencilla. Quiero causar buena impresión a la madre de James. Aunque finja que no, estoy nerviosa. ¿Y si no le gusto? ¿Lo dirá delante de todos? Hace unas semanas, Bob le insinuó que estábamos juntos, y cuando Amy se lo preguntó a su hijo, él se lo confirmó. Yo no les he dicho nada a mis padres. Solo saben que tengo buena relación con el sobrino de mi familia y que pasamos tiempo juntos. Si se lo imaginan, lo desconozco. Desde la distancia no es fácil adivinar lo que piensan.

Me dejo el pelo suelto y me maquillo los ojos, pero no atino. Dios, estoy demasiado nerviosa. Me lavo la cara y opto por un poco de máscara de pestañas y colorete, así no me hago más estropicios. Natural siempre es mejor.

Justo cuando bajo las escaleras, suena el timbre. Hiperventilando en tres, dos...

—Lea, ¿puedes abrir la puerta, por favor? —grita Karen desde arriba—. Enseguida vamos. Estoy vistiendo a Olivia y Martin acaba de salir de la ducha.

Trago saliva al dirigirme a la entrada. Estoy exagerando, no es para tanto, ¿no?

—¡Pregúntales si quieren tomar algo mientras esperan!

Abro. Ahí están todos: James y Bob cargados de bandejas; una mujer con los mismos ojos y color de pelo que James; una chica que he visto en fotos, por lo que sé que es Sophia, su hermana pequeña, y una señora mayor que me mira con cara de pocos amigos. No hay duda de que esa es Nana.

—Hola, Lea —saluda Bob—. Dejamos la comida en la cocina y venimos a hacer las presentaciones.

—Sí, claro, por aquí. —Les indico la cocina.

James me guiña un ojo al pasar.

Me quedo mirándolo mientras sujeto la puerta. La siguiente es la abuela:

—Ya saben dónde está la cocina, han estado aquí más veces. No vayas de sabionda —dice sin mirarme.

¿Cómo? ¿He entendido bien?

—¡Nana! —grita la madre de James—. ¡Haz el favor de ser agradable! Discúlpala, Lea, siempre ha sido así y no la vamos a cambiar ahora. Espero que James te haya avisado.

—Lo hizo, no te preocupes. Encantada, Amy —digo con timidez. Empezamos bien...

—Encantada, Lea. Sophia y yo teníamos muchas ganas de conocerte. Es la primera vez que James nos presenta a una novia —dice, emocionada. Está más nerviosa que yo.

Sophia me sonrío y dice:

—Qué gracioso hablas.

—Sophia, ¿tú también? No, por favor, tened un poco de educación —la regaña Amy.

—Pero ¡si no he dicho nada! —Sophia parece ofendida.

—No te preocupes, vamos dentro. Karen me ha pedido que os saque algo de beber. —Cierro la puerta y voy directa a la cocina. James me da un beso en la mejilla. Su madre nos mira, sonriendo.

—Veo que os habéis conocido ya. —James me acaricia la espalda.

—Sí, pero no ha sido el mejor comienzo. Ya sabes cómo es Nana... —dice Amy.

—¿Qué ha pasado? —pregunta James.

—De verdad, no te preocupes. —Le hago un gesto para que se olvide y cambio de tema—: ¿Qué queréis tomar?

James

Qué desastre. Nadie está disfrutando de la comida. Mi tío Bob y Nana no paran de discutir; Martin lleva dos horas al teléfono por un tema urgente del trabajo; Karen está estresada porque es la primera vez que celebramos Acción de Gracias en su casa y quiere que estemos a gusto; mi madre intenta mantener la compostura, pero sé que se acuerda de cuánto le gustaba a mi padre ver el partido de hoy; Sophia, aburrida, no hace más que decir que el año que viene lo hagamos en nuestro *loft* de Nueva York. Estoy al lado de Lea en el sofá y también la noto incómoda.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

—Deja a la chiquilla en paz de una vez. No sé para qué intentas complacerla, si lo vuestro se va a acabar —dice Nana desde el otro lado del sofá.

—¡Nana! —gritamos mi madre, Bob y yo al unísono.

—¿Nana qué? Es un secreto a voces. Aprovecha tu juventud, ya habrá tiempo para novias y compromisos. Además, esta se va a ir dentro de unos meses a su casa para no volver. Vamos, explícame tú qué sentido tiene lo vuestro. —Gesticula con indiferencia, como si no nos hubiese echado un jarro de agua fría—. Bueno, me equivoco: para ella sí lo tiene, le estás dando gratis un curso avanzado de inglés. Chica, permíteme que te diga que te hace falta, no se te entiende ni la mitad.

Me levanto enfadadísimo y me acerco a ella:

—Nana, siempre he aguantado tus groserías porque eres mi abuela, pero te has pasado.

Me giro. A Lea se le han humedecido los ojos. Por si no fuera suficiente, la encantadora Nana continúa:

—Además es una llorica que no aguanta que le diga la verdad. James, deja de perder el tiempo. ¿O eres tan tonto que piensas que tenéis futuro? ¡Con diecisiete años y viviendo en países diferentes!

—¡Ya está bien, *mum!* Para ahora mismo —grita mi madre, y Bob se echa las manos a la cabeza.

Lea sigue sentada, mirando el espectáculo. Karen está en la cocina, así que me giro y digo:

—Hemos comido, hemos discutido, hemos jugado un poco y hemos visto *football*. Me voy a casa, feliz Acción de Gracias a todos.

Le hago un gesto a Lea para que venga conmigo a la cocina. Menudo numerito. Hasta los colonos europeos y los nativos americanos, que tenían muchas más diferencias que nosotros, supieron sentarse a la mesa y comer en paz. Parece que en mi familia no se puede, bueno, que para Nana es imposible. Incluso Sophia se ha comportado y mi madre, emocionadísima, no hacía más que darle conversación a Lea, preguntándole por su país, sus aficiones, sus estudios...

En la cocina, repleta de envases y comida, Karen llena el friegaplatos. Levanta la mirada y nos pregunta:

—¿Os vais ya?

—Sí, Nana no está siendo agradable y la paciencia de uno tiene un límite... —contesto—. ¿Te ayudo a recoger antes de irme, Karen?

—Ya la ayudo yo, vete tranquilo —dice Lea cuando se acerca a Karen sin mirarme ¿Está enfadada conmigo? Joder, que acabe ya este día.

—¿Hablamos un momento, Lea? —Ella me mira y nos dirigimos a la puerta de entrada. Me apoyo en la pared y la cojo de la mano—. ¿Estás enfadada? Siento mucho lo que te ha dicho Nana,

sabes que no es verdad.

—No, no te preocupes. Más que enfadada, estoy frustrada. No te disculpes por ella; es así, qué le vamos a hacer, no va a cambiar a su edad. Vete a casa, nos vemos mañana. Karen y yo recogemos y luego aprovecho para hacer deberes.

—Pero estamos bien, ¿no? —Me acerco para darle un beso; ella responde suave.

—Sí, sí, estamos bien. Vete tranquilo. —Sonríe, pero parece dolida.

En cuanto llego a casa, me siento en la cama y cojo la guitarra. No estoy componiendo, simplemente toco sin ton ni son. No puedo negar que Nana es realista. No paro de darle vueltas a lo que ha dicho. Tarde o temprano, lo mío con Lea acabará. Es imposible continuar juntos si estamos en países diferentes. Nunca me había planteado nada más allá de lo que tenemos ahora. ¿Lo dejaremos y ya está? Entonces ¿por qué no disfrutar del último año del colegio haciendo lo que queramos? Maldigo a Nana. Estábamos muy bien hasta que ha venido ella.

Tocan a la puerta. Se abre ligeramente y aparece mi madre:

—¿Puedo pasar?

—Entra.

—¿Estás bien? —Se sienta en una silla, frente a mí—. Por cierto, me ha encantado Lea. Tienes buen gusto, es un cielo.

—Sí, lo es —digo con una sonrisa triste.

—Pero... ¿por qué tienes esa cara?

—Nana. Ha metido ideas en mi cabeza y me estoy replanteando mi situación con Lea.

—¿Por qué dices eso? —Está sorprendida.

—Porque no le falta razón. A final del curso lo dejaremos, es inviable que sigamos adelante viviendo a más de cinco mil kilómetros de distancia y con un océano de por medio.

—¿Y?

—¿Cómo que y? ¿Qué sentido tiene que estemos juntos ahora?

Su respuesta me cabrea. Parece que todo el mundo sabe lo que va a pasar menos yo, que ni siquiera me lo había planteado hasta hoy, y me frustra.

—Tiene mucho sentido. Para empezar, hacía tiempo que no te veía sonreír como hoy. —Me acaricia el pelo—. Tiene sentido porque lo pasáis bien, compartís el día a día y estáis viviendo una de las experiencias más bonitas: el primer amor. ¿Tiene fecha de caducidad? Lo más probable. Yo también pienso que es difícil que sigáis juntos cuando se vaya, pero habrás conocido a una chica increíble y podrás contar con una buena amiga en Europa. No dejes que Nana te arruine la ilusión de estar con Lea. Ya irás viendo qué pasa, la vida da muchas vueltas.

Como la muerte de mi padre.

—¿Echas mucho de menos a *dad*? —mi madre se sienta en la cama, a mi lado.

—A cada momento. Pero la vida sigue, James. Ahora debemos preocuparnos de estar bien nosotros. Disfruta de tu chica, vete a la universidad, conoce gente nueva, viaja. Todas son experiencias enriquecedoras y esos recuerdos ni Nana ni nadie te los quitará.

—*Dad* también tuvo buen gusto al escoger —le digo mientras sonrío, y nos damos un abrazo.

Hasta que llega la hora de dormir, charlamos, nos reímos, contamos anécdotas de mi padre y le toco las canciones que he compuesto para Berklee. Nunca había estado tan bien con mi madre.

► **CANCIÓN: *I bet my life* - Imagine Dragons**

Lea

Estoy haciendo escala en Madrid para pasar la Navidad en Bilbao. Karen, Mr. Martín y Olivia me han llevado al aeropuerto de Boston. De James me despedí ayer. Por ser mi última noche, no trabajó en el restaurante y estuvimos viendo una película en su casa. La verdad es que no le prestamos demasiada atención. Entre que todavía me cuesta seguir los diálogos, que él me iba explicando qué pasaba y que no paraba de decirme que me echaría de menos... al final, ni acabamos de verla.

Lo voy a echar en falta. Me he acostumbrado a estar con él cada día, pero dentro de dos semanas volveré y nos quedan muchos meses para disfrutar antes de separarnos. Después del fiasco de Acción de Gracias, una tarde hablamos de lo que pasará en junio, y decidimos no pensar en ello y vivir el momento.

Voy hacia mi puerta de embarque. Todo me resulta familiar: las conversaciones en castellano, el olor de la comida y las bolsas de las tiendas que lleva la gente... me hacen sonreír. Me doy cuenta de que he estado viviendo en un mundo paralelo. Son dos países desarrollados, sí, pero son opuestos en cultura e idioma. Y ahora regreso al mío. En los asientos de mi puerta de embarque ya oigo hablar en euskera; la forma de vestir e incluso la apariencia son de *mi gente*. Tenía un vacío en mi interior desde hace meses y no lo había apreciado hasta ahora. Y hoy se está llenando. Me siento en casa.

Aterrizamos. En cuanto salgo por la puerta de llegadas, veo a mis padres y a mi hermano Jon. Corro hacia ellos y los abrazo a todos a la vez. Me caen las lágrimas y no puedo dejar de apretarlos. El frío y la lluvia se me meten en el cuerpo. Es extraño, porque en Willport hace frío, pero el de mi tierra es diferente, lo reconocería entre cientos de fríos.

—Lea, cariño, cómo te hemos echado de menos. Qué guapa estás, te has hecho mayor. ¡Has crecido! —Mi madre se aparta para mirarme mejor.

—No digas bobadas, *ama*. ¿Cómo voy a crecer?

Mi padre se está conteniendo, pero noto su emoción. Lo abrazo y me responde con fuerza. Jon se ríe mucho; creo que ser hijo único no ha sido tan divertido como esperaba.

—De verdad, ¡te veo mayorcísima! Te fuiste como una adolescente y has vuelto como una jovencita —dice mi madre contemplándome de arriba abajo.

—Vámonos. Aquí parados, cogeremos una pulmonía —dice mi padre.

Reencontrarme con ese paisaje y con mi casa es una explosión de emociones. ¿Tan fuera de lugar estaba en Willport? Es como si en estos meses me faltasen trocitos de mi cuerpo, innecesarios para vivir, pero solo ahora que los recupero me siento entera.

Como es pronto aún, cuando llego me duermo un par de horas con la alarma puesta para que no me dé *jet lag*. En cuanto me despierto, ayudo a mi madre a preparar el festín que ha preparado para la cena de bienvenida: jamón, anchoas, tortilla de patata y hasta ensaladilla rusa, que es de mis platos preferidos; todo lo que echaba de menos. Gracias, *ama*, de corazón, por hacer mi llegada un poquito más mía.

Tras la cena, hablamos de mi vida allí: lo buena que es Karen conmigo, mis aventuras con mis amigas, el colegio... De vez en cuando, cuento algo sobre James, pero por encima, para que no se me note demasiado. No sé cómo se tomarían mis padres que tenga novio.

Les enseño fotos de la casa y de mi cuarto, y las que hice en Harvard el día que acompañé a

James. Mi padre, que es médico investigador, se interesa por esa visita porque tiene colegas que estudiaron allí. Me preguntan qué me gustaría hacer a mí y les digo que, como estoy conociendo otras culturas, tengo curiosidad por aprender más y estoy pensando en estudiar Relaciones Internacionales en inglés. Es una carrera nueva en Bilbao. Me he informado por internet y he visto que los proyectos se presentan en inglés, por lo que debería dominar la gramática en ese idioma. Con mi nivel de ahora, será difícil que me acepten.

Cuando empiezo a bostezar, me levanto de la mesa, les doy un beso a cada uno y me voy a la cama. A mi cama, en mi casa, en mi planeta.

A la mañana siguiente es Santo Tomás y, en Bilbao, se celebra una gran feria. Antiguamente, era el día que los agricultores iban a la ciudad a vender. En la actualidad, se siguen vendiendo productos locales y la gente va con los amigos a disfrutar de un talo con *txistorra*, de la música y del ambiente.

Este año ha caído en sábado y está a tope. Salgo del metro y me cuesta encontrar a mis amigas. En cuanto nos vemos, corremos a abrazarnos. No hemos dicho nada y ya me caen las lágrimas de la risa. Estoy feliz de volver a verlas. Son mis amigas de toda la vida, con mirarme, saben qué me pasa o en qué pienso. Mi mejor amiga, Miren, no para de abrazarme y me dice:

—Tía, qué ganas tenía de verte. Cuéntame todo de ese novio tuyo.

Nos sentamos en un bordillo y les relato mi vida allí, tal y como lo hice ayer, pero doy más detalles de las historias divertidas de la escuela, de cómo fue el *homecoming*, el aperitivo del gran baile, que es a final de curso. Les hablo de James, Denise, Anna y Mia, hasta de Brad y su deporte. Pasamos el día riéndonos y ellas me ponen al día de su vida. Si no fuera por esos nuevos cotilleos, diría que el tiempo no ha pasado mientras yo he estado fuera, porque todo sigue igual aquí. Aun así, me siento rara, porque yo sí he cambiado y ellas han vivido historias que recordarán siempre, en las que yo no estaba. Quiero volver a mi vida de antes, esa que yo dejé en pausa, pero la película ha continuado rodando sin mí. Mi película es otra y está en versión original. No sé cuál de las dos me gusta más.

Cuando vuelvo a casa, voy a mi cuarto y llamo a James. Ayer solo le mandé un mensaje para decirle que había llegado bien. Quería estar con mi familia y él lo comprendió. Contesta al segundo tono:

—Julieta, te echo de menos —es lo primero que dice.

—Y yo. ¿Cómo estás? ¿Qué has hecho hoy? —Tengo curiosidad por saber qué está pasando allí.

—He ido a comer con Karen y he jugado con Olivia. Por la tarde, he estado en casa de Dy, con los del equipo de *football*, jugando a videojuegos. ¿Y tú?

—Con mis amigas en Santo Tomás, esa fiesta que te dije de Bilbao. Les he contado historias de allí y nos hemos reído mucho. Las echaba de menos.

—Me imagino. ¿Les has hablado de mí?

—Claro, les he dicho que salgo con el tío más bueno de Willport y que soy la envidia del colegio —digo, riéndome. Dios, sienta bien bromear con él otra vez.

—¿Solo les has dicho eso? ¿Que soy guapo? —Por su tono, creo que se ha ofendido.

—James, por supuesto que no. Les he contado lo bien que estamos juntos, todo lo que siento cuando estoy contigo y el gran apoyo que eres para mí. Y también que me enseñas muchas cosas —le digo con picardía.

—¿Ah?, ¿sí? —Se ríe, parece que lo he tranquilizado.

Charlamos durante un rato y, luego, nos mandamos mensajes porque se corta la conexión a internet varias veces y una llamada a larga distancia cuesta demasiado dinero.

Pasan los días con rapidez, ni me estoy enterando. El veinticuatro por la noche voy con mi

familia a un *txoko*, a celebrar Nochebuena. El *txoko* es una sociedad gastronómica típica del País Vasco, en la que varios socios se reúnen en un local tipo restaurante para cocinar y comer allí. Mi madre tiene ocho hermanos y hace años que todos mis tíos y mis primos no cabemos en una casa, por eso vamos allí. Como siempre, cenamos bacalao al pilpil, pimientos rellenos y la compota que prepara mi tía. Echaba mucho de menos esta comida. No es que coma mal en Estados Unidos, pero no es un país que se caracterice por sus platos caseros. Me paso el día comiendo hamburguesas, pasta, ensaladas con salsas y sándwiches. Si en junio no vuelvo con cinco kilos de más, será un milagro.

El veinticinco por la mañana viene Olentzero con los regalos. Sí, aquí no tenemos Papá Noel, sino un carbonero que baja del monte. Es raro, pero me encanta, es parte de mi cultura. A mí me ha traído un móvil con la última tecnología. Me abalanzo sobre mi madre para abrazarla y darle las gracias. Estoy segura de que ha sido ella la que *se lo ha pedido* a Olentzero. Es lo que mejor me viene ahora mismo para conectar mis dos planetas.

Sin darme cuenta, ya estamos en Año Nuevo y vuelvo a coger el vuelo para ir a mi vida americana. Estoy emocionada. Dentro de unas horas volveré a ver a James y le tengo dos sorpresas preparada.

James

Lea me despierta dándome besos por el cuello.

—Lea...

Subo las manos por sus muslos. Echaba de menos esto, pero no lo recordaba así, noto algo diferente. Abro los ojos y veo que no es Lea la que está encima de mí. Es Blake. Desnuda. ¡Mierdaaa!

—¡Blake! ¿Qué coño haces?

La aparto. Cae sobre la cama y me mira atónita.

—¿Va en serio, James? ¿Me estás rechazando?

¡Pero qué cojones se cree esta tía y qué hace en mi cama! ¡Joder, joder, joder!

—Sí, te estoy rechazando. Sabes que estoy con Lea. ¿Qué pasó ayer? —le pregunto con la única esperanza de que me diga que nada.

—¿No te acuerdas? Me dijiste que me quedara a dormir contigo si quería, que tu tío no iba a venir —me dice, avergonzada.

Joder, soy un cabrón.

—Vístete, Blake, por favor, me tengo que ir. Voy a darme una ducha, cuando salga, por favor, no quiero que estés aquí. —Me levanto de la cama y Blake me imita.

—Venga, James, que no se lo voy a decir a nadie. —Se acerca a mí.

—No, Blake. En serio, vete.

Me meto en la ducha y apoyo la cabeza en la pared mientras me cae el agua. Empiezo a recordar. Dy me invitó a una fiesta y había tequila. Me dijo que bebiera con él, que hoy venía Lea y no me vería en mucho tiempo. Me dio pena. Es verdad que ya no salgo con mis amigos tanto como antes porque prefiero pasar mi tiempo con ella. Luego, vine a casa andando con Blake y... ¡mierda! ¡No recuerdo más! No lo hice, no lo hice, es imposible, por muy borracho que estuviese, nunca le haría algo así a Lea. Blake abre la puerta del baño.

—Blake, joder, no tengo tiempo para juegos. He de recoger a Lea en el aeropuerto. Vístete y vete ahora mismo.

Blake no me contesta, pero oigo que sigue ahí. Me asomo. Todo esto es un sueño o mi imaginación me está jugando una mala pasada. No puede ser verdad lo que estoy viendo. ¡Lea!

Es ella la que está en la puerta y tiene los ojos llorosos. Cojo una toalla y me acerco. Ni siquiera levanta la cabeza.

—Julieta, ¡estás aquí! ¿Cómo has venido? Qué ganas tenía de verte. —No me contesta, no me mira, no se mueve. Las lágrimas caen por sus mejillas—. Lea, no es lo que piensas. Ayer estaba borracho y Blake me...

—¡Cállate!

No le había oído gritar así nunca. La abrazo. Se suelta y me da una torta.

—No me toques. ¡Eres un hijo de puta! ¡No quiero volver a verte en mi vida!

No lo dice en inglés, pero, por su cara, no es nada bueno. Me entran sudores fríos.

—Lea, *baby*, no hablo español, no he entendido nada. Créeme, yo nunca te haría...

—¿No me entiendes? Te lo traduzco: ¡no me toques! ¡Eres un hijo de puta y no quiero volver a verte en mi vida!

No para de llorar. Me acerco. En cuanto la rozo, levanta la mirada llena de furia.

—¡Te juro que, como me toques otra vez, te denuncio!

Se da la vuelta y se va corriendo, con las manos en los ojos. Cojo los primeros pantalones que pillo y voy tras ella hasta la calle. ¡Joder, esto no está pasando! ¡No, no, no, no! Empieza a nevar.

—Lea—grito a pleno pulmón. La alcanzo y, al agarrarle el brazo, me da otra torta.

—¡Te he dicho que no me toques, pedazo de hijo de puta! ¡No me puedo creer que haya estado enamorada de una mierda como tú!

Ella sigue corriendo, pero yo me quedo parado. ¿Qué he hecho? ¿Ha dicho enamorada? ¡Joder! ¡Tengo que arreglar esto como sea! Si al menos fuera capaz de moverme, pero no. Me escuecen los ojos, noto cómo las lágrimas empiezan a caer, salen solas mientras yo estoy parado viéndola alejarse. No lloraba desde la muerte de mi padre. Me las seco con la mano. Su revelación me deja *KO* porque me doy cuenta de que yo también estoy enamorado de ella y acabo de perderla.

Llevo todo el día llamando a Lea, pero no me coge el teléfono. Estoy en casa, dándole vueltas a lo que pasó ayer. ¡No recuerdo nada a partir de que llegamos a casa! ¡Mierda! ¡¿Por qué bebería tanto tequila?!

He hablado con Dy. Dice que estaba muy borracho, que bailé con Blake y que nos fuimos juntos. Yo lo único que sé es que me he despertado con ella y estaba desnuda. ¿Lo hicimos? Es posible. Llevo mucho tiempo sin tirarme a nadie. La última fue Blake, precisamente.

Tengo que enterarme como sea. Cojo el todoterreno y voy a su casa. Llego justo cuando va a montarse en su coche. Me sonrío a traición:

—Hola, amante.

—Blake, ¡no juegues conmigo! Dime de una puta vez qué pasó. Es imposible que me liase contigo. Aunque estuviese borracho, me habría acordado de Lea. Estoy enamorado de ella.

—Eso no es lo que decías anoche mientras estabas dentro de mí.

¡No, no, no, no! No puede ser, esto es una pesadilla.

—Blake, no me jodas, en serio. ¿Lo dices de verdad? ¿Anoche nos acostamos?

Blake se acerca a mí y me susurra al oído:

—Sí.

► **CANCIÓN: *Fight* – Lee DeWyze**

Lea

No paro de llorar. Han pasado dos días y no puedo parar. Karen me trae la comida a mi cuarto mañana, tarde y noche; y Olivia tiene la entrada prohibida por una temporada. No soy buena compañía ahora mismo. Tocan a la puerta.

—Lea, soy Denise.

Me levanto de la cama, abro sin mirarla y la dejo entrar en mi leonera.

—Joder, Lea, hueles fatal.

—Cierra —le digo, volviendo a la cama.

—¡Ah, no! No vas a volver a tumbarte, hablemos. ¿Estás segura de que lo hizo? ¿Qué digo? Claro que lo hizo, es Rivers. No puede pasarse ni dos semanas sin follar, bastante aguantó contigo...

—Denise, no estás ayudando. ¿Qué quieres?

—Que te duches y me acompañes a una fiesta. —Me enseña un vestido rojo que escondía tras la espalda—. Tú y yo vamos a ligar esta noche.

—Gracias, Denise, pero no tengo ganas. Vete, por favor.

—¿Estás echando a la primera persona que te habló en el colegio?

—Tú no fuiste la primera, fue Anna. Pero sí, te estoy echando. No quiero hablar con nadie. — Pongo las sábanas sobre mi cabeza y oigo la puerta cerrarse. Por fin un poco de tranquilidad.

Qué tonta he sido. Enamorarme del chico malo de Willport, el chico inalcanzable que yo pensaba que conmigo iba a ser diferente, no iba a salir bien. Lo peor es que todavía me quedan seis meses en este sitio. Menos mal que no le conté nada a mi familia, si no, estarían cogiendo un vuelo para tener unas palabritas con él. Quizás, así podría irme antes. ¿Por qué me fie de él? ¿Cómo ha podido hacerme esto?

Me destapo. Denise sigue delante de mí, sujetando otro conjunto de ropa.

—Si no quieres ir a la fiesta, está bien. —Me abraza—. Estás pasándolo fatal, lo sé, pero en casa no lo vas a superar. Hazme el favor de darte una ducha, lavarte el pelo y ponerte esto. —Me tira unos vaqueros y una camiseta que ha cogido de mi armario—. Nos vamos a dar una vuelta para que te despejes. No es bueno que estés en la cama todo el día.

Tiene razón, James no se merece que esté en casa metida, llorando por él. Cojo la ropa.

—¿Me das media hora? Llevo dos días sin tocar el agua.

—¡Claro! Lo que necesites, te espero aquí.

Salimos a dar un paseo. Todo me recuerda a él, al fin y al cabo, lo conozco desde el día que llegué a Willport. Es increíble cómo puedes querer tanto a una persona y, un segundo después, odiarla. Nunca en mi vida me habían hecho este daño. Karen dice que es mi primer amor. Con el tiempo se me olvidará y encontraré al chico idóneo para mí. Sabiduría de la vida, me decía que era.

Me encantaba como era, lo bien que nos llevábamos y lo que me hacía sentir. No había mejor plan que pasar la tarde juntos. Aunque solo habláramos, él conseguía que fuera especial; todos los días eran especiales con James.

—Lea. —Denise me regresa a la tierra. Dios, tengo que dejar de pensar en él.

—¿Sí?

—Tenemos que irnos.

—¿Por qué?

Sigo su mirada. James viene directo hacia mí. ¡Ah, no! No pienso hablar con él y que me vea llorar. Damos la vuelta. Lo oigo correr.

—¡Lea! Espera un momento, por favor, *babe*.

Pero ¿qué se cree este tío? Le lanzo mi peor mirada.

—*Babe?* ¿De verdad? ¡No tienes derecho a llamarme así después de lo que has hecho! ¡¿O es que vienes a decirme que no lo has hecho?! ¡Que la tía estaba saliendo de tu casa y con la ropa interior en la mano! —grito en medio de la calle. Me da igual que se entere todo el pueblo. Denise está detrás de mí. Me toca la espalda para que sienta su apoyo. Se lo agradezco. Necesito su fuerza ahora mismo.

—No lo sé, Lea, si te soy sincero, no sé si lo hice. No lo recuerdo, estaba muy borracho. Blake dice que sí, pero yo no puedo creerla porque...

—¡Para, por favor! Para ya. —No aguanto más. Intento contenerme, pero no lo consigo, me caen las lágrimas delante de él.

Denise me agarra y camina conmigo. Pero antes de alejarnos, se gira y le dice a James:

—¡Como te vuelvas a acercarse a ella, te mato, pedazo de cabrón!

Han pasado dos meses desde la última vez que lo vi. Es verdad que el tiempo lo cura todo. Estoy mejor, mucho mejor, pero no me olvido de él. Gracias a Dios, casi no lo veo, y eso que el pueblo no es muy grande. Es una suerte que vayamos a colegios diferentes y Karen nunca me lleve al restaurante. Entre semana, leo y juego con Olivia. He salido un par de fines de semana con las chicas, aunque ya no es lo mismo, no tengo aquella ilusión. El otro día estuve hablando un buen rato con un chico que era encantador, Mike. Pero todo se estropeó cuando Dy nos saludó. Me preguntó de qué lo conocía y salió el tema de James. Se me quitaron las ganas de hablar con él.

Hoy es diecisiete de marzo, mi cumpleaños. Esta mañana lo he celebrado con Karen, Mr. Martin y Olivia. Han decorado la casa con globos y hemos desayunado tarta. Nunca podré agradecer lo suficiente la familia que me ha tocado. Karen se ha convertido en una segunda madre para mí y Olivia es la niña de mis ojos; no dejo de pensar en que no la veré crecer. Hasta Mr. Martin y yo nos hemos hecho buenos amigos y le estoy enseñando un poco de español.

También es el día de St. Patricks. Aquí se celebra mucho, aunque no estemos en Irlanda. Es viernes y Open Mic Night en una cafetería de Newport. Mis amigas y yo cenamos mientras escuchamos a la gente cantar. No me quiero arriesgar a ir a una fiesta y encontrarme con James. Arruinaría mi decimoctavo cumpleaños. Así que, aquí estamos, riéndonos de los gorros verdes que nos han puesto. No necesito más. Esto es perfecto, justo lo que me apetecía.

—Chicas, la semana que viene es el *spring break*. ¿Qué vais a hacer? —pregunta Anna.

—Yo me voy con mis padres a South Carolina, a ver a mi familia. Si no hace malo, iré a la playa. ¡Yuju! Además, con todos los universitarios. ¡Va a ser lo más! —dice Mia con gran emoción.

—A mí no me dejan ir a ningún lado porque he suspendido una, debo estudiar todas las mañanas. Al menos, me dejarán ir a la fiesta del cumple de Marc —dice Denise—. ¿Y tú, Lea? ¿Estarás por aquí?

—No lo sé, me imagino, porque Karen no me ha dicho nada. La verdad es que me vendría bien desconectar. Pero ¿a dónde voy a ir? Tengo que quedarme con ellos.

—Vente conmigo a Montauk. Voy a visitar a mi padre. Si vienes, será más divertido. Te enseñaré

los Hamptons, el paraíso de los ricos; te gustará seguro —dice Anna.

Sus padres están divorciados y pasa las vacaciones con su padre. Quizás Karen me deje. Vamos a estar con un adulto y así salgo un poco del pueblo y conozco a gente nueva.

—No es mala idea, Anna, se lo comentaré a Karen —le digo, y bebo mi batido.

—¡Sí, díselo! ¡Estaría genial! ¡Podemos hacer mil cosas allí!

James

Me he venido a Nueva York a pasar el *spring break*, necesitaba desconectar. Además, he hablado con Rick para grabar en el estudio de mi padre algún tema de los que he compuesto. Todos son sobre Lea, no me he olvidado de ella. Sigo enamorado y nunca tuve la oportunidad de decírselo. Me gustaría volver atrás y hacer que las cosas fueran diferentes, pero no puedo. Así que solo me queda pasar la noche en este bar del East Village con mi amigo de siempre y cerveza en mano, viendo a las chicas pasar. Es nuestro lugar de encuentro habitual, ya que no revisan los carnés y está lleno de estudiantes.

—¡J.! ¿Me estás oyendo? —me pregunta Jordan, haciéndome gestos.

—No, ¿qué?

—Esa tía lleva mirándote desde que hemos llegado. Está buenísima, tíratela.

—No me apetece.

—¿Que no te apetece? ¿Estás loco? ¿La estás viendo? ¡Es una diosa! Tío, esa tía europea te ha comido la cabeza. *Caput, finito*, o como se diga. Supéralo y vete a hablar con la diosa.

No le falta razón. No he salido con nadie desde Lea, he de retomar mi vida. Ella no quiere estar conmigo. Joder, ni siquiera me habla y, en menos de tres meses, estará en otro continente. Eso si no está ya con otro tío.

—Voy a hablar con ella. No me esperes, ¿vale?

—¡Sííí, por fin el J. de toda la vida! Sin problemas, tío, suerte.

Me acerco a la diosa, está en la barra con dos amigas. Es rubia, con un cuerpo de escándalo y unos labios rojos que no deben de quedar mal sobre mi cuerpo. Puede que sea modelo, no me extrañaría que haya venido a eso a esta ciudad. Cuando estoy a su lado, la miro y le digo:

—Llevas aquí un rato, me he fijado.

—Yo también en ti, estabas ahí sentado con tu amigo. —Señala a Jordan.

—¿Quieres tomar algo?

—¿Qué tal unos chupitos? —contesta ella.

—Perfecto.

Llama a la camarera y pide dos vodkas negros. Nos los sirve y le doy uno a la rubia.

—No me has dicho tu nombre, yo soy James.

—Peyton —me dice mientras me da la mano. Brindamos y los terminamos de un trago—. ¿Otro? A este invito yo. —Le hace un gesto a la camarera para que nos traiga lo mismo.

Nos los tomamos y me acerco más a ella.

—Dime, Peyton, ¿eres de la ciudad?

—No, soy de Michigan. He venido a hacer carrera de modelo.

¡Lo sabía! No podía ser de otra manera con ese cuerpo.

—¿Y has tenido suerte?

—Te he encontrado a ti.

Directa. Me gusta. No quiero perder tiempo. Los dos sabemos cómo va a acabar esto.

—¿Quieres que nos vayamos a otra parte? —Le tiendo la mano. La coge y asiente con la cabeza.

Mira a sus amigas para avisarlas de que se va y yo también miro a Jordan, que está atento a la jugada. Sonríe y sigue hablando con una chica que se ha sentado con él.

Salimos del bar y Peyton se lanza sobre mí. Me besa, pero no siento nada. Necesito que estemos

solos y me ayude un poco, porque así no va a funcionar.

—Vamos a la vuelta de la esquina, hay menos gente. ¿Te parece?

—Genial, porque, para lo que tengo intención de hacerte, prefiero que no haya nadie —me dice, tocándose el culo.

Nada.

Llegamos a un callejón y enseguida vuelve a tirarse sobre mí.

—¿Sabes que estás buenísimo? No te he quitado ojo desde que has llegado. Quiero ver qué hay debajo de esa ropa.

Joder, esta chica va rápido, pero quizás es lo que me hace falta ahora.

—Tú tampoco estás nada mal, miss modelo. —Trato de entrar en la dinámica—. ¿Por qué no me enseñas cómo desfilas en ropa interior? —Le ayudo a desabrocharse la camisa.

—Si tú te la quitas también. —Me quito la camiseta en un momento y ella me toca. Sigo sin sentir nada—. Esto sí es un cuerpo y no lo de mi novio.

Espera. ¿Ha dicho novio? Dejo de besarla y la miro:

—¿Tienes novio?

—Sí, pero tranquilo, está en Michigan. —Termina de desabrocharse la camisa.

Sí, tiene un cuerpo perfecto de modelo, pero a mí no me gusta. Sus pechos, muy pequeños, y puedo ver sus costillas marcadas. Me empieza a abrir el pantalón y la paro con la mano.

—¿Qué pasa? ¿No quieres?

No sé lo que me pasa. Antes, me hubiese tirado a esta tía en el callejón sin que me importara su novio, pero ahora ya no. No me siento bien haciéndolo y ella no me gusta.

—No, y tú tampoco deberías. Si tu novio se entera de esto, te dejará. Plantéatelo. —Me pongo la camiseta y me voy.

—¿Te vas? ¡Eres un gilipollas! —Me grita mientras me alejo.

Seré un gilipollas, pero, al menos, no me tiro a la gente si estoy con alguien. Miento. No lo haría nunca más si Lea me perdonase.

► **CANCIÓN: *Stitches* – Shawn Mendes**

Lea

Montauk es precioso, no parece que estemos en Estados Unidos, sino en Noruega. Hablo como si hubiese estado en Noruega, y no es el caso, me refiero a que todo gira en torno al mar. Incluso vinimos hasta aquí en ferri desde New London, que está cerca de Willport.

Ayer recorrimos East Hampton y no le faltaba razón a Anna: es el paraíso de los ricos. Mansiones impresionantes al borde de una playa preciosa de arena blanca y todo tipo de lujos en un pueblo minúsculo. Según me contó, los fines de semana, a partir de primavera, hay autobuses desde Nueva York casi cada hora. Si yo tuviera una casa aquí, también vendría en cuanto se me brindara la oportunidad.

Hoy hemos disfrutado de las vistas desde el faro, son espectaculares. Me lo estoy pasando muy bien. Con Anna siempre me he llevado genial, pero ahora estamos afianzando nuestra amistad. Sé que cuando vuelva a casa seguiré hablando con ella porque es una buena amiga. Su padre ha sido encantador desde que llegamos. Desayunamos con él cada día y luego se va a trabajar mientras nosotras hacemos alguna visita o vamos a la playa. Por la tarde, cenamos juntos otra vez. Tiene una empresa de alquiler de coches y en esta época hay mucha demanda, pero está constantemente llamándonos y pendiente de lo que necesitemos.

Estamos hablando en la cama cuando suena mi teléfono. Son las once y media de la noche, ¿quién me llama a estas horas? Denise. Descuelgo. Se oye muchísimo ruido de música y gente.

—¿Lea? Lea, ¿me oyes? Yo no te oigo.

—Sí, pero mal —le digo sin levantar demasiado la voz para no despertar al padre de Anna. Seguro que está borracha y nos quiere contar que le gusta alguien nuevo.

—Espera, salgo de la fiesta. Tengo que hablar contigo con urgencia.

Le repito a Anna lo que me dice Denise y pongo el altavoz del teléfono.

—¿Hola? ¿Me oyes mejor ahora? —pregunta Denise.

—Sí. He puesto el altavoz, estoy con Anna.

—Hola, Anna. ¿Cómo estáis? Bueno, luego me contáis, que hay noticias importantes. Estaba hablando con un tío guapísimo y, de pronto, ha aparecido la puta de Blake, borracha, y ha empezado a ligar con él. Al final, ha conseguido que el tío se vaya. Y ya me ha tocado las narices.

—El estómago se me hace un nudo. No quiero saber nada de Blake—. El caso es que le he dicho que basta ya de jugar así de sucio, que tenga un poco de dignidad y se busque un hombre que le quiera a ella y deje de meterse en relaciones ajenas, que por qué se lía con tíos con novia cuando hay mil disponibles. —Me gusta que Denise se lo haya explicado, pero no me apetece escuchar esto. Ella sigue—. Total, que estaba yo ahí, erre que erre, y se me ha puesto a llorar. Que lo siente, que ella está enamorada de James y creía que, si se quedaba libre, conseguiría volver con él, pero que se había inventado todo. Que no se habían acostado, que James, prácticamente inconsciente, le había dicho que no, que él estaba con Lea.

Anna no para de mirarme, Denise sigue hablando y yo estoy dentro de una burbuja. No me puedo creer que haya sido tan idiota de fiarme de una chica que no conozco antes que de James. Y no pienso más, solo reacciono:

—¿Dónde se cogen los billetes del autobús que va a Nueva York? Me ha dicho Karen que James pasa estos días en casa de su madre. Tengo que hablar con él.

—¡Yuju! —grita Denise por el altavoz.

—¿En serio quieres ir a Nueva York a hablar con él? —me pregunta Anna, sorprendida.

—Sí.

—¿Por qué no esperas a verlo en Willport?

—Quiero verlo y hablar con él antes que Blake. Yo no he hecho más que darle la espalda, necesito decirle que sigo enamorada de él. Demostrárselo antes que ella pueda pedirle perdón por mentirle. Quiero a esa tía lejos de cualquier artimaña que se pueda inventar ahora. Esperar a verlo en Willport está descartado. No puedo volver a perderlo, Anna —respondo, emocionada. Se me caen las lágrimas.

Anna se queda pensada. Luego, coge el ordenador y me dice:

—Miremos esos billetes de autobús, entonces.

A la mañana siguiente, lo primero que hago es llamar a Karen para contarle lo de James y que voy a ir a Nueva York a hablar con él. Me dice que no, que lo llame o espere a verlo en casa. Lo siento mucho, pero no me deja, no le gusta la idea de que vaya sola. Hablamos un buen rato. Le insisto en lo importante que es para mí y le prometo que me van a llevar al autobús. Consultamos a qué distancia está la parada de la dirección de James. Me sorprende ver que quedan muy cerca, con lo grande que es Nueva York. Karen no está convencida, pero me dice que va a avisar a Amy para que estén en casa cuando llegue y me da todos los números de teléfono para localizar a Amy: el del móvil, el de su *loft* y el del vecino (que no entiendo para qué, pero yo lo apunto, bastante que me está dejando ir). Lo que sí le he dicho es que le pida a Amy que nos guarde el secreto.

El padre de Anna se ha extrañado de que me vaya tan pronto sin dar explicaciones. Creo que ha pensado que Anna y yo hemos discutido, pero no me parecía correcto contarle la historia de Blake, así que he dejado que creyera lo que fuera.

Monto en el autobús a las tres de la tarde. Lo he hecho todo tan rápido que no me he parado a pensar qué le voy a decir al llegar. ¿Y si no quiere estar conmigo? ¿Y si no le gusta ya? ¿Y si está enfadado? ¿Y si tiene novia? O, peor aún, ¿y si está en casa con su novia? Madre mía, esto es una locura. En mi vida he sido impulsiva. Al contrario, examino todo al milímetro. Me viene de familia. Pero no podía quedarme de brazos cruzados.

Estoy mejor, pero no me he olvidado de James, nunca había sentido esto por nadie. Lo quiero y, ahora que sé que no lo hizo, no me perdono no haberle creído. James intentó aclarar la situación, pero nunca quise escucharlo. Solo le colgaba el teléfono, le gritaba y le llamaba hijo de puta. Dios, será un milagro si me perdona. Al menos, ahora estoy luchando yo.

Dos horas y media después, estoy en Nueva York. La ciudad me impresiona. Tantos rascacielos en una isla... Me bajo en Lexington Avenue. Hay mucha gente y mucho ruido. Parecemos hormiguitas yendo de un lado hacia el otro, casi todos a ritmo de maratón. Pongo la dirección de James en Google Maps para que me guíe. Me marca que está a diez minutos. Camino admirando las calles. Tal vez esta sea mi única oportunidad de estar en esta gran ciudad.

Giro por el callejón que me indica Google Maps. Me extraña que me lleve por aquí porque no hay nadie, solo contenedores de basura. Según el móvil, estoy a tres minutos de su casa. Al fondo, veo otra calle principal por la que pasa gente. Es la de James, él vive en el número 814. Supongo que me marca este camino porque es el más corto. Hago caso a Google Maps. No voy a ir de lista, que no conozco nada de Nueva York.

Sigo adelante, mirando la pantalla para asegurarme de que me estoy moviendo por la calle correcta.

—¿Estás perdida? —Se acerca a mí un hombre con mala pinta. Trato de correr, pero es demasiado tarde. Me agarra de la muñeca y me quita el móvil. Yo intento huir, pero me golpea y caigo al suelo.

James

Estoy en la cocina comiendo las sobras de ayer y mi madre no para de dar vueltas por la casa mirando el reloj.

—¿Qué haces, mum? Me estás poniendo nervioso ¿Vas a algún lado?

Ella me mira con preocupación.

—No, no, qué va, no me voy, pero estoy esperando algo que tenía que haber llegado hace rato.

—¿El qué?

Mi madre no contesta, vuelve a mirar el reloj y suena el timbre de la puerta de arriba. Ella sonríe.

—Ya ha llegado tu paquete. ¿Estás tranquila?

—Sí. Voy a llamar por teléfono para avisar de que ya está aquí. Abre tú. —Se va hacia su cuarto.

—*Mum*, de verdad, tienes que salir más, te estas quedando un poco tocada.

Voy a la entrada riéndome y abro. La sonrisa se me quita de golpe.

—¡Lea! ¿Qué haces aquí? —Está cubierta de barro y su mano sangra—. ¿Qué te ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto?

¡Estoy a punto de salir y matar al que la haya tocado!

Ella no contesta, solo mira al frente, como si estuviera en *shock*.

—Lea, dime que estas bien por favor, háblame.

—Estoy bien. —Su voz bajita me asusta un poco.

La agarro de la mano y la llevo a la cocina. Cierro la puerta. La siento en una silla.

—Dime qué te ha pasado, por favor.

—Me han robado —susurra.

—¿Estás bien? Déjame ver por dónde sangras. —No dice nada. Le aparto la chaqueta y veo que tiene una herida pequeña en la mano—. Es un rasponazo, vamos al baño.

Caminamos hacia allí cuando mi madre emerge desde su habitación.

—Lea, te estaba esperando. —¿Esperando? ¿Cómo esperando?—. ¡Lea! ¿Estás bien? —Pero ella no le contesta, solo asiente.

—*Mum*, vete.

—¿Cómo me voy a ir? ¿Qué le ha pasado? ¿La llevamos a un médico?

No puedo lidiar con ella ahora. No cuando Lea está delante de mí después de dos largos meses.

—*Mum!* Vete, por favor, es solo una herida, yo me encargo. —Mi madre no se mueve así que me acerco a ella—. No voy a dejar que le pase nada. Le han robado, está nerviosa y asustada, pero la herida es pequeña. Solo necesita limpiarse, unas tiritas y descansar. Déjame a mí, por favor, necesito hacer esto yo.

Mi madre asiente con ojos tristes, le dice a Lea que si necesita algo que le diga y nos deja solos. Pasamos al baño y le quito la chaqueta. Está cubierta de barro. El pelo, la cara, los pantalones. Pongo el agua caliente y el tapón para que se llene la bañera.

—Primero tienes que lavarte. Voy a ayudarte a quitarte la ropa, ¿vale? Si prefieres hacerlo sola, me parece bien; pero, si quieres, te ayudo. —Lea me mira a los ojos por primera vez desde hace ni sé el tiempo y el mundo se viene arriba—. ¿Te ayudo a quitarte la ropa, *babe*?

Lea asiente con la cabeza y le desabrocho la camisa. Le quito las botas y empiezo a

desabotonarle el pantalón. Su respiración se acelera y la mía también. Cuando la tengo en ropa interior delante de mí, la contemplo. Se me había olvidado lo guapa que es. La abrazo porque no sé qué más hacer y porque realmente me apetece. Me quedaría así toda la vida, pero tiene que bañarse.

—Te voy a quitar el sujetador, ¿vale? —Asiente y se gira para que lo haga mientras ella se baja las braguitas. Se vuelve a dar la vuelta. No puedo parar de mirarla. Nunca la había visto completamente desnuda y es perfecta—. Ya sé que no es el momento de decirlo, pero eres preciosa. —Le acaricio la cara.

Cuando aparto la mano, ella la coge y la coloca de nuevo en su cara.

—No lo hiciste.

No es una pregunta, es una afirmación, y sé a lo que se refiere. La agarro por la cintura.

—Lo sé, Julieta, lo sé. —Lea me mira extrañada—. Me ha llamado Carlos esta mañana; oyó que Blake se lo contaba a Denise. —Lea asiente y mira hacia abajo. Le levanto la barbilla con la mano—. Había pensado en llamarte, pero prefería decírtelo cara a cara. Ya hablaremos de eso, ahora tienes que lavarte para que te cure la herida.

Me mira a los ojos y me dice:

—Báñate conmigo.

Esto sí que no me lo esperaba.

—¿Estás segura?

Vuelve a asentir. Me quito la ropa en cuestión de segundos. Contemplamos nuestros cuerpos desnudos. Es la primera vez que estamos así. Si no fuera porque le acaban de robar, la sentaría en el lavabo y le diría lo preciosa que es una y otra vez. Pero, en vez de eso, le ofrezco mi mano:

—¿Vamos?

Nos metemos en la bañera. Lea apoya su espalda en mi pecho.

—Lea. —Cuando gira la cabeza para mirarme, le digo—: Te quiero. —Y la beso.

Nuestro beso es perfecto, tal y como los recordaba: tierno al principio y feroz al final. No puedo parar de besarla, ha pasado demasiado tiempo. Desciendo por su espalda. Mis labios se acomodan en su hombro. Deseo recorrer todo su cuerpo, pero ahora no debo.

—Hazme el amor, James.

¿Qué? ¿Pero qué dice? Está en *shock*. Ni loco hago que pierda la virginidad así.

—Julieta, no digas tonterías. Te quiero muchísimo y me muero de ganas, pero no lo vamos a hacer. No es ni el momento ni el lugar.

—Pero...

—Lea, por favor, déjalo. Nos bañamos, te curo la herida y te vas a dormir. Lo que tengamos que hablar lo hablamos mañana, cuando estés descansada, ¿vale?

—Vale.

Terminamos de bañarnos y la ayudo a secarse, aprovechando para tocarla un poco. Ella se da cuenta y sonrío. Joder, cómo echaba de menos esa sonrisa.

—¿No quieres hacerme el amor, pero sí tocarme? —me pregunta. La tapo con la toalla y la envuelvo con mis brazos.

—Para tu información, no hay momento del día en el que no quiera tocarte.

La vuelvo a besar. Esta vez se convierte en un beso húmedo, como los que nos hemos dado tantas veces y han acabado en algo más. Pero antes de que lleguemos a eso. Curamos la herida mientras nuestras miradas se pierden la una en la otra. Le presto una camiseta y un pantalón y nos metemos en la cama. Se apoya en mi brazo

—James.

—Dime, preciosa. —contesto mientras juego con su pelo.

Lea se gira para ponerse frente a mí.

—Yo también te quiero.

Y es genial escucharlo.

Lea

Me despierto apoyada en un cuerpo. Abro un ojo y veo que es James. Recuerdo lo que me pasó ayer: la llamada de Denise, el viaje a Nueva York, el hombre que me robó y, sobre todo, el reencuentro con James. Ese cosquilleo al mirarnos, esa electricidad al tocarnos y ese deseo al besarnos. Y el «te quiero».

Dios, me encanta este chico. Empiezo a darle besos por el pecho desnudo, que me vuelve loca, y James se despierta.

—*Hey* —dice con los ojos aún cerrados y se frota la cara. Es guapísimo. Abre los ojos despacito—. Buenos días, preciosa. Esperaba que lo de ayer no fuera un sueño. Has vuelto. — Bosteza y me acaricia la cara con las yemas de los dedos.

—No es un sueño. Estoy aquí —le digo con una sonrisa.

Me agarra por las caderas y me coloca encima de él para darme un beso suave. Echaba de menos esta intimidad con James. Añoraba sus abrazos, sus caricias y sus labios sobre los míos. Y ahora quiero más. Lo beso debajo de la oreja.

—Lea... —susurra, y su respiración se acelera.

—Dime. —Sigo dándole besos por el cuello.

—Julietta, me encanta lo que estás haciendo, llevaba semanas deseando este momento, pero para, por favor, porque yo no voy a poder contenerme y estamos en casa de mi madre. ¿Y si entra ella o Sophia...?

Tiene razón, sería embarazoso que se abriera la puerta ahora. Me aparto.

—Es verdad, vayamos a saludarlas, que ayer no les hice ni caso y hace meses que no las veía.

Me agarra por la cintura para girarme. Estamos los dos de costado en la cama y clava su mirada en la mía con deseo.

—Luego vamos con ellas, te lo prometo, pero déjame primero disfrutar de tu compañía un rato. Anda, ven. —Extiende el brazo para que me apoye sobre él.

Miramos el techo mientras James juega con mi pelo. Recuerdo cuando Amy vino en Acción de Gracias a casa de Karen...

—¡Karen!

—¿Karen qué? ¿Qué pasa? —James se incorpora.

—Que no tengo móvil, me lo robaron ayer. ¡Igual me ha estado llamando! ¡Mierda! ¡Me va a matar! ¿Qué le digo ahora? Cuando hablé con ella desde Montauk, le prometí que la llamaría al llegar.

—¿En Montauk? ¿Estabas en Montauk? ¿Qué hacías allí?

—Fui con Anna a pasar el *spring break* con su padre.

James asiente y me pregunta:

—¿Y viniste desde allí sola?

—Sí, James, pero luego te lo cuento. Debo llamar a Karen. ¿Dónde está tu móvil?

—En la mesilla, cógelo.

Pasamos el día caminando por la gran ciudad. ¡Es una pasada! Primero hemos comprado una

tarjeta telefónica para un móvil que me ha dejado James hasta que tenga uno nuevo; hemos desayunado en una cafetería con mil tipos de cereales y ahora nos vamos hacia el parque, mirando los escaparates de las tiendas.

Mañana regresamos a Willport. Karen está molesta conmigo. Amy le informó ayer de que había llegado y me habían robado, pero me encontraba bien. Sin embargo, a Karen le decepcionó que no la llamara yo. Tendré que compensarla. Igual hago de niñera de Olivia o cocino yo las cenas hasta junio. No sé, pensaré algo. Aun así, en el fondo sé que se alegra de verme feliz junto a James.

Amy también es un encanto. Me ha dicho una y otra vez lo contenta que está por nosotros, que, desde que lo dejamos, James no levantaba cabeza. No creo que fuera para tanto, pero agradezco sus palabras. Recuerdo lo nerviosa que estaba antes de conocerla, por si no le gustaba. Sophia es otra historia. No es que sea antipática, pero solo hace caso si hablamos de maquillajes y de música.

Nos sentamos bajo un árbol en Central Park. Me apoyo sobre James, que me agarra por la cintura. Me da un beso en el cuello y me dice:

—No quiero que te vayas.

—¿A dónde? —¿Habla de mi casa o de Willport? Me giro para verle la cara.

—A Bilbao. Quiero que te quedes aquí conmigo, pero no sé cómo conseguirlo. Si fuésemos más mayores y tuviésemos unos buenos trabajos para mantenernos, te pediría que te casases conmigo, pero la vida que tendríamos ahora no es la que te mereces.

Me quedo boquiabierta. ¿De verdad James siente algo tan fuerte por mí?

—¿Lo dices en serio?

James me coge la cara con las manos.

—Julieta, te quiero muchísimo. Estos dos meses han sido una agonía. Ya no me gustan los días sin ti. Podría irme contigo y estudiar música allí, pero no me admitirían en ninguna escuela de música buena sin hablar el idioma. No se me ocurre qué hacer para no separarnos.

Hay una posibilidad. Me doy cuenta de que él no la sabe porque iba a decírsela cuando llegué después de vacaciones, pero con el fiasco de Blake, nunca lo hice.

—Tengo que contarte algo. En Navidad hablé con mis padres... —James no contesta, solo levanta una ceja para indicarme que continúe—. Llevo un tiempo pensando en estudiar el grado de Relaciones Internacionales en inglés. Lo imparten en la Universidad de Deusto en Bilbao, pero piden un nivel de inglés muy alto. Hay que pasar un examen; para aprobarlo, mis habilidades lingüísticas deberían ser mejores.

—Me parece buena idea lo del grado en Relaciones Internacionales, es el idóneo para ti. Estoy seguro de que, si preparas ese examen, lo pasas. Yo te podría ayudar, pero...

—Espera, no he terminado. —Le tapo la boca con la mano—. También les enseñé las fotos de Harvard y les conté lo bonita que es. Mi padre es muy curioso y siempre se está informando, ya sabes que es investigador. Sin decirme nada, miró los cursos de Harvard. Resulta que hay un instituto de inglés para que los extranjeros perfeccionen el idioma. —A James se le ilumina la cara, pero espera a que yo acabe—. Me propuso estudiar aquí un año para sacarme el título que me piden en Relaciones Internacionales. Dijo que sería una buena oportunidad y una gran experiencia para mí. Si me admiten, pasaría un año en Boston —digo, sonriéndole.

James me abraza, me da un beso en los labios y pega su frente a la mía:

—Lea, por favor, dime que vas a aprovechar esa oportunidad. Sería fantástico. Aunque no me admitieran en Berklee, me iría allí contigo.

—Hasta ayer, la había descartado. Pensaba apuntarme en alguna academia en Bilbao y prepararme allí. No sé si aún estoy en plazo para matricularme o si mis padres están todavía por

la labor de pagarlo.

—Si tienes la posibilidad de hacerlo, ¿tú quieres? —me pregunta James, serio.

—Sí y no. Por una parte, sé que es una gran oportunidad estudiar en una de las mejores universidades del mundo, aunque solo sea un curso de inglés. Pero, por otra parte, después de lo que me costó recuperarme de lo que pasó con Blake, tengo miedo de estar un año más contigo, porque la despedida, que tarde o temprano llegará, será durísima.

Es la primera vez que sale el tema de Blake desde ayer. James me acaricia el brazo.

—No pasó nada con Blake y nunca pasará nada así. Te voy a ser fiel siempre, por el simple hecho de que no hay ninguna chica que me guste más que tú. Quería que lo supieras. En cuanto a lo de Harvard, sí, es una buenísima oportunidad, y sí, será mucho más duro separarnos después. Pero prefiero vivir ese año contigo. ¿Quién sabe? Igual soy yo el que aprende español para irme a Bilbao. Solo dime que lo vas a pensar —dice mientras me acaricia.

—¿Vas a estudiar español? —le pregunto, extrañada. Nunca ha comentado nada sobre eso.

—Si tú te quedas un año más, sí —dice con firmeza.

No quiero tomar una decisión precipitada. Acabamos de volver a estar juntos y ni siquiera sé si me admitirán.

—Sí, me lo pensaré.

James

Hace una semana, me llegó el sobre de Berklee. Estoy admitido. Todavía no me creo que vaya a estudiar en el mismo centro que mi padre. Voy a disfrutar aprendiendo lo que más me gusta. Pasaré los próximos años en Boston. Será una experiencia increíble vivir en una ciudad tan importante para la música y llena de conciertos.

Lea ha hablado con sus padres. Si la admiten en la universidad, pagarán el curso y su estancia en Boston durante ese tiempo, pero ella todavía no se ha decidido. Por eso he preparado un día completo de lo que sería nuestra vida el año que viene si se queda. He convencido a Karen para que me deje ir con Lea a Boston y volver mañana, antes de cenar. Desayunaremos en uno de los cafés de Harvard Square, como dos universitarios más, haremos una visita guiada por la universidad y, por la tarde, le enseñaré una academia en la que dan clases de español para que vea que yo también quiero aprender, que voy en serio. La noche la pasaremos en un estudio que he reservado en la zona de Cambridge.

Son las nueve de la mañana cuando llamo a su casa y encuentro a Karen desayunando. Me dice que Lea está todavía dormida, así que subo a despertarla. El cuarto está a oscuras, pero unos rayitos de luz iluminan su preciosa cara. Me meto en la cama y le doy un beso. Lea mueve los labios, se está despertando. Joder, lo hubiera hecho de una manera mucho más gratificante, pero no quiero que nos pillen; Olivia podría entrar en cualquier momento. Lea abre un ojo, susurra mi nombre y me devuelve el beso. Mientras le acaricio la espalda y ella se acomoda en mí, le digo:

—Julieta, vístete, que tenemos que irnos.

Lea me mira, confundida:

—¿Adónde?

—Es una sorpresa, vamos, levanta. Coge una mochila con ropa para cambiarte, que no volvemos hasta mañana.

—¿En serio? ¿A dónde vamos?

—No te lo voy a decir, así que no hagas más preguntas. —Le guiño un ojo.

—Vale, vale... ¿Me puedo dar una ducha primero? —pregunta, saliendo de la cama.

—Sí, pero date prisa. Te espero abajo.

Estamos entrando en la ciudad cuando Lea me pregunta:

—¿Vamos a Boston?

Parece decepcionada. Mierda, creo que la he liado...

—Sí, he pensado pasar el día haciendo lo mismo que haríamos el año que viene, si decides quedarte. —Temo su reacción. Todos mis miedos se van en cuanto sonrío.

—Me gusta la idea. —Mira a su alrededor—. ¿Y dónde vamos a dormir?

—Paciencia, Julieta, ahora lo verás.

El GPS indica que hemos llegado a nuestro destino. Es una casa típica de Cambridge, de tres pisos y balcones en los lados. El dueño me ha dicho que dejaría las llaves en la tienda de electrodomésticos que hay enfrente. La diviso y le digo a Lea que espere un momento. El señor me las da y me pide que mañana las deje dentro, que ya las recogerán.

Vuelvo al coche, a por Lea, y cojo nuestras mochilas. Subimos las escaleras exteriores hasta el último piso. El estudio es tal y como había visto en las fotos: en un lado, hay una *kitchenette* con una barra; en el otro, una cama de matrimonio y una puerta que da al baño. Lea mira alrededor y se sienta en la cama.

—Ya sé que es poca cosa, pero será suficiente para dormir y ducharnos mañana. No te sientes, que nos vamos. —Le ofrezco la mano.

Lea se acerca y me da un beso.

—¿Juntos? —me pregunta, sonriendo con pillería.

Me he perdido. ¿De qué habla?

—¿Juntos qué?

—Que si nos vamos a duchar juntos.

¡Ah! Joder, ha aprendido rápido, ahora es ella la que me ruboriza a mí. La agarro por la cintura, le doy un beso y le digo:

—Si tú quieres, claro.

Lea me toca por debajo de la camiseta.

—¿Dónde vamos ahora? ¿No podemos quedarnos un rato? —Levanta una ceja.

—Dentro de un par de horas, haremos una visita guiada por Harvard. Había pensado en desayunar por Cambridge, como los universitarios.

Lea empieza a desabrocharme el pantalón.

—No tengo hambre, quedémonos aquí.

Ya me ha abierto el pantalón y está palpando. Joder...

—Julieta... Vale, nos quedamos, pero no vayas tan deprisa; si no, no podré controlarme.

—No quiero que te controles, quiero que llegemos hasta el final. —Me clava los ojos.

Le quito las manos del pantalón y se las pongo en mi cintura.

—Lea, no tenemos que hacer nada. —Tomo su cara entre mis manos—. No he venido aquí para eso. —Algo malo he debido decir porque me mira enfadada y se sienta en la cama, cruzando los brazos. Me apoyo a su lado y le pregunto—: ¿Qué te pasa? ¿Qué he hecho?

—No es lo que has hecho, sino lo que no has hecho ni quieres hacer conmigo.

—¿De qué hablas? —No me entero de nada.

—Pues que hace tiempo que he decidido hacer el amor contigo porque te quiero. Me quede o no me quede, quiero que tú seas el primero. Sin embargo, siempre me frenas. Odio competir con tu pasado. Sé que soy inexperta y, tal vez, haga las cosas mal, pero si tú no me enseñas, no voy a mejorar nunca.

—Pero ¿qué dices? ¿De verdad crees que no me gusta lo que hacemos? —La cojo de la mano.

—No lo sé, James, estoy aprendiendo contigo. Antes estaba segura de que sí, pero últimamente me rechazas. No me has tocado desde que hemos vuelto juntos, ni un poquito, y nunca dejas que yo te toque.

No tiene ni idea. Me levanto de un salto y le tiro de la mano para que lo haga conmigo. Le agarro fuerte del culo y le doy uno de esos besos con los que siempre hace ruiditos. Cuando le meto la mano por debajo de la camiseta para acariciar sus pechos, Lea se echa hacia atrás para sentir cómo la toco, pero le acerco la cabeza y le digo al oído:

—Julieta, te estaba dando tiempo. Después de verte tan decidida en Nueva York, no quería que te sintieras presionada. ¿Cómo se te ocurre que no me gusta lo que haces? ¿Estás loca? —Me entra la risa—. Apenas te he tocado porque no me controlo cuando lo hago, preciosa. No tengo ni idea de cómo lo consigues, nunca una chica ha tenido tanto poder sobre mi cuerpo.

—¿Te gusta lo que hago? —pregunta, sonriendo.

No me puedo creer lo ingenua que es en este tema.

—Sí, me gusta mucho. Tócame cuando quieras, porque soy tuyo por completo. Me encanta que me toques. Me en-can-ta, Lea. He sido un gilipollas, perdona, solo pretendía que no te sintieras obligada a nada. Pero cada día pienso en cómo será estar dentro de ti, porque sé que va a ser fantástico, igual que el resto.

Lea asiente con la cabeza, satisfecha con la respuesta, y toma el control. Me desnuda pieza por pieza y me tumba. Se quita la camiseta, se baja los pantalones de un modo muy *sensual* y se tumba sobre mí. Me encanta esta Lea con iniciativa. Recuerdo cuando empezamos, lo curiosa y precavida que era. Ahora está segura de sí misma, y yo estaba mermando esa seguridad al no querer presionarla. Joder, soy idiota.

Paseo las palmas por su cuerpo, disfrutando de su piel. Al llegar a la espalda, aprovecho para desabrocharle el sujetador. La giro para ponerme encima de ella.

—Eres la mujer más *sexy* que he visto en mi vida.

—¿Le vas a hacer el amor a la mujer más *sexy* de tu vida?

Mierda, se me ha olvidado lo más importante. Lo pensé, de verdad que lo hice, pero en el fondo creí que no pasaría.

—Claro que sí, cuando quieras, pero no tengo condones —admito, un poco avergonzado de no haber venido preparado—. Luego compramos, ¿vale?

—¿Para esta noche? —Sonríe vergonzosa. Asiento y le doy un beso.

—Para esta noche —digo en sus labios.

Lea

No llegamos a desayunar, pero sí a la visita guiada diez minutos tarde. La guía, Betty, una alumna de la universidad, no parecía contenta con nuestra impuntualidad, pero más tarde contesta a todas nuestras preguntas e incluso se arranca con algún chiste que no pillo. James se ríe más de mí que del chiste porque sabrá que no lo he entendido. Pasamos el día por Harvard con el resto de visitantes enterándonos de datos curiosos de cada facultad.

Buscamos un sitio donde nos den de cenar a media tarde, que ni hemos desayunado ni comido aún. Vamos a un *sport* bar lleno de estudiantes viendo un partido de hockey de los Bruins de Boston. Por alguna razón, James sabía que no nos pedirían carnet y así ha sido. Disfrutamos de nuestro *steak* con una cerveza. Hablamos de nuestros amigos, pero en el postre se lleva el protagonismo Denise y sus estrategias para aprobar, en las que pierde más tiempo que el que lo dedicaría a estudiar. *The master* le llaman en el colegio cuando se trata de intentar no suspender.

Al atardecer, paseamos por Cambridge entre estudiantes cargados de libros y otros dispuestos a salir un sábado por la noche. James me va guiando hacia el río, más cerca de Berklee, hasta que llegamos a una academia donde dan clases de español. Está cerrada, pero me dice que ha mirado horarios y encajan con los de su universidad. Que se apuntará para poder visitarme y hablar con la gente de mi entorno. Me encanta la idea de presentarle a mis amigos sin que exista la barrera del idioma. Aunque, si algo me ha enseñado este año, es que no se necesita hablar un idioma a la perfección para entenderse. Puedes conocer a una persona al cien por cien observando sus gestos y sus reacciones.

De vuelta al estudio, cogemos el autobús. Durante el trayecto, James está atento a su móvil. Mira las paradas en el letrero y solicita bajar en la siguiente. Me coge de la mano para girar la esquina. Nos encontramos ante una farmacia. No puedo evitar sonreír sin querer.

—Eh, bueno... Querías que compráramos condones, ¿no? —me pregunta con picardía mientras se frota el pelo.

Asiento acercándome a él, porque a mí ya se me había olvidado, pero no me hubiese gustado llegar a casa sin ellos.

—Sí. —Con mis manos en su pecho, le beso. Él me agarra fuerte por la cintura y se acerca al oído.

—Vamos a comprarlos ya y nos vamos a casa.

Entramos en el estudio a las ocho de la tarde y dejo el bolso sobre la barra. James se sienta en la cama y se quita las zapatillas. Me estoy poniendo nerviosa. James me mira y se pone de pie. Se acerca a mí. Me besa. Despacito. Mi lengua busca la suya. Su mano me acaricia la cara. Las mías le agarran la cintura porque los nervios hacen que me tiemblen las piernas. Se separa, me mira pegando su frente a la mía.

—Te quiero preciosa, muchísimo.

—Yo también. —Lo abrazo. Y encuentro mi calma. Él me abarca entera con los brazos. Su barbilla apoyada en mi cabeza. Nos quedamos unos minutos así, sin decir nada, sintiendo nuestro cariño. Y sé que no me arrepentiré de lo que va a pasar porque si algo está claro es que estamos

enamorados.

Saca el móvil del bolsillo y pone una canción. La reconozco al instante porque me encanta: *Say you won't let go*. Lo deja en la barra y se acerca ofreciéndome la mano.

—¿Bailamos?

Asiento a la vez que mis manos se enganchan a su cuello y las suyas enlazadas en mi cintura. La letra se me clava en el corazón. No sé si me intenta decir algo con ella. La bailamos despacio. Entre caricias. Besos. Hasta que nos miramos y habla él aclarando todas mis dudas.

—Esta canción me recuerda a ti. —Me acaricia el cuello—. No quiero que te vayas. Lo entenderé, pero no quiero que lo hagas.

Y no puedo contestarle porque tengo miedo a lo que pasará si tomo la decisión incorrecta. Suspiro. Pero James atrapa mi aire con la boca. Nos reímos y nuestros labios se conectan. De verdad. James se separa y se quita la camiseta; hace lo mismo con la mía. El cuerpo me tiembla por la emoción que siento en este momento. De compartir esto tan importante para mí con él. De miedo a lo desconocido. A lo que viene a partir de ahora.

Me desabrocha los pantalones y nos quedamos en ropa interior. Me mira. Y yo a él.

—Ven aquí, preciosa —me agarra del culo para que enlace las piernas en su cintura y camina en dirección contraria a la cama.

—¿A dónde me llevas? —Estoy un poco perdida en este momento.

—Vamos a ducharnos.

—¿Huelo mal? —Sonrío intentando ponerle un toque de humor, más para mí que para él.

—No, hueles perfectamente, pero nos vendrá bien para relajarnos. Creo que estamos los dos un poco nerviosos. —Sonríe apretando los labios.

Me sale una risa a la vez que asiento. Sí, yo al menos, estoy muy nerviosa. Lo admito.

Nos metemos en el baño y me sienta en el lavabo hasta que se calienta el agua. Nos quitamos con ansia las únicas prendas que nos quedan. Nos devoramos la boca. El vaho nos indica que el agua está a una temperatura más que razonable. Bajo el agua, sus manos y su boca son magia para mi cuerpo. Yo también lo busco y disfrutamos juntos. El uno del otro. Con la música que se oye de fondo en la habitación. Nos sentimos. James me coge las manos y las pone en su pecho. Su cabeza se esconde en mi hombro mientras me habla al oído.

—No me toques más, Julieta, que quiero aguantar y me gusta demasiado. —Me agarra la cabeza y me acaricia las mejillas. Me mira con tal intensidad que me deslumbra—. ¿Quieres que vayamos a la cama?

—Sí. —Lo tengo tan claro que ni me sorprendo a mí misma.

Me da la mano y salimos de la ducha. Nos secamos como podemos con unas toallas minúsculas. Me sujeto en un moño el pelo en parte mojado y salimos hacia la habitación. La música se oye más alta sin el sonido de la ducha. La bajo un poco cuando paso por la barra. James me agarra por detrás y me guía a la cama. Caemos juntos de lado, riéndonos. Nos acomodamos. Se coloca encima de mí y me da un beso. De los nuestros, de los que más nos damos. Cortos, dulces y salvajes al mismo tiempo. James se aparta para coger de la bolsa de la mesilla un condón. Presto atención mientras lo abre y se lo pone porque no lo he visto nunca hacerlo en directo. Se coloca sobre mí. Nuestras zonas más íntimas se sienten.

—Voy a ir muy despacito, ¿vale? Si te duele o quieres que pare, me dices. —Me besa en la frente. Dios, me estoy poniendo nerviosa otra vez. ¿Y si no entra? ¿Y si lo hago mal? ¿Y si no le gusta?—. Julieta, ¿me has oído?

Me doy cuenta de que no le he contestado.

—Sí, si me duele mucho, te aviso. —No ha debido de gustarle la respuesta, porque continúa

mirándome.

—No, si te duele lo más mínimo, me avisas, no esperes a que te duela más. *OK?*

—Vale.

James se mete en mi calor. Es una sensación extraña. Molesta, molesta mucho.

—Joder, no sabes lo apretada que estás... ¿Te duele? —me pregunta entre suspiros.

—De momento, no —le digo, porque el dolor es soportable.

—Bien, igual ahora sí. Voy a entrar rápido y no me moveré hasta que te acostumbres a tenerme dentro de ti, ¿vale? ¿Estás preparada?

—Sí.

No sé qué más decir. De pronto, ¡ahh!, noto que entra completamente. James pone su frente contra la mía y me da un beso. Sí, ha dolido.

—Joder, eres un paraíso, Lea, de verdad. ¿Cómo estás?

—Me ha molestado, pero estoy bien.

Si le digo que me ha dolido, va a parar y, en realidad, ha sido solo ese momento. Ahora mi cuerpo se está amoldando al suyo.

—¿Quieres que me mueva? —me pregunta mientras me acaricia los pechos.

—Sí, por favor, hazlo. Y no pares de tocarme, me gusta mucho.

—Sin problemas, a mí también me gusta hacerlo —dice, sonriendo.

Aunque duele, con sus caricias, mi éxtasis crece. James se mueve cada vez más y grito su nombre.

—*Babe*, lo haces muy bien, demasiado bien... —Su ritmo ahora es lento, pero su cara derrocha placer. Ese simple gesto me hace gozar.

—Más rápido —le suplico.

—Joder, Lea...

Cuando acelera, llego a mi cielo, y él conmigo. Es rápido, doloroso y extraño. Pero es perfecto, porque es con él.

Nos quedamos unos segundos, minutos, no sé cuánto tiempo, con la respiración acelerada. Todavía está dentro de mí. Levanta la cabeza y me besa. Nuestros labios se mueven despacio por la fatiga, pero la emoción es tal que no podemos separarnos. James apoya las manos en el colchón, a los lados de mi cabeza. Los fuertes brazos quedan flexionados, el pelo castaño cae, tapando parte de los atractivos ojos caramelo, que se clavan en los míos.

—Te quiero muchísimo, Lea Garai. No voy a olvidar esto nunca. —Diría que con una mezcla entre miedo y emoción, me pregunta—: ¿Te ha gustado?

—Sí. Me ha dolido, pero me ha gustado. Supongo que las próximas veces será mejor porque dolerá menos. Habrá que probar otra vez.

James se ríe y me acaricia la cara.

—Paciencia. Ahora tengo que salir de dentro de ti y limpiarnos. Esperaremos un poco, quizás estés dolorida. Me lo ha dicho Google.

Me entra un ataque de risa como colofón. James se ríe conmigo en mis labios hasta que se aparta. Noto el vacío que deja y vuelve a besarme.

—Eres perfecta.

Se levanta y en la sábana hay una mancha roja. Me impresiona un poco verla, pero no puedo evitar que se me escape una pequeña sonrisa.

James

Hoy, dieciséis de mayo, es mi decimoctavo cumpleaños. Solo queda un mes para que Lea vuelva a casa. No me ha dicho nada de lo de Harvard. Yo no le pregunto porque no quiero presionarla. Es decisión suya, pero empiezo a asumir que no se va a quedar.

Desde que estuvimos en Boston, prácticamente no nos hemos separado. Si antes se quejaba de que no la tocaba, ahora no le quito las manos de encima. Con el buen tiempo, pasamos muchas tardes en el porche de Mrs. Hannigan, disfrutando el uno del otro. Estoy preparando la piscina para que, antes de que se vaya, nos bañemos juntos allí. No sé cómo voy a estar sin ella, pero intento no pensarlo concentrándome en todo lo bueno que me depara mi nueva etapa en Berklee.

Es sábado y voy a celebrar mi cumpleaños comiendo con Karen, Martin, Olivia, Bob y Lea en el restaurante. Bob ha salido pronto para preparar todo, pero iré a echarle un cable, que cocinar y hacerse cargo de las mesas es complicado.

Cuando me estoy vistiendo, suena el timbre. Bajo a abrir la puerta. Es Lea.

—¡Feliz cumpleaños! —Se tira a mis brazos y me da un beso. Le pongo las manos en el culo y la subo, hasta que ella se agarra a mi cintura con las piernas.

No paro de besarla. La bajo y la cojo de la mano para que subamos las escaleras. Este es nuestro pan de cada día; no podemos parar de tocarnos y a mí me encanta. En cuanto entramos en mi cuarto, cierro la puerta y la apoyo contra ella. La beso mientras le quito la camiseta.

—James, espera, tengo una cosa para ti, tu regalo de cumpleaños.

—Me lo das luego, en la comida. —Intento desabrocharle el pantalón y sigo con los besos.

—Te lo quiero dar sin audiencia. Te va a gustar mucho, de verdad.

Mi Julieta está sonriendo. ¿Qué está pensando?

—¿Es algo sexual? —digo, levantando una ceja. Ahora mismo, es lo que más deseo.

—¡James! —Me da una torta en el brazo y me sienta en la cama—. No, no es nada sexual. —Saca un sobre del bolsillo trasero de los vaqueros y me lo entrega.

—¿Qué es esto? Si es una carta de despedida, no la quiero. —Le devuelvo el sobre. Aunque ponga lo especial que ha sido estar juntos o lo mucho que me quiere, no podría leerla.

Me empuja la mano y dice:

—No es una carta de despedida. Ábrelo, por favor.

Es un *e-mail* dirigido a Lea. No leo más que el primer párrafo. Levanto la cabeza. Lea sonrío. Se me están humedeciendo los ojos. Siento que el corazón me va a explotar. No, mejor dicho, siento que me quito un peso de encima, un peso que no sabía que estaba cargando.

—¿Es lo que creo? ¿Vas a ir a Harvard el curso que viene? ¿Esto es en serio, Lea?

—Sí.

Tiro la carta al suelo. Me da igual cuándo empiece, me da igual su horario, me dan igual sus asignaturas y sus profesores. Solo me importa que vamos a estar juntos.

Cojo a Lea y la siento en mi escritorio sin parar de besarla. Nuestros ojos llorosos. Adoro a esta chica. No sé qué nos deparará el año que viene, pero lo disfrutaremos. Tampoco entonces podré separarme de ella. Mil sentimientos me invaden. Apoyo la frente en la suya y le susurro:

—No hay en el mundo mejor regalo que este. Muchas gracias.

Es la primera vez que hablo desde que he tirado la carta; tengo un nudo en la garganta que me hace imposible articular palabras.

—Te quiero, James Rivers. Has cambiado mi mundo. No podía separarme de ti todavía. —Le seco las lágrimas que han empezado a caer.

Tenía asumido que esto era un primer amor intenso y con fecha de caducidad. Pero Lea hoy ha decidido apostar por nosotros y yo pienso agradecerérselo. A partir de ahora empieza una relación por la que luchar. Nos libraremos de los obstáculos que se nos presenten en el camino para que siga funcionando y nos esforcemos por vernos, estemos donde estemos.

► **CANCIÓN:** *Love story* – Taylor Swift

Continuará
en
Vuela, Julieta

Agradecimientos

En primer lugar, quisiera dar las gracias a aquellos amigos, conocidos, familiares, compañeros de viaje, de trabajo o de estudios que, un día cualquiera, me contasteis vuestras vivencias o anécdotas entre risas y me inspirasteis para escribir esta novela. No podría enumeraros a todos, pero habéis sido imprescindibles en mi propia historia.

A mis lectores cero, porque cuando os llamé para deciros que había escrito una novela, no dudasteis en leerla. En especial, a Maider, por ser mi inspiración; siempre serás un poco Lea. También a Iraide, porque si no te he hecho un millón de preguntas, no te he hecho ninguna. Gracias, chicas, por apoyarme.

A mis erreginak, porque hay un trocito de cada una aquí. Si buscáis, seguro que encontráis.

A Zarautz y mi gente de allí; los atardeceres de sudadera con capucha, las fiestas en la playa y las confidencias. Mi juventud, que recordaré el resto de mi vida.

A Ann, Debbie y Jess; sin vosotras, mi año en el extranjero hubiese sido una pesadilla. El comienzo fue duro, pero hicisteis que me sintiera parte de vosotras y os estaré eternamente agradecida.

A Esther Magar, porque yo nunca hubiera hallado las palabras adecuadas sin ti.

A mis padres, porque me habéis dado la oportunidad de viajar y aprender, y habéis estado a mi lado siempre pasara lo que pasara.

A mi hermano, porque contigo he aprendido que, si tienes un sueño, has de luchar por él.

A mi hermana, porque eres mi abrigo. No hay día que te llame pidiendo ayuda y no te vuelques en dármele. Gracias.

A mis preciosos mellizos, sois el amor de mi vida.

A mi James, nire bideko laguna. Por ser como eres conmigo. Por escucharme. Por no dejarme caer. Por hacerme reír cuando más falta me hace. Por quererme. Por animarme a hacer esto; sin ti, esta novela estaría aún en mi ordenador. Todavía recuerdo con una sonrisa la tarde de domingo que leíste las primeras líneas; nunca olvidaré esa imagen. Aunque nuestra historia no ha sido así, es igual de bonita.

A todos los lectores que os habéis topado con esta novela. Gracias, muchísimas gracias por leerla. Espero de corazón que os haya gustado.

Y, por último, a Lea y a James, por dejarme inventaros cuando más lo necesitaba.

Sobre este libro

Los beneficios de este libro son destinados a la investigación para el tratamiento de Distrofia Muscular Congénita de Déficit de Colágeno VI. Una enfermedad degenerativa que afecta a los músculos, dentro de las enfermedades raras, que actualmente no tiene cura. Se presenta desde el nacimiento, caracterizada por falta de fuerza, la mayoría de los afectados pueden caminar hasta los diez años.

Cualquier donación es la mejor muestra de solidaridad que puede existir y la colaboración es vital para nosotros. Gracias a tu aportación podremos ayudar a que se siga investigando y se encuentre una cura para esta enfermedad. Cada pequeño gesto suma. Gracias por hacerlo posible.

Para más información por favor visita:

www.fundacionnoelia.org
[instagram.com/fundacionnoelia](https://www.instagram.com/fundacionnoelia)
[facebook.com/fundacionnoelia](https://www.facebook.com/fundacionnoelia)
twitter.com/fundacionnoelia